

CORUPCIÓN
Y
BESTIARIO

9351

4
193510





EUGENIO NOEL

CORNÚPETOS
— Y —
BESTIARIOS



CASA EDITORIAL MONCLÚS
TORTOSA

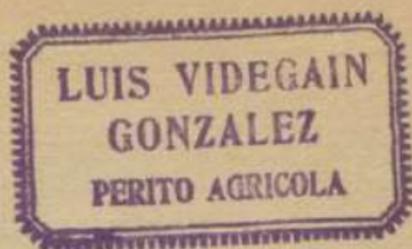
R 1.009.069

(Queda hecho el depósito que exige la Ley)

ES PROPIEDAD

Gensque virorum bruncis
et duro robore nata.

ENEIDA.



ALGUNAS LÍNEAS QUE SE PUEDEN PASAR POR ALTO

En Diciembre de 1911, el que escribe estas líneas acabó de estudiar los problemas profundos del flamenquismo español. Convencido de que de todos los problemas ibéricos el más grande era la propensión de la raza a vivir en contínua emoción violenta, lo que le restaba serenidad de espíritu suficiente para abordar la inmensa cuestión de su incultura mental y material atraso, ese hombre humilde, pero enérgico de veras, acometió la labor él solo de llamar la atención de todos sobre estas materias que habían permanecido siempre en una forma brumosa, y como fuera de toda psicología nacional sería, como pintoresca, como poco poderosas para obrar en el carácter y temperamento históricos de nuestra estirpe.

No creo, y lo sostengo con orgullo, que jamás campaña periodística alguna fuera llevada con tantísima constancia, aportando a ella no sólo las energías espirituales de una fuerte juventud, sino cuanto dinero proporcionaban

centenares de conferencias de arte y cultura, millares de artículos en la Prensa española, docenas de libros originales.

Prometí, al principio de la campaña emprender una formidable tarea. Suponed que no le ha acompañado el éxito, que no se ha logrado nada positivo; pero habéis de reconocer que esa tarea de ocho años ha sido verdaderamente formidable. Millares de conferencias, dos veces recorrida España entera, millares de artículos, libros y más libros, exposición perpetua de la vida, pérdida de autoridad mental por causa de la misma intensa popularidad que me proporcionaba mi postura ante el flamenquismo, fundación de periódicos que están en la memoria de todos; en fin, cuanto se puede pedir a un verdadero periodista moderno, a un hombre de nuestros días, que sabe que no basta estudiar un caso y tener razón, sino que es necesario imponer esa convicción con altiva grandeza de miras, cueste lo que cueste.

De todos es sabido que he jurado acabar con la fiesta de los toros en su doble manifestación de capeas y de corridas. Y juré eso porque estoy convencido de que son las capeas y las corridas las propagadoras del flamenquismo, de ese eterno gesto agresivo nuestro, de ese triste y trágico no poder vivir sino en el vértice de las más violentas emociones.

El por qué de mi acto de esta tarde

Si la juventud española me hubiera ayudado, si hombres adinerados hubieran puesto a disposición mía cantidades suficientes para hacer la campaña más intelectual, más intensa, más eficaz, yo no tendría que acudir a los recursos más extenuados. Soy sólo y confesaréis que es ya una maravilla de que esta labor de un hombre sólo no se haya agotado, no se haya borrado en la fatiga e indiferencia de todos los demás. Por eso a nadie debe extrañarle estos rasgos míos audaces, de presentarme en el centro mismo, donde se produce el mal, ya en Sevilla, ya en la Plaza de Toros. Por lo menos comprenderéis que el valor me sobra, que no temo cosa alguna, que la vida misma me importa poco ante mi convicción y mi amor y fe en los destinos futuros de nuestra raza.

Al enemigo hay que ir a buscarle. Y hay que ir, lo quiera él o no, llegue a los insultos más atroces o a querer comerse nuestros hígados. Y allí, ante él, cara a cara, estudiarle sin miedo, desafiarle sin majeza, pero sin temblor, y examinar implacable esas terribles pandemias y algolaquias, esos histerismos atroces que son la muerte moral de todo un país. Allí, delante de ellos mismos. Así se lucha. Y aunque mi labor sea infecunda, aunque el flamenquis-

mo me venza, por lo menos sabréis que hay un hombre en España que, entre tanto y tanto charlar y escribir acerca de la Patria, expone su vida de veras por ella y busca en su madriguera el mal. Ahora, comentad el gesto como queráis. El caso es que he realizado lo que me faltaba por realizar: ir a la Plaza misma y ver allí la fuente de la degeneración y estudiar allí mismo lo que Dal Grecos, Grosse, Tissot, Feré, Deartoru, Spindler y Miss Calkins habían observado en la patología de las emociones, en las agudísimas excitaciones motrices que proporcionan las emociones fuertes. Que con eso nada logro; lo veremos. Golpe a golpe, esta fiesta caerá bajo la razón, bajo la risa, bajo estos actos de valor moral, el único valor digno, y que, por su misma virtud, obra milagrosa.

La técnica de estas notas

Se trata de describir las lidias de cornúpetos, la lidia de los bestiarios, los rasgos de los espectadores, tal como estas cosas son; es decir, buscar desapasionadamente la verdad de esas cosas donde ellas y tal como ellas se producen. Y es lógico que ello reste a las notas toda literatura, todo otro valor que el divino valor de la verdad. Si apenas tendrán otro mérito que el ser trazadas bajo la mirada de miles de almas y con una pena enorme en el corazón.

Los lugares comunes de la ida a los toros.

La expectación por la corrida de toros de esta tarde es enorme, y no son los toros, sino yo la causa. ¿No es triste que tan grande popularidad tenga por causa la torería, los juegos cii censes? ¿Qué clase de vicio es éste que otorga tan inaudita popularidad aún a los que a él se oponen? ¿Con lo que cuesta en arte puro, en la ciencia bendita conseguir llegar al pueblo!... He ahí el argumento: si las salpicaduras de la popularidad son tan grandes para los que hablan mal o bien de los toros, ¿qué no será la popularidad, la aureola de los lidiadores? Se comprende el orgullo de los toreros, la afición enloquecedora. No hay en España nada que de lejos o de cerca tenga la repercusión en el alma del pueblo como la fiesta taurina; ella acapara todas las posibilidades de emoción de ese pobre pueblo. Me avisan de que esté con cuidado, pues preparan tijeras para *pelarme*. Siempre la misma tontería, la obsesión de estas mecnas, a las que debían estar acostumbrados. También me avisan de que me brindarán un toro y de que me preparan una silba formidable. ¡Oh, que satisfacción se ve en las caras de los que van a ir a los toros! Parece que esperan misteriosos efectos de esa fiesta, que por sólo ir a ella se sea más hombre.

Es todo el prestigio secular de una diversión favorita de un pueblo la que se refleja in-noblemente en esas caras... Cierto, cierto, el ir a los toros presta al alma no se qué enormemente macho. Es como una angustia que conmueve el corazón preparándole a grandes cosas. Es como la ilusión de que los lidiadores no son otra cosa que uno mismo, que se necesita el mismo valor para actuar en esa fiesta que para verla. Venden el Programa de la Corrida. Le compramos; es un papel de color rosa en el que hay estampados en malísimos grabados en madera unos toros absurdos, entre los que hay uno que se llama *Culebro*... Los picadores tienen en ese Programa nombres excelentes; se llaman *Calero*, *Aceitero*, *Gorrión* y *Peseta*. Entre los diestros hay uno cuyo apellido es Ventóldra. También nos advierten de que en caso de inutilizarse los siete piqueros no podrán exigirse otros; sólo esto es ya un capítulo de Psicología de muchedumbres. Además se nos dice que los novillos serán desechos de tintera y defectuosos; por seis pesetas que cuesta una barrera no se puede pedir más. Un toro de esos puede matar a un hombre de aquellos, ¡diablo! Ver esto bien vale seis pesetas.

¿Cómo nadie ha reparado en la silueta excéntrica de un picador marchando a la plaza? ¡Oh, esa marcha plata, esos reflejos de oro, la zona roja de la faja, el amarillo de las manos,

ese monosabio petulante de blusa garabaldina sobre un caballo escuálido víctima de toda una raza!

Los tranvías rebosan de gente, esos execrables tranvías amarillentos cargados hasta los estribos, los coches más absurdos aprovechados, las aceras cuajadas de público heterogéneo, ansioso de divertirse con sangre... Todo vulgarísimo, todo mediocre, todo falso y manido. En ese ramalazo de ardiente sol que barre la calle típica de Madrid, esa gente y esos picadores, el estruendo de coches y tranvías. ¿Qué lejano está todo eso de lo antiguo, de lo que nos decían!

Victima primera

Sale un toro bonitísimo, que corre como una cabra, sembrando el pánico. La gente silba y grita, histérica y perdida. Le lancean. Mientras yo miro a los arcos voltaicos que sirven de techo a la plaza. Suenan aplausos. Un torero, que se llama Amuedo, dá unos lances tan apretados, que en poco le coge. La gente quiere divertirse, tiene una ansia de ello, aplaudiendo sin ton ni son. Caen un pobre caballo entre la indifferencia universal; cuando yo le creo muerto, le levantan. Por cualquier cosa aplaude la gente o chilla.

No le rajáis la piel a un tomate— grita uno a los picadores, que se retiren.

Le toreadan, le ponen banderillas, y el toro, noble, bellissimo, acude, mira atento y codicioso, corretea, sangriento el morrillo, zarandeando los astiles de los rehiletos.

Suenan unos chirimías. Todo a escape, muy a escape, como si quisieran acabar pronto. Unos toreadores preparan al bestiaro el toro, y el jovenzuelo, pálido, procura ante el toro recordar lo que ha visto. No se arrima y es un choto, dicen detrás de mí. La gente ríe. Se perfila sin faena alguna, y el toro, herido, muge horriblemente. Le trae cerca de mi barrera y oigo gruñir a los dos, al toro y al torero. Nada más chabacano, insulso y memo. Le aconsejan de todos los lados, porque quiere descabellarle, acabar siempre pronto. Silbidos estrepitosos; el toro muge.

Dos peones le lancean cerca de la barrera y el pueblo protesta. Es decir, el pueblo protesta, ríe, aplaude, chilla y habla, todo a la vez. Seis chulos capeadores rodean, sin contar al matador, al toro. Miedo, mucho miedo. Todos tienen mucho miedo; el torero al toro, los espectadores a que le coja el toro al diestro. Cuando el toro cae, el pueblo goza lo indecible.

Toca la música. Aparecen las mulillas. Se arrastra el toro. Suenan silbidos, de vez en vez todo calla. Y nada más. Aquí no sucede cosa alguna que deba anotarse.

Segundo mártir.

Cuando sale, cuatro toreros que hay cerca de la barrera huyen. El toro muge, escarba, recula, huye.

Silba el gentío. El toro muge más cerca de los toriles, solo. De pronto, se arranca sobre un torero, que salta apurado la barrera; cornea horrorosamente a un caballo, cebándose en él. El picador cae al callejón, cerca de otro caballo con la asadura fuera, que los monosabios sostienen en pie y aprovechan para que monte otra vez otro picador; el toro le acomete, el picador cae al callejón y los monosabios se llevan al caballo; pero tropieza con su asadura y muere. Silba el público a un picador moroso. Es horrendo este modo de picar, de matar caballos, de agruparse y esperar la mortal acometida. A veces, en el silencio que hacen los espectadores, surge el accidente: es un torero que hace cualquier cosa, el toro que se mueve; el público, porque sí, por dar rienda suelta a su histerismo, charla, gruñe, aplaude.

Sobre todo aplaude los cambios de suerte; esperar, esperar siempre algo que sacuda sus nervios, que le excite. Muge el toro fuertemente, le hacen daño los harpones de los rehiletes. Su mugido en la gran mancha blanca del sol, el sol reflejándose en los trajes de los ban-

derilleros, los vivísimos colores de los abanicos y los pascolines, ¡qué triste es todo ello, qué primitivo, qué estúpido! Sobre todo estúpido. El toro muge cada vez más, trota; el sol destaca sobre la piel negra el húmedo grosella de su sangre. A intervalos parece que nada sucede en la plaza.

—¿Qué le haces?—dice un espectador a un torero.

—¡Ay, qué cruel!—dice el otro en tono amarriconado.

Nuevos toques de chirimías. Es el otro matador. Nada más vulgar que todo esto. Le preparan el novillejo, adopta posturas vulgares, pasa al toro con la muleta de un modo soso, y siempre, siempre, deseando acabar pronto. Silba el público. Unos le aconsejan que pase por la derecha. Se le echan encima porque el diestro quiere acabar pronto, y se perfila en cuanto el toro está quieto. Nuevas protestas.

—Estáte quieto, mamarracho—dicen.

—Déjalo—gritan.

El torero aprovecha, y adelantando mucho la izquierda, como dicen a mi lado, la espada una primera vez, y luego una segunda, y la gente aplaude.

—Otro pase; ese ya lo sabemos—dicen.

—No está—gruñe el gentío cuando el torero quiere acabar pronto y se perfila.

Nuevo perfilarse. El toro escupe la espada. Sin embargo, le aplauden.

—El toro está suave—le dicen.

Otro perfilarse.

—Ahora—le dicen.

Y le aplauden a rabiar. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho este hombre?

Cerca de mi barrera este pobre mártir agoniza.

—Déjalo ahí un rato—le gritan.

Delante de la espada, de ese morrillo sangriento, las magras chichas, la figura insignificante del diestro parece cualquier cosa.

Un descabello y al avío. El pobre mártir ha dejado de sufrir. Aplauden a rabiar el público. ¿Pero qué aplauden? Allí no hay arte, ni valor; hay un deseo enorme de ver algo, de acabar pronto.

Mártir tercero

Entre una polvareda sale un bicho precioso, para el que es poco la tierra; parece que no anda, sino que vuela. Un diestro le lancea, y no gusta su lidia. Salen en seguida, y cada uno hace lo que puede. (Aplausos y silbidos, como siempre.) Le llevan delante de un picador; el toro parece pensarlo bien. De pronto arremete, se oye el ruido de la cornada, pero el caballo no cae. Silban a un picador porque hace al toro una enorme herida. Picadores, toreros,

monosabios forman un grupo antiestético delante del toro. De pronto suena una salva enorme de aplausos y comentarios atroces; es que allí ha podido suceder algo; nada, pues.

Mientras le ponen a este toro banderillas miro la plaza llena de bote en bote, y no encuentro, por más que lo busco, la belleza de que todos han hablado siempre. De esa masa horrenda salen voces estentóreas de cuando en cuando. Ni pasión, ni arte, ni tragedia. Un oficio como otro cualquiera, ese que distrae a estas pobres almas...

Sale el matador. Pasa de muleta. La gente calla y comenta cuando no lo hace con audacia. Le aconsejan, le avisan, alguna grande voz sale de pronto en la muchedumbre, y cuando menos lo esperan, el diestro mete su espada. Sin lucimiento, sin arte, sin gracia, el toro muere. Le silban estrepitosamente. Suena una música muy mala. Y sus notas, en este ambiente, no dan idea alguna de tragedia, sino de una necia visión de cosas muy vistas, que parecen interesar muy poco.

Mártir cuarto.

De salida arremete contra un «capitalista», que se salva arrojándose de cabeza al callejón.

El torero lancea, procurando imitar los gestos belmontinos.

—Este torea como Angelete—dicen.

La gente gritan varios olés. Luego silba porque el diestro de tanda no le dá emociones fuertes.

En la suerte de pica el toro está mucho tiempo con el cuerno metido en el cuerpo del caballo: salen las tripas.

Un escandalazo enorme. La gente vocifera enormemente contra un picador, que ha deshecho al toro con su puya. El toro humilla enormemente; le ha matado, sin duda, ya este bruto. La gente le execra y le arroja las almohadillas. ¡Qué tristeza dá este espectáculo! He visto a este picador tan animal encorajinarse, y, cuando más era la indignación, achuchar al caballo contra el toro, sin importarle gran cosa sus barbaridades y las vociferaciones de la multitud. Lamentable, muy lamentable.

Todo sucede horriblemente vulgar, dando la impresión de un espectáculo lelo, memo, repugnantemente absurdo.

—¡Que se presente Noel!—grita uno.

Todavía no se han percatado de que estoy aquí.

Nuevas chirimías y el *mataor* delante del toro queriendo recordar lo que ha visto. No hay cuidado de que este hombre haga nada excepcional. Todo da la impresión aquí de que es fácil, necio, un oficio, algo que no necesita de valor extraordinario.

El toro le achucha, él huye, la gente se ríe

y le grita ¡ay! Ni el toro ni el torero quieren nada uno del otro. Se cuadra sin más y el torero aprovecha. Uno del tendido le aconseja que no. Pero al momento le dicen que sí, que ya está el toro. De modo que apenas se ha puesto a lidiar el toro, ya le ha metido una estocada. Ríe de veras. Pero ¿dónde está aquí la emoción, el arte, esa emoción y ese arte que legalicen tan enorme entrada como en la Plaza hay, el bárbaro dispendio de dinero?

Hay un largo silencio. Otra vez se perfila y a matar. Silbidos, voces. Seis toreros le cercan. Otra vez se perfila y hiere mal. Y todo a escape, todo de prisa. Hay que acabar, acabar pronto. Y se acaba. Silban, patean, toca la música y en paz.

El mártir quinto

Todo va a escape. No hay tiempo para reflexionar, para darse cuenta de otra cosa que de que esto no vale la pena.

El toro huye de salida. Y ahora he aquí lo que pasa. Silbidos, silbidos y voces. El torito huye. La gente silba. Los toreros corren detrás del toro. Los picadores dan vueltas en torno de la barrera.

—Anda al toro, granuja—gritan.

—A la cárcel—le dicen.

Un torero se mete en un burladero de golpe,

y el golpe, que se oye fuerte, hace reír a la gente.

Unos lances de capa, insignificantes, provocan olés acompasados. Pero ¿qué ha hecho ese hombre? Nada, absolutamente nada. Mas la gente ha de legalizarse a sí misma, que se divierte.

¡Pobre caballo! El toro se ceba en él. ¿Cómo verá esta gente esto sin conmoverse? Cae el caballo; el monosabio quiere a todo trance levantarlo. Cuando creo que está muerto, el monosabio hace el milagro de resucitarle y se le lleva cojeando; por fin le da la puntilla. Entretanto, banderillean al toro a traición, a la media vuelta. Es bobo ese juego burdo, a nadie interesa, ni a los mismos que lo hacen.

Sale el *mataor*. Nueva lucha para matarle en seguida, para quitársele de en medio a escape. Y sin casi faena, estoconazo. La gente se da por contenta y aplaude. En vano es querer buscar aquí la emoción, que vale tanto dinero y tanta gloria. El toro se arrodilla, la gente cree que ha muerto y aplaude. Mas de pronto el toro se levanta y anda moribundo cercano a la barrera. Su agonía es siniestra, adelanta el hocico hacia su matador y muere entre aplausos tributados al diestro, cuyo único mérito ha sido la prisa que se ha dado para despacharlo. El pálido muchacho da la vuelta al ruedo entre ovaciones y sombreros.

Sexto mártir

De salida arremete contra un picador y destroza poderoso e inconstable un pobre caballo; queda hecho trizas. La gente abuchea a los toreros que no se atreven a hacer nada con este toro fortísimo. Nueva arremetida contra otro picador y nuevo despanzurramiento.

Otro caballo horriblemente corneado. Se llevan a un caballo con la asadura fuera. La gente no se fija en eso, sino en los quites del matador, que es ovacionado. Caen un caballo cerca de otro. Más de doce personas hay al lado del toro. ¡Qué triste impresión causan los caballos muertos en el ocre sucio de esa arena!

Coge el matador unas banderillas cortas y las pone sin gracia; a la gente no le gusta. Durante esos instantes la visión de la lámina del toro embarga toda mi atención. ¡Cuán bello es este animal!

—No bailes tanto—le dicen al *matador* en los primeros pases.

—¡Que te está mirando Noel—le gritan.

Le aplauden. Pero parece ser que está muy movido. Después de aplaudirlo, le silban. Se ha descompuesto. Y millares de veces intenta matar sin conseguirlo.

En resumen: nada absolutamente nada. Todo a escape, muy a escape; de prisa, muy

de prisa. Deseando todos ir a escape, acabar pronto.

Esa es la impresión. La de un oficio en el que todos desean acabar lo más pronto posible.

Nota.—El torerillo que me iba a brindar el toro, según él quería, fué cogido por el primer mártir, casi de salida. Lo siento por el pobre muchacho, víctima del toro y del público.

Miuras, y novilleros

Golfo a golfo, bebéis, no vaso a vaso..., eso de las corridas. El domingo, la cloaca máxima del embrutecimiento nacional estaba de bote en bote. Según parece, hoy lo mismo, hoy más. Más..., porque los toros son miuras, es decir, toros muy temidos; toros que hacen pupa, hule; bravas bestias que se defienden bien, que enseñan cómo debe estimarse la propia vida. Y miuras para novilleros, es decir promesa segura de pánico jocoso o árnicia a todo pasto.

La fiesta de los toros es algo más que bárbara, es cruellísima. Y no porque los detractores de la fiesta lo juzguen así, sino porque las interioridades de ese espectáculo canalla son de lo más indigno que puede nadie figurarse. Ved. Estos tres novilleros humildes que lidian hoy miuras torearán reses que los fenómenos se negarán a torear, reses de la funesta divisa, por más señas, defectuosos, con todas

las probabilidades de salir cogidos o poco airo-
sos. ¿Qué clase de fiesta es la que reserva los
dificiles animales para los principiantes? ¿Dón-
de está la tan cacareada nobleza de esa fiesta?
Los toreros famosos que tantos miles de pese-
tas ganan, escogen sus toros, se preparan a sí
mismos cuantas probabilidades de triunfo pue-
de otorgar el derecho a escoger reses y divi-
sas. En cambio, estos pobres muchachos que
empiezan han de apencar con lo que los otros,
los diestros mimados, no quieren. ¿Quién ten-
drá la culpa si esta tarde muere o es grave-
mente cogido un muchacho? El público, los afi-
cionados, los flamencos que permiten estas co-
sas, que al solo anuncio de los miuras, y por-
que son miuras, llenan la Plaza.

La fiesta de los toros se va poco a poco re-
velando ella misma como lo que es, como un
negocio formidable, en el que el valor legenda-
rio y las características de una raza son lo de
menos. Ilusionados por las tardes de gloria y
los billetes de Banco, millares de jóvenes se es-
capan de sus casas todos los años. Los empre-
sarios les explotan bien; explotan ese ideal, ese
fondo de valentía, esa trágica unión de sexuali-
dad y juventud, ese delirio de emoción que con-
sume a España y se concentra en los centena-
res de audaces que se lanzan a las luchas del
circo. Es odiosa la fiesta de los toros por den-
tro. La bohemia del torero es horrenda. Exis-

ten millares de mujeres, de invertidos, de degenerados, que se dedican a la caza de empresarios para esos pobres jóvenes que quieren torear a todo trance en las grandes Plazas, que hasta dan enormes cantidades por torear en ellas, cantidades sucias venidas a sus manos por los más asquerosos procedimientos.

¡Oh! Esa fiesta se descompone, bromada ella misma por los más repugnantes gusanos. Por ser cruel esa fiesta, lo es hasta con los suyos a quienes devora implacable. Nada más abyecto y nauseabundo que las interioridades de esta clase de diversiones. Además de las víctimas propiciatorias del caballo y del toro, hay las de los diestros mismos, carne y sangre de empresarios, de ambición y de escándalo. Es cándalo. Es horrible saber que danzan en el ajo nada menos que las inversiones más inmundas, la mariconería más descarada. No son sólo las mujeres las que se dan a los negociantes de toreros, sino chulos, hombres invertidos.

Sé historias asquerosas de estas inversiones y las revelaré.

He de acabar con la fiesta. Y si la razón no puede contra ella, podrá el escándalo, ese escándalo que es ya lo único capaz de obrar milagros en nuestra Patria.

¡¡¡Belmonte está en España!!!

La noticia corre de boca en boca; estamos

de enhorabuena. Cuantas historias inventó la fantasía o el reclamo, suponemos justificadamente que el reclamo, son falsas... Belmonte, el acaparador máximo de la emoción ibérica, no ha venido de América con otro sambenito que el del matrimonio. Vuelve casado. Allí no le sucedió otra tragedia que la de su casorio. España, al ver a su Belmonte se ha quitado de encima un peso enorme. ¿Estaría preso? ¿Mató o no mató a un empresario? La pesadilla se ha ido. Belmonte está aquí entre nosotros algo delicadillo pero está a quí y es lo principal. Tendremos otra vez las *siete sin* enmendarse, la visión de su mandíbula, de su pierna patizamba, de los lances que, según los que los han visto, producen el calofrío de lo sublime. Y tendremos la visión del toreo renovado. Porque sin Belmonte el toreo se iba. Así, se iba... El genio se prodiga poco y todos, todos los que vienen al toreo son imitadores, plagarios de los lances belmontinos. Hay hasta quien sale al ruedo fingiendo cierta joroba y cierta mala facha para, aunque no sea más que en eso, parecerse al ídolo. El toreo típico del *divinísimo* Juan, del San Juan de Triana, es fruto del tiempo de la mala facha corpórea; pero los demás no ven esto sino el éxito gigantesco de ese joven bestiarío al que los intelectuales complicaron con todos los absurdos mentales. Joselito no formará escuela; Belmonte ha matado el toreo, al

quintaesenciar la locura de la emoción, alaquilar el máximo rendimiento del peligro. ¿Qué resta después de Juan Belmonte sino meterse el cuerno tranquilamente por algún órgano o miembro? Con todo lo que se ha escrito sobre este ídolo habría para formar una Biblioteca como la nacional.

Por eso hoy es día de regocijo y no se habla en la calle y en la Plaza sino en él. De El... Del dios de la emoción, del ser ibero que descubrió la manera de acoplar el arte taurino a un cuerpo mal formado y que no podía lucirse en los lances airosos viejos, que comprendió que hay un medio de burlar el pleno conocimiento, y es arriesgarse a todo, invadiendo los campos siempre fértiles de la emoción en carne viva. Ya está Juan en España, respiremos. Foch es francés, George es inglés, Ludendorff es alemán y Wilson es norteamericano. Un *hombrecito* de esos nos haría falta; pero teniendo a Juan, a Juan el Mesías, ¿echáis de menos verdaderamente a esos pelanas? Pronto tendremos a Juan en el ruedo y ¡ay! qué tardes nos esperan!!... Mientras la guerra mundial se desencadena forjando a espaldas nuestras el nuevo giro de las cosas, mientras el pueblo pide pan con discursos y sublevaciones, nosotros nos extasiaremos, babearemos con las faenas belmontinas. España está salvada: Juan está entre nosotros,

Juan ha vuelto. Por caridad, Juan, no te vayas más...

La carestía de las subsistencias y otros reóforos

Los toros son los toros. Cuando alguno complica las corridas con los sucesos de guerra, la gente protesta. ¿Qué tienen que ver los toros con las otras cosas? No faltaba más. Es ya viejo y nuevo complicar una fiesta de pura diversión con los sucesos fundamentales. Sin embargo, oid. Mientras estas tardes de toros llenen de bote en bote la plaza, y veamos que la mansedumbre invade el ámbito de la plaza gigantesca; mientras esa inmensa multitud se apiñe en las gradas de la plaza enorme; mientras esos coches y tranvías viertan en la plaza vastísima su carga de carne, nosotros tendremos razón; nosotros diremos que el problema de las subsistencias es mentira, no existe. ¿A qué extranjero, a qué ciudadano con sentido común, se le podrá ocurrir, contemplando el lleno de este coliseo, que fuera de él hay algo amenazador, algo grave para la existencia nacional? Es que es así nuestro pueblo, despreocupado y heroico. Maldito heroísmo, ese necio heroísmo de dejar hacer, de dejar que las cosas se agraven hasta con exceso increíble. Pero no nos pongamos serios. ¡Es de tan mal gusto eso de ponerse serios! La plaza está

llena, y además de ésta, otras dos tan grandes como ésta. Y a estas horas hay en España unos miles de plazas como ésta, rebosando de gente... y de heroísmo. Somos así, y por eso... nos envidian en el extranjero. Cuando las cosas van mal, muy mal, en vez de hacerlas frente con severa mirada, las dejamos que empeoren y las burlamos... a la torera. Que eso es uno de los frutos de esas fiestas, la aplicación de las posturas y suertes taurinas a la vida nacional, con todo su repertorio de quiebros, cambios, cuarteos, burlas y engaños de la vastísima locura nacional.

Reseñemos...

Los críticos taurinos me tomaron el pelo la otra vez, el pasado domingo. Siempre a vuelta con las melenas y, con esos adjetivos tan suyos y con ese desconocimiento, tan suyo también, de los méritos de los demás. No pasa el tiempo por ellos. Leed sus crónicas, todas se parecen. No hay cosa que más se parezca a una revista que otra revista; los mismos términos técnicos, los mismos endiablados y sin sentido común, giros de imaginación. Si la lidia de un toro, según los tratadistas, no se parece a la de otro; en cambio, sus revistas son iguales, cargantemente iguales, idéntica la aplicación de las escasísimas voces técnicas que poseen, copia y parodia eternas sus gracias, sus donaires,

esas célebres hipérbolas que razonan sus partos de ingenio y que están ya por lo manidas mandadas retirar. El hombre de genio no aparece nunca en los revisteros. Notad que son ellos los que toman a broma las fiestas, los que con sus exageraciones calculadas e irónicas hacen más daño a la fiesta más nacional. Siempre lo mismo, sin renovarse nunca, viendo las corridas todos de la misma manera, su misión es bien pobre oficio. Y la razón está en que se sujetan a un vocabulario exiguo, a una terminología y tecnología raquíscas. Ni aun eso inspira la fiesta; comentarores geniales. Y es que esa fiesta es algo brusco, algo del momento, algo increíblemente absurdo que después de ocurrido parece imposible y que por si misma no se presta más que al remordimiento de haberla presenciado. Y es que en esa fiesta, todo sucede con una rapidez atroz, cinematográficamente, como una serie de actos bruscos, rapidísimos, que se funden unos en otros con una bárbara violencia juncosa, escapando al comentario y hasta la misma simple percepción directa. Aun los mismos familiarizados con el espectáculo no pueden darse cuenta exacta de él. Todo es allí dramático, bárbaro, veloz, salto, fusión de gestos y posturas, de movimientos y de actitudes. La palabra técnica o el adjetivo vulgar, encubren las posibilidades de la emoción pura. No hay crítica posible

de la emoción pura, ni aun la simple descripción de ella. Y por eso mismo, por esa imposibilidad que necesariamente ha de salvarse siempre, se dice lo mismo, se cae en los mismos lugares comunes. Los toreros deben estar poco agradecidos a esos hombres que no aciertan a cambiar de disco y que tan inhábiles son para dar idea de lo que verdaderamente pasa en la Plaza. Ya insistiremos en esto cuando debamos. Ahora, reseñemos...

Marchando a la Plaza

Marchando a la Plaza me entero del nombre de los lidiadores. Tienen gracia: uno se llama *Jardinero*; otro, *Ceniza*; otro, *Lebatón*; otros, *Tabernerito*, *Chatillo de Zaragoza* y *Mascona*. Este último mote, ¿qué significará? Leemos, además, que la banda del Hospicio escogerá, es decir, seleccionará las piezas que toque. En la corrida anterior no pudimos darnos cuenta de esta música que, unida a la voluptuosidad, los nervios en libertad y la sangre, tantas hecatombes de razas ha provocado. ¡Oh, el paso doble y su falso prestigio, una de tantas mentiras como la fiesta tiene! En el ámbito inmenso de la Plaza apenas se oye esa música. Bien lejos están los espectadores de fundir en armonías, que ni escuchan siquiera estados de alma

que se reducen a bien poco: a pasar el tiempo. No deben llamarse pasodobles sino pasatiempos. Todo en nuestra Patria se reduce a esto, a matar el tiempo, a perderle. Como nadie sabe en qué emplearlo, lo necesario es gastar, gastar horas, que desfilen ligeras ante nuestra inacción.

Es ahora, cuando vamos a los toros, el instante propicio para comprender que no nos equivocamos. En la ola de calor que abrasa la célebre calle, se mueve una multitud gris, negra, unos coches vulgares, se agita sin color, sin gracia, sin valores castizos; la muchedumbre que permanece indiferente ante la revolución, ante la guerra mundial, ante las subsistencias. Pasa de vez en cuando sobre un caballo escuálido, ese grupo melancólicamente bufo del picador y su monosabio. Y la gente los señala extrañada de la absurda nota de color, oro o plata, roja y azul, que cruza despaciosa e irónica camino del matadero ¿Cómo no han sentido los literatos la tristeza horrenda de ese absurdo grupo, sorteando los vulgarísimos vehículos que sucedieron a las calesas? Ni mantones de Manila siquiera, ni siquiera mantillas. Calor, calor y calor. Tabernas, muchas tabernas. La multitud silenciosa camina en el fuego del sol sin ideales, torpe, porque sí, porque no tiene otro lado, porque se acostumbró a ir por allí, tal vez, tal vez sintiendo,

lamentándose de que los miuras de esta tarde hirieran algún torero.

Ni malos pueden ser estos ciudadanos ya. Un claro obscuro siniestro lo mancha todo. El alma artista no ve rasgos salientes, ve vulgaridad, cotidianismo, descomposición siniestra de valores que quizás algún día significaron algo. Belmonte ha venido, se dicen todos. Y ese nombre, de boca en boca, es como una promesa de excitaciones próximas. Sólo el milagro de ese hombre altera la mansa marcha, la lamentable caminata de esa gente, camino de una fiesta que cuesta trescientos millones de pesetas a ese pueblo... que no tiene dinero, ni redaños para asomarse a Europa en estas circunstancias trágicas. Belmonte ha venido, ha venido Belmonte... Me presentan un joven, un joven que conocí en Lorca, de admirable familia. Ya no es sino el *Visera*. Muy valiente; viene a torear a Madrid. Una víctima más de la afición. Quiere torear a toda costa... El demonio de la afición se le ha metido en el cuerpo... Le miro con pena; su juventud me da pena. Sí un toro puede destrozarle, no le importa, lo esencial para él es torear. Y camino de la Plaza contemplo a este joven, arrebatado por la pasión taurina que conocí inteligente y libre en una ciudad murciana. Los cachorros iberos, se nos van, todos derivan hacia la afición funesta...

Belmonte ha venido, ha venido Belmonte. El Mesías está aquí, entre nosotros; la afición recobra el ardor amargado por los rumores americanos de que Belmonte se iba y con él, ese cáncer horrible de emoción salvaje que se va apoderando del espíritu nacional.

Es horrendo, horrendo. Y nadie quiere verlo... Ni una localidad siquiera. Vienen a decirme. No hay una siquiera. Se pagan primas enormes.

—Noel, los miuras—me dicen—, son los miuras, el hule probable, un canalla deseo de que un bestiario muera, uno de estos bestiarios pobres y humildes.

En un coche, Corcito. Recuerdo el famoso cuadro de Zuloaga. Este torero mereció el alto honor de ser retratado por Ignacio. Recuerdo el retrato y lo miro. ¡Qué diferencia entre la suprema obra de arte y este original que tengo ante mí!

Delante de mí caminan unos jóvenes. Discuten las probalidades de que los flamencos se encolericen. Granados afirma que se jugará la vida si alguien me hace alguna cosa. No hay cuidado, Granados; solo les preocupa la llegada de Belmonte...

Observando esta multitud con la pena en el alma, recuerdo las palabras de Renán: «Una raza es, ante todo, un molde de educación moral.»

Buen molde, buen molde este de las corridas...

El patio de caballos

De entrada, unos sargentos dicen que si estuviera en el cuartel me aplicarían el cero. Les increpo su cobardía llevando el uniforme. Visito la cuadra. Visión melancólica de esos veinticuatro caballos, cada uno de los cuales es una horrible estampa de vejez y dolor. La gente me rodea con respeto; yo les miro, suplicándoles con mis ojos que tengan compasión de esos pobres animales. ¿Me entenderán? Yo estoy seguro que en este momento tienen compasión. Es horrible esta escena. La muchedumbre visita las cuadras con indiferencia; hay muchas mujeres. ¿Cómo explicarse todo esto? Los guardias vigilan las puertas de la enfermería.

—Hoy—dice uno—han de llenarse todas las camas.

En la inmensa multitud se destacan a caballo los picadores. Escribo notas que han de servirme para mis libros; la gente me rodea, y silenciosa, espera no sé qué incidentes. Entran los toreros; van a orar. Hay en todo esto una horrible mancha trágica en su aparente indiferencia. En las ventanas de la Plaza, la gente mira expectante, algo inquieta. En vano el alma mira y medita. Sudor, calor, luz a torren-

tes; estas siluetas de colorines, de picadores gordos y brutales, de muchachos con trajes de cupletistas, pálidos, muy fríos, que estrechan rápidamente las manos de quienes se las tienden y sonrían forzadamente. Llevan los matadores preciosos capotes; la gente los mira largamente. Corinto, que me recuerda del estudio de Zuloaga, me mira de reojo y sonrío.

Una mujer, dice:

—¡Qué pálidos están los toreros!

En los pasillos de la Plaza, el gentío se aglomera de un modo imponente. En los urinarios, los hombres esperan en largas colas, impacientes. Huele a sudor, a tierra, a boñiga.

Momentos antes de empezar

He aquí lo que se ve en la Plaza. Un telar de cables eléctricos para las corridas nocturnas; negocio, siempre negocio. El azul cobalto del cielo, se ve a través de estos cables. En los tendidos, una inmensa mancha gris y negra es acribillada por los dos tonos de nuestra pobre bandera, el rojo y el oro. Silbidos, gritos, vociferaciones. La faja negra del antipático sombrero de paja. Ni una localidad vacía. Cerca de mí, una mujer muy bella, mira asustada a la multitud. En las localidades de sombra un polvillo tenue y sucio vela el gris y el negro de la mancha inmensa. Delante de mí, una gran

percalina cubre los tabloncillos de los toriles. El cromo de la cuadrilla tiende sobre la arena un tapiz de tintas y lentejuelas llamativas. Los alguacilillos que habían sido quitados con muy buen acuerdo, están de nuevo aquí y hacen unas monerías completamente anodinas.

El primer mártir.

Suenan los timbales y aparece un toro enorme, berrendo, que es aplaudido. Es de una lámina preciosísima, de cuernos afiladísimos. El primer diestro lo lancea; pero le dicen que se le va a meter por bajo y deja de torear. Escarba el toro. Los picadores dan vuelta a la Plaza, y, como tardan, la gente se impacienta. Acomete a un caballo, que cae deshecho, y patalea horrendamente sobre la arena. Un torero pone la montera sobre el toro, y la gente aplaude. El gentío impide que un caballo herido vuelva al toro. En un momento dado hay juntos seis monosabios, cinco toreros y dos picadores.

Un caballo, que es empujado al toro, gotea sangre, de un modo horrible. Levantan un caballo blanco con la asadura fuera; va a montar el picador y el público le abuchea. La marcha del caballo por medio de la Plaza con la asadura roja a un sol de fuego es tristísimo; nadie se fija en ello. De pronto el público prorrumpe en un griterío bárbaro. Siete monosabios, cin-

co toreros y tres picadores hay junto al toro.

—Hay que coger menos palo—dice uno a un picador.

En el ruedo hay un desconcierto enorme. Todos procuran estar juntos siempre. A veces, corre el toro, y todas estas figuras luminosas y charras, cada una por su lado, corren también pintorescamente. Los toreros, capote al brazo, esperan que acometa el toro, y la gente silba. Unos piden fuego para el toro, que no ha sido suficientemente bravo.

—Son malos los toreros—dice un señor—, y por eso le condenan a fuego.

Se ponen banderillas de fuego. Un banderillero va a ponerlas, y se le prenden en las mismas manos. Da risa este fuego de pirotécnica pueblerina, este humo que envuelve las figuras coloridas. Cuando estos bestiarios están en el radio del sol y estallan las banderillas, el sol, las lentejuelas y el humo, componen un cuadro tristísimo. La piel del toro se tuesta de veras. Todo transcurre aburrido, pesado, sin arte. Le ponen unos rehiletos cerca un ojo, y el comentario del público llena el ámbito de un ruido ensordecedor. Al callejón de cabeza; la gente ríe del percance del pobre bestiario. Otro par de banderillas y van no se cuántos. Estallan los petardos. Suenan aplausos. El *mataor* va hacia al toro, y a mucha distancia le cita.

—Para tomarle por la izquierda está—dicen con ironía.

Pánico horrendo. Las risas explotan, ahora como antes, los rehilletes. Uno va al callejón, otro corre, otro le quiere llevar a punta de capote. Uno de los bestiarios es punteado y lanzado a distancia.

—¿Quién mata a eso?—pregunta una voz apocalíptica.

El toro reina. En el centro escarba sólo, poderoso, mandando siempre. Ni le lidian, ni se acercan. El matador es abucheado sin cesar. Todo se le vuelve arreglar la muleta.

—Si con esto Noel no escribe una novela, no sé para cuando lo deja—gritan estontéreamente.

Los capotes quedan en el ruedo con frecuencia.

El toro escupe la espada.

—No se ha oído mucho, en poco se vá a Sevilla—dice uno comentando el acto de entrar a matar.

Otra estocada. Otra a paso de banderillas, la gente le increpa en masa y el espectáculo es vergonzoso, tristísimo.

Seis toreros pretenden manejar este pobre bicho, pero no consiguen cosa alguna. El bestiario tiene miedo y no se acerca. Nueva estocada. Unos aplauden y otros increpan. El pobre animal, que muge de dolor, escupe de nue-

vo la espada. Vueltas y más vueltas. Pitos. Carcajadas, porque el diestro no sabe qué hacer. El pobre toro busca la barrera, se echa y el puntillero aprovecha el momento para matarlo. Música. Nada más feo, execrable y necio puede oirse en la vida.

Segunda víctima.

Una exclamación de asombro acoge al toro, que corre a sus anchas por la Plaza. Largo, galgueño, muy bello, hace lo que quiere. Vuelven a perder la capa dos toreros, y la gente ríe con sarcasmo. Otro capote en el suelo. El diestro le veroniquea muy movido y sin gracia. Los picadores trotan buscando al miura, y de nuevo diez figuras rodean al toro, que escarba y anda receloso. Otros dos capotes en el suelo. La gente se harta de silbar y vociferar.

Un pobre caballo es corneado monstruosamente, y como intenta correr, el toro le hiere durante largo trecho. Otro capote en el suelo. Los picadores corren entre un buscapié de insultos. El toro se arranca desde lejos sobre un caballo y su acometida es feroz. Muge el bicho. El lfo es tan grande, que se vé al mismo tiempo saltar la barrera, herir por la grupa a los caballos y a doce o trece personas juntas que no saben lo que se hacen.

—Hoy no se tira ningún espontáneo— dice un espectador, tal vez sintiéndolo.

Patalea en el suelo una pobre bestia. Cae otra al lado en golpe brutal. La gente aplaude, vocea, execra. Cambian de tercio, y entretanto llevan a la cuadra un caballo cojeando. Estas víctimas son las más interesantes, las que me importan más. A nadie interesan en cambio. Las banderillas primeras molestan al toro, que muge fuerte. Como un torero se arranca de lejos para poner banderillas, la gente chilla temerosa.

Hay un largo tiempo en el que ningún torero se atreve hacer nada. Otro capote en el suelo. Muge el toro sin cesar. El radio de sombra se extiende en el ruedo. En la inmensa multitud a veces corre un estremecimiento nervioso de risas o de voces o de aplausos.

El *mataor* se acerca al bicho.

—El valor lo pone con letra de palo, Noel— dice un espectador que ve el miedo del diestro.

La faena de este bestiario es breve. Mata y sale enganchado. La gente silba y aplaude a la vez. Yo no he visto nada. Aquí no sucede nada. Se sufre horriblemente viendo estas cosas. Llegaba un funcionario, y dice que a un banderillero cogido antes le ha partido el cuerno un labio y la nariz.

El toro cae y se vuelve a levantar; los toreros, en número de siete, le siguen a lo largo de

la barrera. Quiere el *mataor* descabellar; lo intenta, danza, no lo logra; la agente abuchea, silba, y él insiste una y otra vez. Aquellas figuras de bestiarios, quietos, esperando el sacrificio del toro, son de lo más feo del mundo. El puntillero remata al toro que patea.

Mártir tercero.

Sale un toro que cornea la barrera.

—Es del mismo pelo del que mató al Espartero—dice un aficionado.

El *mataor* veroniquea, soliviantando al público, que aplaude a rabiar. ¡Qué gana tiene este público de ver algo! Otros lances; un estremecimiento conmueve a los espectadores, que aplauden al pálido bestiario. Este se acerca, tosiendo.

—Todo esto para Majalahonda—grita un espectador borracho a un torero malo.

El lfo es atroz. Abucheo a un picador miedoso. Acomete el toro, y cuando levantan al caballo tiene éste fuera de la barriga los intestinos. Le da la puntilla un monosabio y el pobre mártir patea. Es horrible y repugnante la muerte de estas bestias.

—Cómo imitáis—grita uno.

—¡Efectismos!—dice otro con voz atiplada. Ponen banderillas. No se ve más que siempre lo mismo. Aprovechan el descuido del toro

y le pinchan. Luego corren y saltan la barrera; aunque el toro no les siga. ¿Dónde estará el arte? ¿Dónde estas cosas que soliviantan a los revisteros y aficionados?

El público pide al matar una cosa que éste no está muy dispuesto a hacer: que se quede sólo. Suena un silbido prolongado y después un olé enorme. ¡Cómo salta este pueblo de un sentimiento a otro!... Sopla aire fuerte. La gente abuchea al torero porque éste, sin casi lances se tira a matar, y cuando le mete el estoque le aplaude. Se llama Almanseño, y la gente le dice que se ha tirado desde Almansa. Silencio prolongado.

Otra vez se tira a matar desde más lejos que antes y la gente protesta.

Seis toreadores le ayudan.

—Ha defraudado nuestras esperanzas—dice un aficionado, con verdadero sentimiento.

—Más cerca—le gritan.

Otra estocada. El toro se echa. El puntillero acierta a la tercera vez. Unos silban, otros aplauden.

Suenan las chirimlas, y luego la música pueblerina. Salen las mulillas. Yo miro asombrado todo esto, tan caro, tan necio, en el que las víctimas caen una detrás de otra porque sí, sin que se vea por ninguna parte un relámpago de emoción leal, de arte sincero, de valor ibérico.

Sólo conmueve el gentío, la visión de esta enorme masa incapaz de otro movimiento social que el de venir a ver sus corridas.

La sombra ocupa ya el ruedo. Y esos espectadores de los tendidos de sol tan sufridos, tan pacientes, achicharrados por ver esto, son todo un símbolo.

El símbolo de nuestra mansedumbre.

Cuarta víctima.

El toro, con toda la edad, precioso, de hermosísima cabeza, sale levantando una nube de polvo.

—¡Jesús!— grita la muchedumbre.

El matador hace unas posturitas levantándose sobre la punta de los piés, y en un farol que da delante de mí da unos pequeños gritos. La gente le aplaude. Acomete a un caballo el toro cebándose en él cruelmente. Luego le echan otro y suena un porrazo inmenso. Muchas capas airean al mismo tiempo.

Silbidos y gruñidos. Hay juntos tres picadores, una infinidad de toreros y docenas de monosabios. El público aplaude unos quites. Otros silbidos y otros gruñidos. En los quites de antes el torero empinaba los piés de un modo delicioso: a la gente le agradaba mucho esto. Con frecuencia vienen los bestiarios a la barrera y un mozo les sirve agua.

Mientras ponen banderillas observo la hermosa bestia, su aplomo, su poder, esa magnífica atención al peligro que llega íntegra al alma. Nada hay más aquí con más razón que él, con más belleza; él, sólo él, es una estampa ibérica.

El *mataor* retira su gente. De pronto se retira y ordena que sus lidiadores le arreglen el bicho. Silba el gentío impaciente.

—Más afuera—le gritan al diestro.

Como no lo hace, el toro le achucha contra la barrera y el pobre muchacho hace gestos atroces del dolor y se venda una mano.

—Es «paripé»—le gritan.

—No se lo dejes—le dicen a otro diestro que le quiere retirar.

Es horrendo lo que está sucediendo. No puede, porque no quiere, le gritan. El desgraciado muchacho hace gestos de que no puede continuar. Cuando le van a sustituir se quita la montera y va otra vez al toro porque el público se lo exige. ¡Qué lamentable es todo ello, qué lamentable! Por fin es sustituido. El que le sustituye mata mal y la gente silba. Es penoso ver estas cosas, esta mezcla ridícula de valor y salvajismo, de crueldad y miedo.

Da asco.

Víctima quinta

Entre toro y toro, mirando esto sin rencor,

sin odio, el alma se pregunta: pero ¿esto qué és? Aquí no sucede nada que sea digno del arte ni de cosa alguna.

Una nube de polvo flota sobre el ruedo.

El toro corre y corre, en libertad. Luego se arroja sobre dos picadores que hay juntos, y se ceba largamente en un caballo. No pasa más que esto. Mientras cornea al pobre caballo los toreros miran embobados.

Un pobre caballo sale a escape por medio de la Plaza con la asadura toda fuera. De unos tendidos bociferan no sé qué cosas. La gente calla cuando los piqueros se acercan al toro. Este no sabe qué hacer en este herradero; mira, se revuelve, y los bestiarios, agrupados, dejan hacer. Entre barreras echan a un picador un botijo de agua por la cabeza. Muge el toro. Le ponen banderillas.

Por más que miro no veo la diferencia entre uno que las pone y otro que las pone también. Sin duda que la hay y hasta sin duda que la hay muy bella, pero será en corridas *serias*, en corridas de toros. En éstas todo es lo mismo por muy buena voluntad que se tenga, todo igual, todo sucede de la misma manera.

Causa una impresión singular ver en el vasto ruedo estas figuras de torero tan magras, tan chicas, tan luminosas. El toro es el único digno de ese vasto diámetro.

El matador hace lo que puede, lo que sabe,

es decir, lo que recuerda. Debe recordar poco o no ser de estilo lo que hace, porque el público lo abucea. De todos modos es poco y malo. Se perfila y mete el estoque, aprovechando. Es curioso que a todos les pase lo mismo, todos, buenos y malos, desean acabar sea como sea, presto, muy presto.

En vez de lances emocionantes procura el bestiarío cuadrarle, y se tira a fondo. Se oye un grito enorme en un tendido. Qué graciosos son estos gritos en este *templo* de valor.

El toro va cojeando al hilo de las tablas, seguido por todos los toreros. Lúgubre procesión esa. El toro muere. Música. Aplausos. Salen los picadores y las mulillas. Lo mismo, implacablemente lo mismo.

Ultima víctima

Velocísimo sale el toro último. Es muy bello, muy bello. Una nube de polvo borra sus líneas espléndidas en la velocidad de la carrera.

El *mataor* le lancea y le gritan olés.

—Por el derecho está muy suave—le dicen.

Suenan frases de desencanto. Escarba el toro.

—Ahí hace falta un hombre—gritan.

Al acometer a un piquero, levanta el toro su divina cabeza. Qué bello cromo esa cabeza.

Retrocede un poco, escarba la negrísima silueta, se perfila en este ambiente. Escándalo tenemos. Alguacilillos y municipales hablan con un picador, a quien el público quiere mandar a la cárcel.

Como el toro tiene una cabeza tan poderosa, los picadores no quieren arriesgarse. La gente se enfada, ruge, vocifera, silba, execra a esos raros jinetes absurdos. Es muy instructivo escuchar estos enfados colectivos, todo un curso de psicología de muchedumbres. Vueltas y más vueltas y enfado de cada tendido en masa cuando en su sector no caen estrepitosamente los picadores.

Más vueltas y revueltas de caballos, bestiaros y monos. Caen un picador de latiguillo y el pobre caballo con fulminante muerte. Otro piquero se acerca al toro con grandes exclamaciones, los monos apalean al caballo por la grupa y es melancólico ver esa víctima así llevada a la muerte. Pero nadie ve eso. Todos quieren ver la suerte de baras, oír el porrazo monstruoso. En el callejón los guardias azuzan a los picadores morosos.

En la Plaza el sol ilumina ya sólo el tejadillo de los palcos. Es ahora más Plaza de Toros que nunca. Es como un cromo de griseas y de ocres, de tintas pizarrosas y cenicientas. Pesa el ambiente.

Dura mucho la suerte de varas. De todo lo

que se puede ver en la Plaza es lo que sin duda gusta más al público. No se quitará nunca sino es con la fiesta esa suerte repugnante.

Cansa, fatiga, esta atención incesante a lances que son siempre idénticos, que se repiten con fastidio abrumador. En el tablero del ruedo las mismas figuras ejecutan movimientos iguales. Sólo el toro es diverso siempre, siempre valiente, cara al peligro. Sólo es capaz de interesar esa figura espléndida del toro.

Como un bestiarío no acierta en las banderillas, viene a la barrera rabioso. En los tendidos los hombres imitan, para execrar a los lidiadores, gritos de mujeres.

Sale el bestiarío que ha de terminar esta fiesta de hoy, cuya desaparición tengo por segura ya. El toro está muy entero, y él, ávido de terminar no sabe cómo y torea desde lejos. La gente comienza a marcharse.

Una voz grita: ¡En la otra mano!

Y cambia de mano su muleta. Pero el toro y el torero no quieren pelea. El gentío se levanta en los tendidos. Pierde el trapo el bestiarío. Miedo, mucho miedo. Ciertamente esa cabeza del toro acampanada, espléndida, debe ser imponente ahí abajo.

Pierde otra vez el trapo el inútil diestro. Un pinchazo. A la espada le ha pasado algo, y le entregan otra. La gente se marcha. Se borran los esplendores de las lentejuelas en el atarde-

cer tristón. Ya no esperan todos ver algo bueno, sino que acabe, sea como sea. Y silban. Se perfila el bestiario, y mete el estoque. El pobre mártir se muere aburrido.

Pero antes que muera se lanzan al ruedo centenares de jovenzuelos y se arrojan al toro, arrancándole las banderillas.

No muere, y el gentío huye. Todo monstruoso, horrible.

La gente desaparece en la nube de polvo.

Y ahora es cuando el gentío es más muchedumbre que nunca.

Algunas líneas con las que no se atrevería doña Anastasia

Estamos seguros, bien seguros, de que la censura no nos tachará una sola de estas líneas. Ya no se puede escribir en nuestra pobre España con libertad más que en cuestión de toros. Todo se estrella aquí, desde las decisiones mismas de los pontífices hasta la suspensión de ese párrafo primero del artículo trece de la Constitución del Estado. El pueblo ibero tiene derecho de asilo en sus plazas de toros, es aquí donde únicamente ese pueblo tan pobre de espíritu, reina por derecho propio. Es aquí, donde el pueblo puede hacer lo que le dé la gana, donde las autoridades humanas y divinas no le acuciarán pase lo que pase. Es trágico

co, bien trágico esto; el hijo del pueblo no tiene otra orientación para su energía que la destreza del oficio de los beluarios, el pueblo mismo no tiene otro Parlamento, otro sitio verdaderamente libre que estos cosos, gigantescas torres del silencio llena de muertos como las de Bombay... El rey momo cuando entra aquí, pasa bien pronto a segundo término, se funde en el claro oscuro macabro de esta enorme masa, como uno al tanto. ¿Por qué la censura no tachará todas las reseñas de las corridas, todo lo que hable de fiestas de toros, y sí, tacha en el santo nombre de la Patria lo que por ella se escribe? ¿Qué alma es la nuestra que así deja pasar lo que verdaderamente y fundamentalmente no se debe hacer y borra implacable la garantía más seria y brusca del ciudadano español. ¡Oh, estos días, estos funestos días en los que el mundo crea sus nuevos destinos, estos días en los que España libra tan hondos problemas que no pasan por nosotros indiferentes!...

El pueblo solo opina sobre materia de toros, solo piensa en ellos; todas las corridas de estos días, corridas de bestiarios indocumentados, monstruosos de taquilla. ¿Qué sucedería de ver estas corridas, lidias *serias* con bestiarios de estos que cobran más que el supremo artista del mundo? ¿Qué sucedería si se hablara de

Joselito y un Belmonte? No, no es posible que demos lado a esta cuestión.

.

**América nos devuelve, uno a uno,
:: los hombres que la enviamos ::**

En el cartel de la tragedia de esta tarde figuran dos bestiarios americanos. Ante esos nombres he pensado que América nos devuelve hombres semejantes a los que un siglo la enviamos nosotros. Al mismo tiempo que recordaba los cuatro versos de Rubén, pensaba, melancólicamente, en los hombres aquellos que historiaron Fernández de Oviedo, Díez del Castillo, Casas, Gomara... He ahí a lo que hemos venido, a cuán menos hemos venido. América empieza a enviarnos la caricatura del valor viejo, de la vieja audacia. Los conquistadores de Indias vuelven convertidos en bestiarios. ¿No nos quejamos de lo mal que nos relacionamos con América? ¿No estamos todos los días charlando a chorro libre sobre el intercambio espiritual hispano-americano? Pues he ahí el fruto de toda esa labor. Belmonte viene de América, América nos envía sus toreros; hasta hubo un ministro de la Guerra que dispensó de sus deberes nacionales a un torero para que pudiera ir a esa América, nuncio, embajador de nuestro valor actual, de ese valor de expor-

tación que hemos producido y que es, en realidad, lo único que nos pagan bien fuera. Apenas el alma observar estas cosas. ¿Por qué nadie se fija en ellas o las quita importancia? El pueblo ve que América nos envía toreros y saca consecuencias desastrosas. Aquí nadie quiere estudiar como el pueblo reflexiona y comenta los acontecimientos. Ajeno ese pueblo a sus intelectuales sólo vé como hecho positivo, como asunto consumado, que al lado de los bestiarios indígenas, América pone los suyos. Deducid, si os place, el daño que esto causa.

La cara y los gestos de Belmonte

En otra crónica, unas líneas tuvieron la virtud de dar qué pensar, y fué que aludí al toreo belmontino diciendo de él, a propósito de los imitadores, que era fruto de la mala facha de su cuerpo. Quiero insistir en esto, no porque me importe un comino todo ello, sino para reflexionar cómo se origina y crea en el arte de lidiar reses bravas todo un nuevo aspecto, una era nueva. Y es cosa de reir, observar eso en los imitadores. Como el desgarrado trianero, al dar sus lances ha de someterse a las leyes físicas de su cuerpo defectuoso, y da esos lances ciñidísimos, muy parado e inclinando la mandíbula sobre el esternón o sobre los hombros, todos los novilleros y maletoides

que pululan por España hacen lo propio y no dan un lance sin imitar esos gestos, y aunque el público los aplaude, alguien caritativamente debía decirlos lo feos que se ponen, pues esos gestos, fruto de un cuerpo contrahecho, cuando se parodian, afean a quien lo hace de un modo desastroso. Lo que en Belmonte es inspiración de defensa propia, y no arte, es en los imitadores algo siniestramente y simiescamente bufo.

Belmonte no pone la cara que pone cuando torea, porque su arte o inspiración del momento se lo exige, sino porque se lo exige esa enorme mandíbula. Por esa causa, cuando los novilleros, al dar las famosas medias verónicas, o como se llamen esas sandeces increíbles, ponen la cara belmontina, no saben que, además de ponerse muy feos, desprestigian la tauromaquia, revelan que en el arte de los bestiarios no hay otra cosa que negocio, negocio y negocio. Que el poner la jeta en mueca hedionda dá dinero, pues a poner cada jeta, que atufa. Que Belmonte, por no poder correr o porque carece de facultades o porque no tiene *aire serrano*, se mete el toro en el cuerpo, pues a parodiar eso. Y hay que ver lo antiestético que resulta presenciar el espectáculo de un joven bien formado haciendo las contorsiones más violentas y feas del mundo, con objeto de que le resulten belmontinas.

Es dolorosamente bufo ver cómo una cara simpática se esfuerza por dar una idea de que dentro del alma pasa un estremecimiento de valor belmontino. Lo ví días atrás, y nada más risible y a la vez más trágico. Ello me reveló que todo en el toreo es falso, puro engaño, pura defensa, que hasta lo que los aficionados más *técnicos* tienen por oro purísimo de inspiración del momento, no es sino miedo, defensa, burla, ilusión, sobre todo, miedo. Lo único que hay que reconocer en los bestiarios es su deseo enorme de parecer más brutos que en realidad son, su afán de ilusionar a la gente de los tendidos con algo que parezcan algo, y que, en realidad, no es sino la memez más burda.

Lo que serán estas revistas

Una tarde, detrás de mí, un bitongo, a quien el valor mío de estar en la *cloaca máxima del conocimiento nacional* le ponía sesomano, y como fuera de sí gruñía que lo que yo buscaba con mis revistas era ver los toros; sepa ese y otros bitongos semejantes que lo que yo busco con esas revistas es llegarme a dar cuenta de la emoción pura de esas fiestas, documentarme de verdad, enterarme a fondo del mal que estudié empíricamente.

No sólo odio las corridas de toros, sino que no me gustan. Aparte todo intelectualismo, me

parecen las corridas de toros la cosa más cargante del mundo. Ellas, de por sí, sin otra complicación psicológica o social, son lo más memo, ñoño y vulgar que haya engendrado una Raza. Pero como en las Plazas de Toros y en las corridas se inculca el flamenquismo; como de esas posturas y lances de los lidiadores salen luego los gestos y los actos de la mayor parte del pueblo español, no me queda otro remedio que ir a los toros y verlo, verlo allí mismo, con asco, con pena, sobre todo con una pena inmensa de ver cómo pasa el tiempo. España, este tiempo inapreciable, cada uno de cuyos minutos tiene un valor increíble.

Aparte, amigo bitongo, de que no es cosa insignificante el permanecer entre tanto flamenco y aficionado que sabe que odio todo eso y que llevo ocho años combatiéndolo y que he jurado acabar con ello.

Antes de la corrida

Lo que oprime el espíritu artista es la imposibilidad de sujetar a la palabra este flujo vital. Sin duda que hay emoción, sin duda que en esta hay como un aumento o congestión de fuerza. Y lo que oprime el alma es la imposibilidad de fijar este dinamismo, esta marcha cinematográfica. Nada se ha hecho en este sentido. Atentos todos a la parte técnica, y cubriendo

con tecnicismos mañidísimos la falta de visión, la emoción, tal como es, no se ha dado jamás. Es posible que acertemos algún día. Hay que dibujar con palabras esta serie de movimientos ardientes en los que los sentimientos más violentos se funden con manifestaciones de anormalidad absurda.

Y es viendo esta multitud congregada en la plaza, oyéndola, como el alma adivina, que nunca se intentó, ni tentar quisiera, un modo nuevo de fijar para el arte y los conocimientos modernos de psiquiatría las cosas que pasan aquí, las cosas que de ellas se desprenden, llevándose en las chispas enormes cantidades confusas de desolación, tragedia y escándalo.

En el programa que compramos hay un dato curioso, dice así: «Si por la duración de la corrida anochebiese antes de su terminación, continuará con el alumbrado eléctrico de la Plaza.» Es lo que falta, que dure tanto esa fiesta.

Olmet, a mi lado, habla de los valores espirituales y pictóricos de esta fiesta. Pero ¿cómo habrán engañado tanto a la raza con descripciones y lirismos? El blanco sucio de las ensambladuras de los palcos, el ocre rojizo de las talanqueras, el color ladrillo de las barreras, esa mancha gris y negra acribillada de sombreros de paja, ¿qué valores artísticos puede ofrecer? No hay una localidad vacía, no quedó sin vender una sola entrada. Y esa es la única

belleza, la del negocio, el más formidable de los negocios. Es viendo esta inmensa multitud de gente cuando el alma se da cuenta de lo horrible de nuestros destinos. En la barrera arreglan los estoques. ¡Cuán innoble es esta espada!... Salen en la cuadrilla 16 toreros. ¡Diez y seis! A poco de salir la cuadrilla se cae un picador del caballo, y la gente abuchea y silba estrepitosamente.

Primer mártir.

Sale un toro muy pequeño. El torero le dá unos lances que son aplaudidos; el toro le coge al salir de ellos, y la gentecita chilla femeninamente. El bestiario, encorajinado, se levanta, va al toro y le lancea de nuevo. Los pies de la multitud estallan en el aire como latigazos.

La suerte de varas resulta sosa. A pesar de lo pequeño del toro una vez que entra a un caballo le levanta con su picador como si fuera una pluma. La gente ofrece un manchón enorme; ni una localidad está vacía; de pronto, a cualquier accidente, por muy insignificante que sea, chilla, aplaude o gruñe de un modo extraño, siempre histórico, como fruto de un nerviosismo enfermizo. Nueva caída tremenda de un picador; el caballo herido es levantado y se aprovechará, ¡no faltaba más!...

Banderillas. El toro, herido por los arpones se remueve y ruge.

— Con ese toro es imposible el lucimiento, — dice un espectador.

Otro, desilusionado se vuelve de espaldas y afirma que no es bastante toro para él.

Coge el bestiario la espada y la limpia con la muleta. La gente abuchea a los capeadores porque no le dejan el toro al matador. En un pase de esos que llaman de pecho sale como puede. El toro es pequeñín y se puede hacer con él todo, sin embargo, el bestiario nada hace. Está valiente, temerario, pero lo que hace es recuerdo. Quiere copiar lo que ha visto, y apresuradamente imita esas actitudes que hemos visto cien veces en las fotografías.

De vez en cuando el torito escapa del círculo de muerte que forman en torno de él los toreadores, y éstos salen a escape detrás. El torillo muge y se revuelve. Ese mugido aquí ¡cuán penoso es de oír!... Una estocada. El pueblo protesta. Nueva estocada, la espada salta y pierde el trazo el mal lidiador. De la imponente masa sale un vocerío de ironía y chilla. El torero quiere terminar. Aprovecha y descabella. Suena la música y en paz. ¿Qué ha hecho este hombre? No obstante le aplauden. Sin gracia, sin razón.

Segunda víctima.

¡Qué bella estampa la de este animal, trotando en el radio de luz, levantando en su ca-

rrera miles de polvo! El bestiario de tanda corre tras de él buscándole para lancearle como todos lo lancean, como todos, porque todos hacen lo *mismo*, lo MISMO, lo MISMO. Ni por casualidad, nada nuevo. De pronto se le hecha encima el toro y le coge; cosa de poco, un pantalón de menos. Es ridículo todo esto. Un diestro que no sabe lo que hace, a quien sin duda sugestiona este inmenso gentío que tiene en él la mirada, juega con el toro atropelladamente. Picadores. Suena el golpe del cuerno en los estribos vaqueros.

—Es una hermana de la caridad ese toro— dice un flamenco, al ver que el animal no mata al imbécil diestro temerario.

En la suerte de pica, todo igual. Mientras se sangra en el cuerpo de estos caballos mártires, caídas estrepitosas.

Un picador caído, golpea, al levantarse, al caballo.

Le ponen las banderillas todo a escape, aprovechando, a la media vuelta, sin donaire, sin arte, sin otra cosa que con un deseo enorme de concluir pronto.

El bestiario de turno coge sus aparatos y hace las mismas monerías que el anterior. Por un milagro no le mata el toro.

Si el toro tiene cuernos se las avía este manco temerario que nada sabe y que desea aprovechar el público de esta tarde para su glo-

ria, es decir, para su negocio. —Estocada tenemos.

Es muy baja, dicen a nuestro lado, y discuten largamente si es baja o alta.

El toro se echa y el puntillero le da tres o cuatro golpes. Acierta al fin y muere este pobre bicho. Su muerte parece un sarcasmo. Ha sido él quien se ha muerto, aunque parezca grotesco.

Tercer mártir.

El toro es un torazo enorme, berrendo, con unos cuernos enormes. El diestro le lancea, sin otro fruto para él, que no salir cogido. En vano es mirar. Así como un lance parece al otro, esta faena se parece a las otras faenas. La gente anima a los piqueros algo reacios. Los ojos miran y miran. ¿Pero qué sucede aquí? Los monosabios, los toreros, los centauros grotescos, forman un sólo grupo.

—Muy bien corrido ese toro—dicen a un capeador que lleva a punta de capote al animal al otro extremo de la Plaza.

El momento de arrojarse el toro sobre los caballos inmuta. Un piquero pica al toro en una pata. En un instante determinado hay tres picadores juntos, y un guardia dialoga con los tres, ordenándoles no se sabe qué cosas municipales.

Al ponerle banderillas, el toro cae. A un

torero que está a punto de ser cogido le aplauden; será, sin duda, porque ha salvado el pellejo. Por otra cosa...

A escape, a escape... El bestiario, con sus trastos heróicos, sale en busca del toro. Antes, el público dió un grito, que suena todavía, cuando el toro estuvo a punto de coger al rehiletero. Este grito es un símbolo.

—¡Embustero!—grita un bitongo—al diestro con voz apocalíptica.

Silencio en la masa gigante. De vez en cuando de esa masa sale un murmullo de desaliento o cansancio.

Olmet mira la facha de un torero y me dice:
—Parece un epiléptico.

Le extraña a mi amigo este empaque torero, vertical, rígida, de una pesadez que ningún lance puede borrar, ni un movimiento.

Estocada. No ha gustado.

—No nos convence—dice uno.

—Eso, para Tetuán—añade otro.

Unos ingleses, detrás de nosotros, critican estos lances, encontrándolos muy sosos. Uno de ellos sólo desea que traigan el toro cerca para verle. El toro, sólo el toro vale la pena. Otra estocada. El torero es cogido, y un capeador le salva de una cornada segura.

Aplausos numerosos. El toro ha muerto.

El diestro ha podido morir también.

Y si hubiera muerto, ¿le hubiera importado algo a esta gente que aplaude?

Le arrojan sombreros. Los aplausos se corren como un reguero de pólvora de tendido en tendido.

Aplauden la temeridad, una muerte probable.

Cuarto mártir

El toril está abierto largo tiempo. Por fin sale un bicho precioso. Los ojos le siguen enclavados en su carrera velocísima. La gente chilla femeninamente porque persigue a un torero, y éste se esconde. El bestiario le dá unos lances de marca belmontina. ¿Cómo no esta imitación? El público aplaude.

Un picador raja la piel del toro. Silbidos. Luego, aplausos. Después, voces. No pasa otra cosa. Silbidos. Carreras de picadores y monosabios y toreros detrás del toro. Silbidos, aplausos y comentarios. La gente abuchea al toro, porque no quiere pelea. Un torero cae de cabeza al callejón delante de mí. Nuevos silbidos. Otra carrerita detrás de un torero, que salta admirablemente la barrera. Aquí no pasa nada más.

Banderillas de fuego. La piel de toro se tuesta. Sangre, humo, estallidos, olor a pólvora. Otras banderillas. El toro huye mugiendo.

Un banderillero coge los rehiletes de pólvora y los lleva con un cuidado que da risa. Podrían explotarle en las manos, y sería una lástima. Todo chabacano, pueblerino, digno de los días de la guerra mundial. Pólvora allá lejos, en los campos del Somme; pólvora aquí. Total, lo mismo, como podéis ver.

El bestiario cita al toro cerca de nuestra barrera. Esa pálida figurilla que magra y fea es delante de la masa brava del toro. Se aplauden unos lances.

—Cuidado—le dicen.

Algunos aplauden antes que haga alguna cosa. Es consolador este optimismo. Parece que desean ver algo que valga la pena. Porque hasta ahora no ha sucedido.

Un pinchazo parece ser que está bien señalado, y los espectadores le aplauden. El toro escupe la espada. Muchas veces ha sucedido que el estoque saltó a los tendidos e hirió a un espectador. Recordamos que uno de éstos sólo pidió al bestiario que le regalara la espada.

Estocada definitiva hasta la bola.

Cerca de nosotros, unos espectadores comen las criadillas del toro primero que se han hecho reservar.

Es gracioso el caso.

Muere el mártir. «Musiquita»

Quinta víctima

Otro mártir. Un espectador hace notar que

es el mismo que ha muerto antes. El aire levanta nubes de polvo. Se acerca el toro y su estampa bellísima es una visión espléndida de gracia y de fuerza. La gente ríe de no sé qué extravagancia de un picador.

El toro achucha al diestro, que no está para monerías. Durante un momento el toro arremete contra un capote; podría ser un hombre y ésta es la tragedia de esta indigna fiesta cobarde.

Voces, silbidos, carcajadas, aplausos. ¿Por qué? Porque sí.

Un picador sufre una caída bárbara. Los monosabios le vuelven a montar en el mismo caballo ensangrentado que no puede ni quiere marchar. Pero estos monosabios le hacen marchar al fin hacia el suplicio. ¡Pobre caballo viejo!

—El presidente es tonto!—grita una voz estentórea.

Banderillas de fuego, y en brazuelos por más señas. A pesar de eso le aplauden.

Mientras le ponen estos rehiletes, siempre colocados en la misma manera, contemplo al bestiario, que se prepara cerca de la barrera, pálido, pequeño, feo.

El viento levanta sus pelos, que él arregla observando al toro. El apenas levanta un poco su cabeza por encima de la barrera.

Ríe el público de un banderillero medroso. El toro, en la nube de humo, se arroja sobre el

diestro, tranquilo en el estribo, y tiene que saltar para salvar el pellejo. Gritería enorme. Otro banderillero cobarde. La gente aumenta con sus gritos esa cobardía.

—Bueno. Vamos a ver lo que éste se trae— dice un espectador, disponiéndose a ver lo que hace el beluario.

Y hace lo mismo de siempre. Es decir, algo nuevo.

—Ha despertao—gritan alegremente.

Y es que, encorajinado por su poco éxito, hace no sé qué posturas que deben ser promesa de hule.

—Te has enfriao—le grita un moreno, desilusionado.

—Te pareces al Gallo en el poco pelo—le dicen.

Quiere concluir, y se perfila para matar; la gente le dice que no, y cede. Ni sabe lo que hace, ni esto es diversión, ni esto es arte, ni esto es otra cosa que tiempo perdido; horas horriblemente pesadas. Esta es la triste, la tristísima verdad.

El sol pone en los tendidos de enfrente un segmento luminoso. La masa de gente es más masa que nunca; interminables filas de sombreros de paja, cabezas alineadas e inmóviles, de las que sale un rumor continuo de impaciencia, de atención, de estúpida atención heroica.

El beluario no sabe qué hacer del toro. Es-

tocada. Mala, muy mala. El toro muge y los enterradores hacen su oficio. La silueta lejana del diestro entre sus capeadores, la nota roja de su muleta... nada, nada en el arte; ni cromo ni acuarela siquiera. El toro muge mucho. Silbidos fuertes, larguísimos. Otro estoconazo.

—Le estás matando indecentemente—le gritan.

Intento número mil. El toro corre al hilo de las tablas seguido por esas inhábiles toreros. Desde la barrera hay capeadores que le llaman la atención con el trapo. Silbidos y más silbidos. Otra estocada mala. Descabellos. Martirios, martirios.

—¡Déjalo; pero si estás viendo que se muere solo!

Y se muere solo.

Sexta víctima

Otro toro aburrimento. Palmas. De pronto el toro quiere saltar la barrera y hace una sarracina en un grupo de los innumerables que hay en el callejón; la gente grita. Salta de nuevo el toro la barrera.

Unos señores piden que se les reserven unas banderillas.

El toro acomete a un picador y suena la cabeza de éste de un modo espantoso al chocar en el estribo de la barrera. Tan tremendo es el

golpe que muchos espectadores se llevan las manos a su propia cabeza.

El picador se arregla la suya con agua de un botijo; decididamente el agua de botijo es un remedio admirable para la brutalidad de estos centuaros grotescos.

Ocho monosabios, dos picadores y cuatro toreadores están ante el toro.

—¿No puedes picar más alto, verdad—le preguntan a un bruto de éstos.

Brutos ciertamente. Es increíble el cráneo de estos hombres; no es posible, no viéndolo, imaginarse siquiera que estos hombres sean tan insensibles.

El sol llega al tejadillo. Por la Plaza se extiende una pátina de pandereta; parece la Plaza una fotografía inmensa, la de un pueblo inconsciente que se ha congregado en masa para... no hacer nada.

Otro bestiario. El público espera en silencio la emoción de la faena; de todas las bocas sale una exclamación de desencanto seguida de aplausos y de oles.

¡Qué curioso es este insólito cambio de sentimientos! El diestro hace lo que los otros hicieron antes, lo mismo que él antes hizo. Aquí no hay de nuevo sino que ese hombre puede morir al menor descuido.

Se ha levantado aire. Falta hace uno grande, enorme ciclón, que se llevara estas fiestas.

Aburrimiento. La gente dice que hace falta un capote, y se llevan al toro. Durante minutos, el diestro está inmóvil y el público en silencio.

—¡Que es para hoy!—le gritan.

Estocada al canto. Es muy mala. Los espectadores ya no saben qué hacer. He notado que el cansancio en masa es efectivo.

Este enorme montón se cansa, se fatiga. Es todo un estudio de psicología de muchedumbre el que se puede hacer estudiando esta fatiga.

Un torero se tira de cabeza al callejón. Como el bestiario no acierta a matar su toro, la gente palmotea a compás, chilla, abuchea, le aconseja. Triste espectáculo el de este atardecer.

El diestro, queriendo acabar pronto, el público también. Estocada al tuntún para acabar. Vueltas y más vueltas al toro para que muera. El toro no muere. Silbidos, descontento, aburrimiento. Por fin muere el toro. Unos silban, otros aplauden. ¿Qué es lo que silban, qué es lo que aplauden?

Séptimo mártir

Silba el gentío cuando se llevan al sexto, y aparece el séptimo, precioso, de afiladísimos cuernos. Silba el gentío otra vez. ¿Por qué? Ya daría él algo por saberlo. Vueltecitas de los pi-

cadores al hilo de las tablas. Lances del bestiarío, coreados.

Esos lances son los mismos que dan siempre, los mismos que antes dieron, los mismos que se darán después, mañana y el siglo que viene.

La gente arma un escándalo inmenso. No hay picadores en la Plaza, y las gentes los pide a gritos. Cae cerca de mí el castoreño de un picador que brinda al tendido su vara; la pone en un brazuelo.

Escándalo nuevo. Banderillas, aplausos, gritos. Chirimfás y el victimario de este séptimo animal sale y lidia como puede entre olés que le animarian a realizar cosas muy grandes si él las supiera y si se pudieran hacer esas grandezas. Da unos molinetes que resultan, a juicio de los señores del tendido, muy malos.

Deseando acabar, sin igualar ni nada, se tira al morrillo y el toro escupe la espada. Cuando el diestro hace una cosa la gente le avisa, le documenta, le aconseja.

De pronto sale del tendido una voz inmensa que dice una tontería.

El diestro, que iba a realizar cualquier cosa deja, al oír esa voz, de hacerla.

Otra estocada. Cae sobre el gentío una especie de niebla, y es, a través de ella, una mancha, una sombra. Otra estocada; el pueblo le

abuchea al diestro. Faena larguísima, pesada. Otra estocada.

Sale el toro detrás del diestro, y éste cae cerca del estribo. Lamentable, lamentable todo lo que sucede aquí. Otra estocada abarrenada, según dicen por aquí unos técnicos. Silbidos.

Intentos de descabello. Y después de tanto malo, aplausos.

Esto, esto es lo que se ve y nada más. ¿Dónde estará el encanto y la voluptuosidad de esta fiesta nacional?

Ultimo mártir

El octavo bicho sale codicioso, bellísimo. A su paso saltan la barrera los capeadores. El bestiario le saluda por verónicas, que el público aplaude.

Estas verónicas son en un todo iguales a las que dieron los otros en los otros toros, iguales como las carreras, como los puyasos, como todo lo que pasa aquí.

El cansancio gana a los espectadores. Ya de noche casi tocan a banderillas.

Piden música. Escandalazo. Se encienden los arcos voltaicos, que son innumerables. ¡Oh, qué mal hace esta luz aquí? La electricidad y los toros son antitéticos. Es indescriptible el panorama que ofrece el Circo mirado a ésta luz que rechaba el espectáculo.

Los trajes de los bestiarios brillan como los de las cupletistas en los escenarios.

Nuevo escandalazo. Miles de voces a compás piden música.

Se pateaa, se vocifera; pero no hay música. Nuevo vocerío. La luz ha enardecido al público.

¡Ah, esta luz, esta luz que ilumina el ruedo con una claridad intensísima, parece que nos da la promesa de la extinción de estas fiestas!

El bestiario se acerca al animal. La luz hace brillar las lentejuelas de su traje. Faena igual a las otras. A concluir tocan. Mientras él quiere concluir a toda costa, yo miro esta luz sobre el ruedo.

Y esa luz me dice que la fiesta de los toros agoniza.

Un amable flamenco nos escribe y dice...

«... Usted puede hablar así de los toros por que asiste a corridas de novilleros, es decir, de aprendices del arte; pero deje usted que lleguen las de toros y verdaderos diestros en el oficio y se va a quedar con media legua de lengua fuera...» Muy gracioso, y *tal* eso de la *media legua de lengua fuera*... Esperaremos, amable flamenco, esperaremos las corridas de toros y de verdaderos diestros, y veremos entonces

si son o no ciertas las siguientes proposiciones que he deducido, después de tener la paciencia increíble de presenciar las funestísimas corridas de reses bravas:

a) Toda corrida de toros se parece a la precedente de tal manera que el que tiene el mal gusto de ver una puede darlas por vistas todas.

b) Toda lidia de res brava se parece a la de otra res, de tal modo, que el que ha visto una puede dar por vistas las otras.

c) Sólo se diferencian las corridas de toros en que unas son más aburridas, cargantes y pesadas que las otras.

d) Y en que, en algunas de ellas, puede ser herido o muerto un hombre.

e) La monotonía de las lidias es probada por las mismas reseñas de los revisteros taurinos, reseñas tan parecidas unas a otras, que fué preciso discurrieran los términos más absurdos y disparatados, las hipérboles más embrutecedoras, como llamar a la enfermería taller de reparaciones, y decir que Dios asomó la jeta para ver un farol taurino.

f) Sólo a costa de las sandeces más bellacas, exprimiendo el ingenio hasta anular todo sentido común, los revisteros pueden mantener en los aficionados el fuego taurómico. Pues, de lo contrario, nadie podría concebir que una fiesta *tan trágica*, TAN SERIA, tan formidable-

mente NACIONAL, fuera tomada a broma, a broma que es casi siempre sangrienta para los lidiadores y grotesca respecto de los términos de comparación que se usan.

g) La misma historia de la tauromaquia prueba que la monotonía de los lances, suertes y tercios es tal que cuando algún bestiaro *inventó* la tontería más sandia se le tuvo por genio y el impulso que dió a la afición fué tremendo.

h) Nada hay más necio e impracticable que todos los preceptos, leyes y demás de las *Tauromaquias* escritas para probar que cada toro necesita un género especial de lidia, he aquí, entre otras razones, varias concluyentes: que los toreros de profesión se adiestran en las capeas, o sea en el de orden más absurdo y sangriento, que si al bestiaro más famoso se le examinara de *Tauromaquia*, sería suspedido en esa NACIONALÍSIMA e inútil asignatura; que en el ruedo, los movimientos de la fiera son los que mandan, originando ellos movimientos de los demás; que durante la lidia los expectadores toman activa parte en ella, aconsejando u ordenando casi siempre con procedimientos contundentes lo que los victimarios han de hacer; que los aficionados *viejos*, cuando ven un toro, avisan lo que va a suceder, que es precisamente .. lo contrario de lo que sucede.

i) La inteligencia escasísima de los bestiaros no toleraría la fiesta de los toros si este horrible espectáculo no fuera tan simple, tan rutinario, tan monótono. Siempre los beluarios de todos los tiempos han sido reclutados entre lo más indocto y anormal, y he aquí la razón; porque para entender a las fieras no se necesita sino las bajas manifestaciones de la inteligencia, el instinto, el valor que da la necesidad, la tenacidad que da la inconsciencia del peligro y la falta absoluta de idearios de responsabilidad.

j) El público de los toros tampoco se presta a muchas ideologías como hemos demostrado en tantos artículos y como hemos observado estos días en la Plaza. Es la corrida de toros una diversión puramente emotiva, y actúa sobre los centros nerviosos, es decir, sobre los centros motores, obligando al espíritu a mantenerse en esos bajos fondos abyectos, donde todo lo que es armonía de reflexión ha de faltar por necesidad, donde lo complicado y verdaderamente artístico no podría ser proyectado sobre facultades espirituales amplias.

La luz eléctrica en las corridas.

Cuando lleguen las corridas de toros lo veremos claramente. La otra tarde encendieron,

al salir el toro octavo, los focos eléctricos, y el alma sufrió un violento contraste. La Plaza de Toros adquirió de repente un aspecto de circo de feria, y la multitud un descriptible sabor pueblerino. A la irresistible luz divina aquel público perdía su legendario matiz de cromo, de acuarela, de masa plasmada, en visiones de abanicos, de panderetas. Y era la muchedumbre menos masa, menos montón. Los rayos de esa luz sacaban de la masa a cada espectador, le individualizaban, le devolvían ese poder y ese prestigio que en nuestras Plazas de Toros más que en otra agrupación de personas se pierde al fundirse en el borrón de los tendidos.

Los trajes de los toreros, ¡oh!, esos trajes tan feos, tan poco dignos del macho, exageraciones de trajes típicos de razas, brillaban como lo que al fin son, impúdicas vestimentas de bailarinas de escenario canalla.

Noté que el toro en el radio de la luz, perdía su valor, no el valor de su sangre, el otro valor de su masa que requiere el sol, la vida, que huye de lo artificial y de lo falso. Esa divina luz arrancada por los extranjeros—por los extranjeros, entendedlo bien—, a los arcanos de la naturaleza, se aviene mal con la estampa del toro bravo de nuestras dehesas. Con esa luz la lidia es más lidia que nunca, es como una gigantesca amplificación de la lidia diurna y sus horrendas e inútiles carnicerías y sus bes-

tiales absurdos violentos. Parece que se ve mejor lo que hay *dentro* de esa fiesta. Parece que es la civilización, los idearios nuevos, los que os iluminan el macabro panorama de la diversión cruel y os dicen cómo *eso* es en realidad.

Allá arriba los amarillosos arcos voltaicos, frutos de pensamientos magníficos, de labores solitarias; abajo, en el ruedo, lo trágico, lo violento, la emoción ruda, primitiva, que no fué capaz nunca de otra cosa que de traer la muerte. Cuando encendieron esos arcos yo vi el contraste. En venganza de haberlos colocado allí para que iluminaran la tragedia, ellos, que son la vida, la médula de la vida, derramaron sus esplendores sobre lo infucuo de la fiesta iberia. Se ve mejor la lidia con esa luz; el toro es menos toro; el torero es como es, un irresponsable, un anormal vestido de loco, de salvaje o de tonto y el público menos muchedumbre.

Con esa luz coincidió en las Plazas la aparición de las charlotadas taurómicas. Ya escribí hace tiempo que las charlotadas eran una sangría, por lo que la fiesta se viciría entera. Es la corrida de toros una fiesta que todo lo puede soportar menos el ridículo. Y precisamente las lidias de toros son la fiesta que más se prestaban a ello. En los artículos lo hice yo; los cómicos lo han realizado, lo han convertido en actos. Y ese es el fin de las corridas. ¿Quién puede tomarlas ya en serio, sino es para cari-

catarizar ese falso heroísmo que absorbe por 412—ventosas—hay 412 Plazas de Toros—el poco dinero que sobra al pueblo y toda la cantidad disponible de emoción que posee? Así, con esa luz de Circo, con esas charlotadas, el fin de la fiesta es fácil pronosticar, y se enlaza ello maravillosamente con su monotonía, con la absoluta falta de esos valores espirituales que hacen eterno en el alma de la raza lo que debe perdurar de ella. Y sólo perdurarán los valores que otras razas pueden hacer suyos para multiplicarlos en lo que tengan de fecundos. Cuando eran otras razas nos han dicho que las corridas no valen para ser transformadas en cosa útil, ¿no estamos viendo que hay en ellas una esterilidad manifiesta? Los españoles estamos condenados a ser nosotros solos los que amemos las lidias. Y esa singularización que tanto enorgullece a la mayoría ibérica que, pone en sus labios acentos desdeñosos para los pueblos que no gustan de esas fiestas de desolación, es uno de los argumentos mejores para demostrar que desaparecerá. Sabedlo bien: la fiesta de los toros lleva en ella misma los elementos de disgregación, de desintegración.

Ni habrá nadie que la abola...

Entre los insultos que estas semanas me prodigan los periódicos taurinos y los reviste-

ros de oficio, hay curiosas advertencias; por ejemplo, la advertencia de que hay una malísima cuarteta en la que se profetiza la eternidad de esa fiesta, y que no seré yo quien la *abola*, esa diversión *nacional*. Y he aquí, amigos flamenguíferos que el adjetivo de nacional es el sustantivo de la fiesta como un óxido que acabaría él solo sin otro artificio que corroerla y destrozarla.

Tanto daño como pudieran hacerla las más hondas razones hace a esa fiesta absurda su apéndice de nacional. Por eso, porque esa fiesta de muerte y bellaquería se ha amparado en lo de *nacional* es por lo que no la podemos tolerar. La bandera no puede cubrir una mala mercancía. Es canalla tremolar lo de nacional y probar con eso que la fiesta es digna de la Raza.

La fiesta debe desaparecer, y desaparecerá, pese a la Raza, si ella se hace cómplice de los males que su fiesta favorita trae. Después de la lectura de los libros de Caballería nada hizo a la Raza nuestra tanto daño como las corridas de toros y todo lo que de ellas se deriva. Y así como un hombre, y el hombre más ibérico de todos concluye con todo eso, así yo concluiré con todo esto. Y concluiré, porque, ya lo estoy haciendo, porque nadie me opone a los razonamientos otra cosa que insultos y un desconoci-

miento fundamental de mi enorme labor. Así, flamencos, enorme; cuando alguien os la dé a conocer, os infundirá respeto. Pero la respetéis o no, las corridas están condenadas a desaparecer.

Basta para ello hacer ahora lo que realizo después de haber escrito tanto; demostrar con los elementos mismos de la fiesta que es en ellos mismos donde está la gangrena que ha de emponzoñarla y demolerla. Aparte de que los Poderes ya se están dando cuenta y aprietan la garganta al negocio de los toros. Ahora que es preciso al Estado sacar dinero de las piedras, nada mejor que espigar en el campo de la tauromaquia. Duro ahí con impuestos. Cuanto más grandes sean, mejor. Es un negocio formidable que debe ser atacado de firme. Nadie puede sentir que este negocio sea gravado hasta lo imaginable.

Y nadie puede sentirlo, porque no sólo podemos pasarnos sin él perfectamente, sino que es la causa más eficiente de la degeneración y embrutecimiento nacionales. Y si ponen por delante el *coco* del hospital, que lo pongan. ¡Oh, ese día, y qué magníficas razones tenemos para abrumar a quienes complicaron la Beneficiencia con el negocio de la tauromaquia! En cartera tenemos palabras de fuego para los que fundieron la salud pública y la pública degeneración. Claro está que eso de las

palabras y de las razones no reza con la flamenquería y la afición. Pero como lo sabemos, los presentamos batalla en su mismo terreno.

Y es en su mismo terreno donde serán vencidos.

La técnica taurina

La sé como nadie, como ningún revistero; pero como *no me da la gana*, como la considero al igual de la técnica de las grandes generaciones tomo de ella lo que importa a la pliquiatría y creo que su lugar está allí. Sobre todo, la crítica taurina es una vasta, una intensa simulación. Toda su labor consiste en engañar a la muchedumbre, a la afición y tener embaucada con cosas que no son, que no responden sino a un estado morboso del alma de las multitudes. Mi objeto, precisamente, es desprestigiar esas revistas y ese lenguaje, es revelar que mienten, que no hacen sino producir horrendas estilizaciones. Mentira, siempre mentira.

Las corridas no tienen encanto alguno, ni otra tragedia que esas cogidas, que esas muertes imprevistas de un hombre. La técnica taurina trabaja sobre cosas que no existen, sobre cosas manidas, sobre sucesos que son siempre los mismos, que se repiten lo mismo siempre. Yo no quiero usarla; ella ha encubierto la verdad, la simpleza tonta de esas horas de emo-

ción falsificada. Sólo es verdad, durante las horas de esa lidia, que puede morir un hombre. Sólo es verdad que, sin la probabilidad de un bestiarío que puede morir, nada allí vale nada. ¿Razones? Las estamos dando. He aquí lo que sucede en estas fiestas. Lo que escribimos es lo que sucede.

Nada sucede más. Todos hacen lo mismo porque no pueden hacer otra cosa; presentimos que los diestros famosos nada mejor saben hacer. Hemos visto en los espectadores el ansia infinita de justificarse a sí mismo el dinero que han gastado y la autoridad que dan con su presencia al espectáculo; hemos visto su ironía y hasta su odio cuando la desilución les esclarece la visión miope... Una estocada no puede ser mala ni buena; unas banderillas no pueden estar mejor o peor puestas; unos lances de capa no pueden ser peores o mejores. La técnica taurina clasifica y cataloga todo eso en cuadrículas insoportables, capaces sólo de devorarlas y entenderlas los que están dispuestos por diversas series de panderismo a gustarlas. No pueden servir a los demás, a las almas sanas, porque se necesita para comprenderlas estar ya clasificado en alguna algología.

Ante la bandera de la Plaza de Toros.

Me he sentado en una mesa frente al cromo

legendario de la Plaza de Toros. De esa masa tostada de ladrillo surgía nuestra bandera. No sé por qué he imaginado que toda la inmensa Plaza no era sino peana, plinto de esa bandera, de esa moharra. En el fondo de azul cobalto los dos colores se destacan con una pureza incomparable, el aire los ciñe sobre el mástil o los extiende en el telón castizo de un cielo enteramente nuestro.

Esa bandera ampara lo que vemos dentro, justifica el adjetivo de *nacional* que se aplica a la fiesta de sangre... de caballo. Ya la silueta de la Plaza misma sugiere un sitio donde pasa algo malo, algo que no es legal, que no responde a nuestras ideas de las cosas modernas, un edificio alejado en la distancia. A pesar de conocerlo demasiado, sentimos ganas de preguntar: ¿Pero eso qué es, qué cosas misteriosas pasan ahí dentro?

¡Oh, esa pobre bandera nuestra tremolando en lo alto de ese edificio que quiere recordar la arquitectura de nuestros famosos alarifes, de ese estilo llamado impropriamente mudéjar!... Los queridos matices de esa tela recuerdan en cosas hondas. Un día, mientras ondeaba ahí, ahí mismo, se arrió en sitios lejanos, en lugares donde nunca esa bandera debió arriarse... Y ahí se arrió porque... aquí ondeaba. Meditad esa paradoja ¡cuán verdadera es!... Aquí, en la cloaca máxima del embrutecimiento nacio-

nal, esa bandera amparando tanta degeneración, sarcasmo tanto, ¡a cuántas ideas vergonzosas se presta!

¿Por qué no quitáis esa amada enseña tan respetable y tan santa y colocáis en su lugar una bandera de corso, una bandera de pirata, negra, con una calavera y dos tibias? No; esa bandera, no. Ese no es su lugar. Sed lo aficionados que queráis; pero en el corazón tenéis que esos amados colores, sangre de nuestra sangre, honra de nuestra honra, no deben amparar el valor falso, la temeridad canalla, el valor profesional, del que se hizo una manera de vivir.

(HECHO TRIZAS POR LÓPEZ)

Dos datos y medio.

La Plaza de Toros ha sido vendida hoy toda. Como el otro día, como todos los días, como el año pasado y como todos los años, no ha quedado sin vender ni una sola localidad. Estamos en la guerra europea, en el tiempo en que las subsistencias son más caras que nunca, en los días en que *Doña Anastasia* comparte el poder con otra *Doña* de la que es mejor no recordarse, y el obispo de Sión sea sobre todos y se sirva bendecirnos. ¿Pero quién nota eso? La Plaza está llena. Mientras los gobernantes tengan este *dato*; el otro, él, con mayúscula po-

dría ir y venir de Madrid a San Sebastián como le dé la gana.

Y ahora, sabed que uno de los bestiarios de esta tarde tiene un ojo de cristal. Un toro le arrancó cierto mal día el ojo. ¿Cómo permitís, autoridades y aficionados, que lidie toros bravos un tuerto? ¿No comprendéis que está en manifiesta inferioridad? ¿No se os pasa por la cabeza, o como ese miembro se llame en los aficionados, que un bestiarío que tiene un ojo de cristal, sea o no valiente, está en un enorme peligro? ¿Qué clase de fiesta es ésta que tolera beluarios con ojos de cristal? Suponed que el toro le coge (lo que San Marcos no quiera) ¿quién será culpable de esa cogida, sino vosotros que lo permitís? Pero el caso, ¡oh, flamencos, es divertirse!

El dato *medio* en que, viéndome en el tranvía se iban a subir en él varios flamencos, y al verme uno de ellos, dijo:

—Ahí, no, que va Noel y *pué* descarrilar...

Sepa el flamenquífero que llegué a la Plaza sin descarrilar...

Primer mártir.

El alguacilillo pide la llave. ¿Pero no habían desaparecido estas reliquias del tiempo de la Inquisición?

Sale el toro entre una exclamación de entusiasmo. Muy bello, muy bello.

Le recortan y protestan. Es un toro algo derrengado del cuarto trasero, y como le recortan, protestan.

En vano el bestiaro tuerto hace verónicas y recortes, faroles y demás. Le aplauden, pero...

—¡Esos quites por dentro!...—dice un aficionado.

—En cuanto le achuchan por el ojo tuerto, se las avía—dice otro.

Un caballo, al salir, cae. Los piqueros se las ven y se las desean con este poderoso bicho, que les da caídas tremendas.

Quites. El toro es ideal para estas necedades, y la gente aplaude como nunca.

De pronto, silbidos y protestas enormes. Quieren más sangre... desde luego de caballo viejo.

—Bien, tuerto, bien, le dicen al bestiaro de los quites lucidos, cuando llega a la barrera.

Rehiletes. La gente, que por cierto parece muy entusiasmada, protesta de rabia porque preparan demasiado al toro.

—Puede meter los brazos sin tantos requirios—gritan—. Nueve toreros cerca del toro.

Los rehileteros lo hacen mal. Capotes y capotes. El pueblo quiere lidia abierta y abuchea las *pasadas* de los miedosos peones o chulos.

Uno de ellos pone un *palillero* a la media vuelta, es decir, a traición.

—Déjalo ahí—gritan cuando el bestiario sale hacia el toro.

El bestiario sale, hace un rodeo y se acerca. El pase primero y el otro, y el otro merecen este comentario de la gente:

—¡Cuidadito!

Lo saca más a los medios. Es muy noble ese toro, y de unas cuantas cornadas le libra... la Providencia. Se ve que ese hombre es tuerto. Pero ¿cómo permitís eso, bestiarios? Se va a tirar al toro, y la gente le dice que no. Como le quieren preparar el toro, la gente abuchea. Una estocada media y ladea.

El diestro tiene la manga de la chaquetilla rota, y no tiene roto el corazón... porque el toro es nobilísimo.

Otra vez se quiere tirar, y el pueblo le grita que no. Lo hace y le sale mal.

—Pero si ese toro se presta a todo—le gritan.

Otra estocada mala.

La gente se lastima de que este toro sea mal toreado. Según el público han podido hacerse maravillas con este bicho.

—Ya había juntado las manos—dicen porque le quitan el toro.

—No basta señalar, es necesario entrar—le dicen porque no ha acertado por millonísima vez.

Capeadores. Otra vez, el bicho *comiéndose*

la muleta, sin mala *intención*, pero no teniendo torero delante. Vocerío irónico.

Otra estocada. Pitos y aplausos. Se discute si es *tendenciosilla* o no; se dividen las opiniones. Siete toreros rodean al toro moribundo. Le capean y recortan a ver si tiene la bondad de morirse. Y en el radio de sol, otra nueva media estocada, y van...

El pobre toro, tan bueno y tan noble, quiere morir. Tiene la espada dentro y no muere. Por fin cae, saltando inopinadamente el estoque contra el burladero.

El bestiario tuerto se acerca a la barrera entre los acordes flamencos de la música, cariacontecido.

Alguien le aplaude y le dice:

—Has tenido, por lo menos, voluntad.

Otro flamenco dice a un bestiario que está entre barreras.

—Luego veremos esa muleta tuya.

Se vuelve otro flamenco y le dice:

—Ese torero maneja la muleta entre las mismas piernas.

Nada más bochornoso y lamentable y soso.

Segunda víctima

—Veremos el catalán lo que se trae—dicen. Recortan el toro para quitarle bríos. El bes-

tiario sale hacia él y le dá unas verónicas que le aplauden.

—Templa, templa—dicen.

Este buen torero estudiaba para abogado, y digo *eso* por esto.

Corre el toro detrás de un chulo que se salva, saltando la barrera. El toro llega furioso y clava inexorable y ciego su cuerno derecho en la barrera.

Picadores. Veo salir de la tripa de un caballo largas sangrías. Otros son despanzurcados. Una señora cerca de mí se tapa los ojos. ¿Por qué venís señora? ¿Es esa sangre digna de que la vea una mujer?

Los rehiletes se ponen como antes, mal o bien, poco importa; pero como antes. Los chulos arreglan el toro, los rehileteros se aprovechan y en paz.

Al torero tuerto le cosen la manga en la barrera.

El bestiario de tanda le da unos pases y otro chulo le va arreglando el bicho.

—No ha dado ni un pase—dicen—, y eso que yo veo le ha dado cien.

—Bueno, párate—le gritan.

—Iguala—le aconsejan.

La gente protesta porque esperaban de este hombre mucho. Los chulos salen y le arreglan el toro. Protestas. Pases forzados. Nuevas intervenciones de los chulos. Más pases forza

dos. Gritos. A la gente no le convencen estos pases por bajo y le silban.

—Está descomponiendo el toro—dicen.

Se va a tirar y desiste; se lo han aconsejado.

—Que no igualas así—le dicen.

—Ya está bien—le gritan.

Y silban.

—Por alto—vociferan miles de voces, que aplauden irónicamente.

De pronto el toro se echa sobre el bestiario, le rompe el calzón, y al avío.

—¡Pásale por alto!

—¡¡Pásale... por agua!!—le dicen otros.

Si este toro fuera toro, le mataba.

Y si no le mata está a punto, porque el toro, al entrar a matar el bestiario, le coge y le hecha al alto horrorosamente.

Cae como si le hubiera herido mortalmente.

—En vez de vaciar se mete la muleta entre las piernas—dicen por todo comentario.

—Debe tener un puntazo horrible—dicen.

Otro bestiario se encarga del toro; pero de pronto el torero herido sale, da unos pases y mata al toro.

—Esa es la fiesta—aullan.

—¡Eso es para hombres, no para maricas!
—gruñe uno del tendido.

Sí; eso es para hombres, como ese torero es, para hombres que, cuando le cogió el toro

antes, gritaban como mujeres, para hombres degenerados que, con sus aplausos, fomentan en este ex-abogado la temeridad más canalla.

Tercera víctima

Un toro, bello, brocho. El diestro de tanda le torea mal. Un caballo paga el pato, y sin lucimiento ni cosa que lo parezca, lancea el bestiarío. Otro caballo al suelo: buen porrazo.

—¡Qué porrazo lleva! ¡Si fueran personas! —dice un señor a mi lado.

Tres picadores corren al hilo de las tablas seguidos de un escuadrón de monosabios y seis toreadores.

Porque ven que el toro no empuja, los tres piqueros en montón salen hacia el toro galopando y aullando.

Nada más trágico y caricaturesco que estos piqueros marchando hacia el toro en escuadrón fulminante.

Silban a un monosabio que quiere meter a un caballo herido y aprovecharle.

Un medio de volver a un toro; darle en los ijares con la barriga. Un diestro ha hecho hoy esto.

Banderillea un matador. La gente abuchea a un chulo que se lo quiere preparar. Cita y le veo mover los piés mucho. Eso no debe estar bien y la gente no se entusiasma.

—¿Por qué estando quedao coges los palos?
—le preguntan.

Y pone otro par, sin duda para atestiguar su intigencia en cosas de toros. Cita.

—Ten cuidado, que el toro está guasón—le dicen.

Le cita desde la barrera, desde el estribo.

—Te falta el pié en el estribo—le gritan.

Tiene un chulo a cada lado. Cita de nuevo desde el estribo, y después de tanto bailoteo y farándula, pone como todos los otros.

Abucheo gigantesco al presidente porque cambia el tercio. ¡Cómo le ponen!

—Pero si el toro está baldao—dicen otros.

Y sale el bestiario tuerto y lancea.

—Un conato de natural—, dicen comentando
—con la izquierda torea este pobre diestro, que no va hoy al cementerio porque no se estila.

Le aplauden. ¿Pero qué aplauden? En un pase veo los cuernos en el *jopo* morado del diestro. Subsitir, inútil este pobre hombre tuerto

—Ahí es donde se aprovecha—le dicen.

—Es un toro arrugao—añaden.

—Arriba la muleta—le aconsejan.

Cerca de nuestro tendido lancea este hombre inquietante y se ve que no sabe, que arriesga la vida sin conocimientos. Cita y mete la espada que el toro escupe.

—No te desanimes, monín—le dice uno.

Quiere tirarse otra vez y le disuaden. Un silencio prolongadísimo. Del silencio sale de pronto una explosión de aplausos. Media estocada.

—No tiene moscas—dicen los enterradores.

Cuatro chulos y un bestiario están cerca del diestro, que pasa y pasa, deseando que su media estocada mate al bicho.

—Descabella, hombre, descabella—le gritan.

Y obediente el pobre beluario coge otro estoque. ¡Qué feo es eso de dos espadas, una dentro, otra en la mano!

Intenta descabellar. Cerca del tendido, la muleta queda en los cuernos del toro. Luego, un diestro le recorta, y el mismo diestro veroniquea con la muleta. Protestas. Quiere tirarse a matar otra vez. No sabe si matar o descabellar. A veces mira al público a ver lo que hace.

—¿Pero no es ya hora de un aviso?—le dicen.

Se tira otra vez. Está en el mismo sitio y es atravesada.

Cerca de mí se comen las criadillas del toro primero, que han encargado previamente. Un cromo de exportación esta merienda españolísima.

—¡Qué mala muerte le están dando!—le gritan.

Nuevo intento de descabello, Acierta. El toro muere. ¡¡Y aplauden!! Pero ¿el qué?...

Cuarta víctima

Un toro largo, de gran cabeza. Salen hacia él los lidiadores diciendo no sé qué cosas en voz alta. Recortes. Miedo. Un bestiaro huye y la gente le dice que no es para tanto.

Lances secos. Le aconsejan que no baile al diestro. Un caballo, con la asadura afuera, es retirado de delante del toro. Delante de mí insultan a un picador, porque pretende montar en otro que tiene también la asadura fuera. Los monosabios defienden contra la autoridad y las protestas, que el picador debe aprovechar el caballo.

Vergonzosa escena. Sólo presenciándola se puede uno dar cuenta de este infame negocio de las corridas, en las que tantos otros negocios y tan sucios están complicados.

Banderillas en... donde no deben ponerse; el público comenta irónicamente. Nada sucede en este tercio, y se pasa al otro en un pestañear.

Pase por alto, otro, otro igual, uno igualmente igual. Silencio en las filas. Otro pase, y aprovechando, al avío, un pinchazo.

Un pase afarolado, y otro que hace reír, porque no está en la antología. Y de nuevo al morrillo. Una estocada que es aplaudida. El toro agoniza. Un espectador le echa el sombrero, y el bestiaro le acerca al hocico del

toro para que luego el bitongo conserve ese *agüito* toda la vida bajo un fanal.

Aprovechan que el toro se arrodille y un victimario de guardarropía le da la puntilla vil.

Sin embargo, la gente aplaude a rabiar.

Al salir los picadores hay una escena horrenda.

Un caballo ve a otro tendido y despanzurado en la arena. El pobre animal se espanta y retrocede.

Nadie se ha fijado en ello.

Y esto es horrible, horrible.

Quinto mártir

No hay quinto malo... dicen las crónicas taurómacas. Y sale un torillo. Y sale el bestiaro, y al ir a dar un lance, se le lleva el capote. Luego le aplauden porque, fijo en el suelo, le lancea a la manera belmoltina. Es a Belmente a quien aplauden.

Este torero es un imitador del ídolo y recoge los frutos de los imitadores.

El caballo blanco que antes se espantó de su hermano muerto, es ahora horriblemente sacrificado.

Un bestiaro cae al suelo arrollado; y enloquecido este pobre se levanta y pretende enrabiado no salir de delante del toro; se arro-

dilla y hace otras cosas temerarias y absurdas, que no son su última hora porque debe haber una providencia de novilleros.

Rehileteros. Me entretengo en ver el temblor de las pantorrillas del primer peón. Es gracioso ese baile. Le ponen los palos a escape, antes de que pueda escribirse.

Y el bestiario sale y pasa, y la gente empieza a decirle que pase por alto, y él empeñado en hacerlo por bajo y concluir a escape.

Uno ayudado, otro por bajo y otro igual.

—Duro a matar—le dicen unos.

Otros le dice que pare. Y para. Y luego pases y pases.

—A matar, a matar—le gritan.

Otro le dice que un pase por alto. Y lo da el bestiario, pasivo, obedeciente. Otro pase. A matar le gritan. Más pases atropellados.

—Si eres tú el que no paras—le dicen.

Y es verdad. Se mueve y se mueve, nervioso, como sin saber lo que hace.

—Mátale en catalán—le dice uno.

Y mete una media... de Cambó. Esto de Cambó es cosa del tendido.

—¡Qué pocos hombres quedan!—dice un aficionado irónicamente.

Siete toreros cuento cerca del toro en un extremo. Todo el ruedo, sin nadie inmenso parece un corralón triste. Mirando el grupo pirrotesco parece una mancha cerca de la barrera.

Nuevos pases. Nuevo intento de matar.

Se pega la muleta a la pierna y le puede costar una cornada; filosofan.

Nueva estocada. El toro no muere. Corren entre barreras, llevando un nuevo estoque.

Mallan en un tendido. Vociferan en otro. Dos descabellos frustrados. Correrías. Silbidos. Nuevos pases. Cinco toreros cerca. Otro descabello.

—Mazzantini cruzaba en la cruz y por la cruz—dicen a mi lado con cierta pena.

Otro descabello. El toro muere.

Todo es siniestramente bufo.

Y esto, sólo esto, es lo que ha ocurrido en la lidia de este toro.

Ultima víctima

Recorrido del toro cerca de las tablas y de refilón, cornea a un caballo.

—Cógele de una oreja—le dicen a un torero que va detrás.

—¿Pero dónde te pones?—le dicen al bestiarío.

—Es un torero lángido—dice un moreno.

Silbidos a los lances del bestiarío. La canalla suerte de baras transcurre aburrida, sosa, infame. Un pobre caballo, ciego, enloquecido, corre y tropieza seis o siete veces contra la barrera.

—Pónsela a él—dicen a un monosabio que

corre detrás del caballo y al lado de un picador, con la montura en la mano.

El toro se echa. El pueblo da un espectáculo indescriptible, absurdo.

El vocerío es apocalíptico, los pañuelos ondean a millares. Ensordece escuchar esto. Tiran almohadillas al ruedo.

Silban horrorosamente. Ponen banderillas, y durante el tercio silban, patean, abuchean, y el escándalo es pavoroso, tremendo. Cuando ven al espada con los avíos se calman, y se reproduce el escándalo cuando al dar un pase el toro cae.

—Un bajonazo y a casa—le aconsejan al diestro.

Los silbidos y los gritos de ¡fuera, fuera!, imponen.

Estocada. La gente se va. Olvidan sus silbidos, su indignación. Ya no se acuerdan.

Y entre la indiferencia universal concluye la lidia, rodeado el pobre toro de centenares de capitalistas que arrancan al toro las banderillas.

¡Qué vulgar e infame es todo esto!

Asco, asco y asco; he aquí el sentimiento que esto inspira.

Toros, hoy son toros

Hoy no son novillos, son toros los que han de lidiarse; los bestiaros no son indoctes sino

doctores en Tauromaquia, de modo que veremos cosas asombrosas; a no dudarlo, tan asombrosas como el robo del Museo del Prado.

Los novilleros —me escriben a todas horas— no pueden hacerse admirar, y no es poco; pero los bestiarios con la borla en el cogote, ¡oh, esos hacen suertes maravillosas! De un tal *Don Gil*, allá por los felices días del 1854, se dice que anunció una segunda corrida de esta manera: *Don Gil repetirá las suertes que tanto agradaron al público en la corrida anterior.*

Supongo, y no a humo de pajas, que estos bestiarios no harán sino repetir lo que saben, lo que han hecho millares de veces ante millares de públicos, lo que millones de veces entretuvo a nuestro pobre pueblo. Nada de inventar cosas nuevas, ya tendrán bastante con salir del paso. Y digo esto porque el domingo anterior vi ya una corrida de toros, de verdaderos toros, corrida que no reseñamos porque la *señá Anastasia* lo impidió. Y confieso que vi lo que ya había visto en las corridas humildes, es decir, algo peor y más caro. Más caro porque podéis juzgar de los precios de estas diversiones trascendentales, sabiendo que en mi localidad de barrera hay estrita esta cifra: *catorce pesetas cuarenta céntimos* y, como en la plaza sólo de estas localidades hay más de cuatrocientas, y el que la compra está seguro que *destripa un billete de veinticinco*,

sumad estos cuatrocientos y pico de billetes gastados en estas cosas hediondas.

Uno de los puntos negros de la afición, es la carestía de ese espectáculo de embrutecimiento, así es que todo lo que sean contribuciones nos parece poco; duro con la fiesta y duro con el negocio de la fiesta. Ahí es donde esta cruel diversión tiene su punto vulnerable más próximo. En las corridas de novillos no había una sola localidad vacía, en la anterior de toros había muchas *calvas* en los tendidos. Y luego, ¿cómo justifican esos bestiaros el dinero que ganan y el dineral que dan? ¿Qué hacen que no hagan ellos mismos antes de recibir la *doctoración*? Allí mismo, en la Plaza, en el tendido, donde voy, he oído comentar con estas palabras, infinidad de veces las faenas de los bestiaros: «Y seremos tan...—aquí una palabra que ha hecho la nombradía cutinaria de Bonn—que volvamos.» Llamo la atención de mis lectores sobre las frases que copio, yo no miento nunca y cuando copio una frase es que ella vale por mil especulaciones filosóficas.

**Admirables detalles que recogí
: : : de la corrida anterior : : :**

PRIMERO.—Un sujeto, al ver torear a un bestiaro llamado *Pacorro*, comentó así las verónicas: «Ese niño se trae *velosidad*...»

SEGUNDO.—El niño de la *velosidad* no hizo sino demostrar... que era un niño. ¿Sabéis por qué? Mirad si tengo razón. El primer toro que lidió este joven bestiaro, le dió un varetazo y un revolcón frente a mi localidad. El pobre bestiaro se acercó a la barrera con la muerte en la cara; yo no he visto nada más lamentable. Aquel bestiaro que por agradar al público momentos antes se *comía* el toro, en cuanto el toro le zarandeó un poco, le dejó hecho un harapo. La cara del lidiador revelaba un dolor enorme; hasta que le empaparon la cabeza con agua del botijo no volvió en sí. ¿Dónde está aquí la leyenda del vigor?

TERCERO.—Esto del botijo vale la pena de pasar a la historia. Cerca de mi localidad tienen los ayudantes de los bestiarios un botijo insignificante, al parecer. Más el minúsculo cacharro debe contener el bálsamo de Fiera-brás, pues no bien el toro rompe la cabeza al lidiador de caballería mayor o menor, ya está viniendo por el agua milagrosa. Y lo asombroso es que, con una rociada de esta agua, se queda el picador más animal, y el más cariacontecido héroe como nuevos. Conste que no es broma, que todo esto *del botijo del tendido uno* es más verdad que Cambó y Alba preparan algo gordo...

CUARTO.—Otro bestiaro llamado *Saleri*, número no sé cuantos, y al que unas veces

le abucheaban y otras aplaudían, dialogaba con los espectadores de la manera más salada. Por ejemplo: en uno de los toros, que era buey según los técnicos, venía el bestiaro a la barrera haciendo gestos con la cara y diciendo que el toro tenía *así* o *asao* el ojo, que era el toro esto o lo otro. Y el público entonces, le aconsejaba se deshiciera de él como le pareciera. Esto, bien meditado, es muy gracioso.

QUINTO.—Otro asombro mío, y no chico es el agua que beben los bestiarios. Oh, oradores famosos que os hacéis colocar delante de las narices enormes botellas de agua, ¡¡la que beben estos críos heroicos, Dios santo!!... Apenas han dado una verónica, hecho un quite o cualquiera de estas atrocidades estúpidas, se acercan a la barrera y beben un vaso de agua. Por supuesto, agua de botijo milagroso.

No es posible dejar de reír viendo esta escena, estos hombres vestidos con esos *gusanillos*, chorreras, caireles y alamares, bebiendo agua para quitarse el *hipo*. ¡Oh, héroes, héroes de opereta bufa, de esa inmensa opereta bufa que constituye hoy la vida española, desde su política internacional hasta las indignas risotadas que provocan en los teatros obras cuyo sólo engendro es ya baldón de una raza!

SEXTO.—He visto la siguiente escena: un caballo con el mondongo fuera, arrastrando casi y echando la sangre por el pecho, monta

do por un picador que le hizo entrar en suerte varias veces, correr, doblar y demás. A nadie le llamó la atención. Yo sostengo que eso, solamente esa visión, es indigna del zulú más bestia de África, que ese zulú no la soportaría, que el pueblo que la engendra y soporta no puede llamársele hidalgo, bueno, noble, ni pueblo siquiera.

SÉPTIMO.—Cuando le confirmé, en no sé qué toro, no importa cual bestiario a otro, el *doctorado córneo*, el público empezó a increparles. Y fué porque en la mojiganga que hacen al entregarse y devolverse los trastos de hacer barbaridades no acertaron con las memeces que tales farsas se acostumbran. Y entonces, oí estas frases: —Pero ¡daos las manos! — ¡Hay que ensayarlo otro día mejor! — Refa, refa la gente, les aconsejaban estudiaran el ceremonial. Y yo, lo que veía, a través de ese nervioso apresuramiento, era el... miedo, un miedo enorme, un deseo de acabar cuanto antes, ese deseo de acabar pronto, que es la médula de todo lo que pasa en las fiestas cornamentales.

OCTAVO.—Un flamenquífero del tendido me estaba insultando siempre que podía; pero desde luego creyendo que yo no oía, y no directamente, sino entre los suyos y entre las cosas que le oí, ved ésta: *Sí; ha hecho una novela corta de esas de música con la mar de nombres y Beethoven por aquí y Beethoven por*

allá. Uno de los que le escuchan le pregunta que quién es ese Beethoven, y el flamenquífero, muy serio, le responde formalmente: Beethoven. . es *el Guerra* de la música.

NOVENO.—Una escena digna de nuestro pueblo. Al tocar a matar el último toro salen al callejón, dirigidos por no sé cuántos jefes, un pelotón de guardias. Como el público se arroja al ruedo casi siempre antes de morir el último toro, y puede haber desgracias, y, desde luego, las hay, estos guardias salieron y se aprestaron a salir en caso de ser necesarios. Pero se hizo tan mal, con tan poco cuidado, que saltando el toro la barrera en el preciso momento de estar aquella parte del callejón repleta de guardias, el apuro y el peligro fueron atroces. Un guardia recibió una gran cornada en la pierna. La gente rió de veras.

DÉCIMO.—Vé coger a *Pacorro*. Como dicen los aficionados, *lo estaba viendo venir*. Y lo estaba viendo venir desde el achuchón primero. No saben estos muchachos nada, no tienen tampoco fuerza ni vigor suficientes, no hay más que verlos para comprender que simulan la falta de músculo con la *posturita* y la VOLUNTAD DE *estarse quietos*, se descomponen en seguida en cuanto el toro es toro, como tienen conciencia de su poco vigor físico todo su afán es aprovecharse, apresurarse, correr. Y delante de mí, al ir a matar fué corneado y za-

randeado horriblemente. Aquel cuerpo insignificante quedó en la arena como un trapajo.

Así es la fiesta.

Cuando se llevaban entre cien mil el cuerpo inanimado del bestiario y el gentío comentaba lacrimosa y femeninamente la cogida, recordaba yo la frase: *¡Así es la fiesta!* Cuando, fuera de la Plaza, la gente apedreaba el coche de los toreros, y la Guardia civil a caballo hubo de amparar al coche simbólico, y hasta desenvainar los sables y dar cargas para despejar las turbas amotinadas, pensaba yo que *así es la fiesta.*

Y cuando leía hace pocas horas las dos últimas víctimas de las capeas, con las que suma la estadística de este año CUARENTA Y TRES muertos y heridos graves—los leves son innumerables—, decía yo: *¡Así es la fiesta!* Así es la fiesta nacional, fiesta de inconscientes, de crueles, de ciudadanos abandonados, de hombres que viven en Europa, pero, en verdad, muy lejos de ella, de hombres que han hecho imposible el advenimiento de la República, de hombres que si los norteamericanos no lo remedian, seguirán después de la guerra como antes de ella, tan crueles, pasivos y embrutecidos. Pero, felizmente, los norteamericanos...

**Tota pluid nocte redeunt
spectacula mane.**

Marchando a la Plaza, recordamos los dos bellos versos latinos de Virgilio. Llovió todos estos días; pero Júpiter con César... *habet...* La lluvia ha hecho un paréntesis. El cielo está nublado, mas dejó de llover. La entrada es floja. No es hoy día de toros. Hemos convenido todos en que un día de toros ha de ser día de sol, de calor, de moscas y de fuego.

Parece una corrida de toros en una ciudad del Norte de España, un día gris, sucio, con nubes que borran ese cielo azul cobalto, inspirador de tantas necesidades y miserias... Se acerca un aficionado y nos dice un chiste; he aquí ese chiste: Hoy torear Madrid y Camará con Malla. Es decir, con *malla*. Estamos en los días de risa a caño libre, de los teatros prestigiosos que se entregan a los ingenios más bellacos. Risa, risa y risa. Retruécanos, chistes, gracias, risas, mientras España se destroza.

Esta tarde gris llena de melancolías y añoranzas... El otoño que se avecina... Las epidemias de nuestros cuarteles... El pan y la carne más caros que nunca... Sucesos trágicos que se avecinan... ¿Todo eso qué importa? *Tota pluit nocte redeunt spectacula mane...* escribía Virgilio muchos siglos hace en las puertas del palacio de Augusto. Lluve en la ciudad y en las

almas. Llovió estos días, llovió durante la noche; pero el espectáculo se celebra. Dios y el César están de acuerdo; el pueblo, con ellos. El caso es divertirse. ¿Qué importa el toldo gris de las nubes? ¿Qué importa ese otro horizonte negro que cierra Europa?... El Rey reía la otra noche en la Comedia; el pueblo ríe también. Risa, risa y risa. Diversión, entretenimiento; pasar el tiempo, matar el tiempo, este tiempo único que nunca más volverá, las circunstancias más graves y llenas de posibilidades que España ha tenido nunca...

Hay en la Plaza como un ambiente de plomo; los asientos de piedra parecen manchados de ceniza. Sin el sol, bajo el gris de estas nubes se ve mejor el esplendor ruín de la fiesta; ellos, de negro, ellos sin adornos, los tendidos ochavas y telanqueras sin fulgores, sin poesía de cromo vil. Una mano sucia ha empañado el abanico legendario. Quitaron de la red telefónica, que sirve de toldo, de *velarium* a la Plaza, muchos arcos voltaicos; otros quedan; el rueda irradia un siniestro siena que parece arrancado a la paleta de Zuloaga.

Primer mártir.

Nada más feo que esas calvas grises en los tendidos... La cuadrilla sale sin esplendores. Cuando los alguacilillos llegan a la Puerta de

Madrid todavía están saliendo toreros de la puerta de caballos... Nueve picadores galopean mientras la música suena. Cerca de mí, a mi derecha, ponen unas señoras un capote de *luces*, con que un torero les obsequia...

Sale un toro con unos cuernos muy largos.

—No los mires, no los mires—le dicen al bestiarío.

Se planta el toro en el centro, y cuando el toro quiere, los lidiadores hacen con él tontefrías heróicas.

Una buena puya la primera. La gente celebra eso. El toro destroza los caballos que tiene delante. Mala puya ésta; unos aficionados execran al piquero. Todos gris, sucio. En este momento hay delante del toro cuatro caballos, siete toreros, un regimiento de monosabios...

Al tocar a banderillas, el espectáculo que ofrece es muy animado, seis toreros y once monosabios salpican de colores chillones en la arena...

Un par de rehiletos, que aplauden los morenos; otro par.

—Ahí se banderillean los toros—dicen.

—No ahí, no aguanta ese niño mecha—añaden.

Pone el par el bestiarío como puede y sale como puede también de la suerte. Gracias que le quitan el toro, si no...

A matar.

—El toro es bonito—dicen unas mujeres.

—Páralo ahí—dicen al diestro.

El sol sale e ilumina los tendidos de enfrente con una luz macabra.

—Que te va a coger—le dicen al bestiario, que baila mucho.

Cinco chulos ayudan a este bestiario. Parece ser que el aire molesta a los lidiadores. Unas mujeres cantan a mi lado, sin duda para aumentar el miedo que tienen.

Este torero, ¿es matador de toros? Porque lo que hace es lo mismo que he visto hacer a los novilleros.

Silencio en la plaza; un silencio enorme. Cuando el toro se cuadra hay un murmullo en *crescendo*. El torero no se atreve. Los chulos vuelven en su ayuda. La gente se impacienta.

—Aquí hace más viento—dicen al bestiario cuando se acerca a la barrera.

Cuádrase el toro otra vez y el torero otra vez no se atreve a matarle. Cuantas veces levanta la muleta para cuadrar al toro, éste baja y levanta la cabeza también. La gente ríe.

Baila el bestiario. Se trata de acabar sea como sea.

—Como no se eche fuera le da la voltereta—dicen.

Nuevas fases de la faena. Ni arte ni cosa alguna. Miedo y miedo. Y cuando el toro humi

lla, atreviéndose a todo con tal de terminar, estocada o pinchazo.

—Pero tráelo aquí a las tablas—le dicen.

—El toro es regio—sentencian.

—Ahí, en las tablas—le dicen, sin que él haga caso.

Seis chulos vuelven a ayudarle.

Otra vez, a toro humillado, estocada, sin arte, sin nada de eso que nos decían de los bestiaros *de lujo*.

—No se puede hacer más—dicen.

Trota el pobre toro hacia los toriles, y muere en la puerta de arrastre.

¡Qué soso, insulso, feo y necio lo que ha pasado, qué gris y qué sucio!... Como la tarde, como las corridas de toros, como el destino actual de España.

Y, sin embargo, aplauden.

Segunda víctima

El capote de lujo, que brilla a mi lado en la talanquera, me distrae. Sus bordados, estos bordados que tanto se parecen a los trajes de los ministros españoles, me sugieren cosas hondas.

Las mujeres acompañan con sus vocecillas las notas flamencas de los músicos. No sé por qué al oírlas acompañar eso me figuro que así es España.

La salida del toro, un toro de tipo precioso provoca un largo murmullo de estupor.

—Afuera, niño—dicen.

—Ese es un toro—dicen otros.

—Vamos allá, D. Francisco.

—Estira los brazos—le aconsejan.

Desilusión. Este torero sufrió una cogida enorme hace años; yo publiqué en un periódico mío una fotografía de este diestro con la herida al descubierto. Era la herida un boquete bárbaro, y, no obstante, el bestiario se reía.

—No tienes idea de lo que es eso—le dicen a un picador.

—No haga eso, que es muy feo—le dicen al bestiario.

Miedo en los piqueros. La gente se levanta en los tendidos y los abuchea de un modo imponente. Silbidos. La gente alaba al toro y execra a los picadores que no se atreven.

El caballo de ese picador me interesa. Avanza al toro y, cuando lo ve, retrocede. Una vez el toro le coge y le hiere dos veces. ¿Quién cantará el poema trágico de estas pobres bestias sacrificadas a la estupidez de un pueblo?

Banderillas. Nada de particular, a la media vuelta, aprovechando. ¿En qué se diferencian estos rehileteros de los otros que llevan los novilleros? Preparaciones. Es curioso ver cómo

gastan el tiempo preparando y arreglando al toro, para que luego... no suceda nada.

—Qué miedo tiene ese banderillero—dice una mujer a mi lado.

Silbidos al presidente porque muda de suerte.

El bestiario sale. Comentarios a sus cogidas famosas. Dicen detrás de mí.

—Que has tenido el hígado fuera, en Valencia—le dicen.

—Al toro, que es una mona—añaden.

Cinco chulos cerca. La faena es de acero. El aire le levanta la *pañosa* de la muleta. Un chulo le entretiene el toro.

Por fin, estocada.

—Pase o pasa—dicen.

—Se ha apoyao en la espada.

—No es eso lo que buscábamos.

—Dos plátanos—dicen hablando de los cuernos del toro, dos bitongos.

A acabar pronto. Un pinchazo. Otra estocada. Al dar ésta, las señoras que tengo al lado protestan y dicen:

—Muy mal.

Descabello malo. Otro intento. Y por fin al arrastre.

—Tan bonito el toro—dicen haciendo el pagnéfrico, y pasar sin pena ni gloria.

Música. ¿Esto eran los bestiarios de lujo?

La tarde, la tarde, gris, sucia como las corridas todas, como la pobre España...

Toroer mártir

Sale el toro.

—¿Te pican las moscas?—dicen al toro, porque no arranca y se revuelve.

Todo el mundo salta la barrera a su paso.

Un bestiario se acerca a la barrera y dice.

—Mucho viento.

El primer piquero provoca esta suerte. Un caballo herido corre de un extremo a otro de la Plaza desgarrándose los intestinos con sus propias patas, dejando una horrible estela de sangre, carne y boñiga que hiede.

¿Por qué no le dan a esos caballos *Flores del Campo*?—dicen en el tendido.

No olvidéis nunca esa frase que copio.

La suerte de varas sigue horrenda, fea, gris, como la tarde, como las corridas, como España.

Banderillea el matador. Tira la montera, cita con posturitas amariconadas, con la barriga, y, además, habla con el toro. Esto es muy salado.

—No es verdad, está fuera—gritan.

—No camela—le dicen.

Por fin la pone.

Vasito de agua y al toro. El bestiario—¿cómo no?—bebe agua del célebre botijo y da

unos pases que mi poca ciencia no sabe calificar.

El aire mueve los vuelos de la muleta.

En el silencio de la Plaza se oyen los gritos del torero que nada puede hacer sin esos gritos.

Faena nueva. ¿Pero todo eso que hace, qué es?

—Que no se vaya a llevar el viento la espá—le dicen irónicamente al ir a tirarse.

Más pases. Silencio. Y en el silencio una voz le grita:

—Te puede el aire.

Estocada. Aplausos; el toro no muere, pero dicen que eso ha estado bien. Otro intento de matar y gritos del pueblo que lo disuaden. Mas pases sin arte, sin gracia y sin nada, Nuevo intento de tirarse y nuevos consejos del público para que no haga nada, pero él se tira.

—Vamos a verlo.

—Una pequeña canalladita—dicen al ver que no ha matado ni herido ni hecho cosa alguna.

La faena sigue monótona, pesada; mientras, yo miro a los servidores de la Plaza borrar la estela de basura y sangre que dejó el pobre caballo de antes.

Muere el toro. Aplausos tibios, grises, como la tarde, como la afición, como la situación actual y los destinos de España.

Cuarta víctima

Esperan que salga un picador, porque el caballo de tanda, al salir, se derrenga y hay que sustituirle. ¡Cuanta tontería!

La gente increpa a este nuevo caballo, y tiene que salir otro nuevo. Cosas del *negocio*...

El toro está en la Plaza; un toro berrendo muy lindo. Le recortan y...

—Corre, que te va a coger—dicen a un chulo que escapa y salta la barrera.

Lances, los célebres lances de los bestiarios. No gustan.

—Quítate—gruñe el bestiaro blasfemando y siguiendo al toro para... no hacer nada nuevo.

Suerte de varas. Un caballo atraviesa la Plaza regando el suelo con sangre, y muere.

—A ver ese caballo color agua caliente—dicen a un caballo que todos protestan.

—¿Nos vamos a tragar el caballito?

Y se le tragan. ¡Tantas cosas se traga esta gente!

Rehiletos. En este momento cuento diez y siete personas en el ruedo, nada más. Un chulo de plata y la culera de azul celeste hace que hace algo, cita, ordena que le arreglen el bicho y... a correr hacia la barrera... Nuevos preparativos, y por fin... al pelo.

El toro se ceba en el caballo blanco. Se oyen voces enormes en los tendidos que dicen

a los empresarios no sé qué cosas. Escándalo en un tendido. Cualquiera cosa levanta a esa gente de su asiento.

El aire levanta polvo y papeles. Y como el aire y como el tiempo es todo, gris, feo, sucio, sin que se vea arte, valor o cualquiera de esas marranadas que se le parecen.

El bestiario lancea, es decir, da unos pases que se comentan mal. Será el aire... Esta tarde es una tarde que todo lo justifica. El aire es el aire. La gente se aburre y pide música.

De pronto el bestiario arroja la montera, se tira al bicho y .. arrea un pinchazo.

Nueva faena; nueva no, igual a la que ha hecho antes y a la que antes que él hicieron los otros. Pases y más pases, bailes y más bailes, pérdida de estoque, estoque nuevo, más pases, petición de música, bostezos enormes, meter y sacar la espada en los pliegues de la muleta, y... como tiene miedo al tirarse, le dicen:

—Que no se mueve—hombre.

Por fin se tira, y al mismo tiempo que mete el estoque, y como si le metieran el estoque a la gente y no al toro, la gente gruñe un juh!... tremendo.

—Aunque algo delanterilla, no es óbice para que se muera—dicen.

—Cógele un pitón, que eso está de moda—le gritan.

Y muere el toro. Y viéndole arrastrar, el alma se pregunta: pero esto, ¿qué es? ¿Por qué aplauden?

Pues aplauden porque ha concluido este toro y esperan el otro.

Quinto mártir

—Vaya cuernos—grita el gentío al ver aparecer el toro.

—Oye, Paco, ahí lo tienes pá metérsela toda —le dicen.

El bestiario aprovecha que se le llevan el toro para retrasar la hora de las monerías.

Però llegan éstas y llega la suerte de varas y esta suerte es como la otra, una suerte... de que no pase nada.

Un caballo con la asadura fuera, sale hacia el toro, y muere repentinamente. Otro caballo, con toda la pata llena de sangre, muere ante el toro también.

—Camará—quiere que le hagan la capa de cemento—dicen.

Pierde un bestiario la capa y le dan otra; esto es muy curioso entre otras cosas, porque le evitan ir a buscarla.

Banderillas en el estribo. Le piden que se vaya para fuera y se va. Y después de tantas monadas, como los otros, como todos, entre los capotes de los chulos, y total... cero.

Un nuevo banderillero. Empieza haciendo

monerías, cita, corre y... nada. Nueva preparación, chulerías y una voz enorme que grita:

—¿Dónde han cazao estos toreros?

Otro banderillero, a quien se aplaude irónicamente, y otros peor. La tarde no puede ser más sosa y bufa.

El bestiario sale, y como los chulos preparasen el toro, les dicen que esos son juegos prohibidos.

En este momento el público se ríe y comenta. Resulta que en un tendido están jugando a las cartas.

—Ahí abajo—dicen—se juegan el pellejo y ahí arriba se juegan...

—¡Qué corrida! ¡Qué corrida!—gritan.

Aplauden a compás. Piden música. Da una estocada. Cae el toro. Se levanta el toro. Más aplausos a compás. Seis chulos recortan al pobre animal. Descabello y el toro muere.

—Este descabello te cuesta diez y seis duros—le dicen al bestiario porque a roto el estoque.

Nada más bochornoso, vulgar e insípido, puede darse que esta corrida.

Ultimo mártir

Toca la música y le gente corea. Se aburre y se entretiene acompañando en masa esa musiquita. Luego, aplauden y pide que siga la música.

El toro es cárdeno, capacho, grande, con dos pitones muy *serios*. Realmente es precioso.

No se atreve nadie a torearle. Le recortan, le corren, pero no se atreven entero como está a hacer con él memeces y *livismos*.

De tendido a tendido, a grandes voces, se lamentan de una corrida tan mala.

De pronto se arranca el toro a un caballo, y la poderosa cabeza del bicho lleva a la vestia largo tiempo empitonada. Espléndida estampa y energía. De nuevo, y con el mismo ímpetu, se arranca sobre otros caballos; nada resiste esa furia admirable.

Un picador corre a través de la Plaza. Con el peso de la moña y la puya al hombro, parece ese cromo la caricatura del militarismo.

Preguntan con sorna a un picador:

—Pero, ¿en qué te has montao?

Durante unos momentos forman juntos infinidad de picadores, monosabios, toreros y el disloque. Los ojos contemplan el grupo enorme con estupor.

Nueva arremetida del toro, y el caballo destrozado, pasa a la famosa enfermería... de los monosabios. Va con la asadura fuera; pero el próximo domingo saldrá. Esa marcha, detrás del monosabio es macabra, siniestra; nadie repara en ella. Y eso que las banderillas no ofrecen nada de particular.

El bestiario sale en medio de recomendacio-

nes que le piden distraiga, porque se han aburrido mucho.

Faena lánguida.

—Esos pases son los que dan palmas—le dicen.

Pero esos pases pasan, y la faena es movida, un insípido bailoteo.

—No vaya usted a creer que tiene una mona delante—se dice uno a otro.

—Otra vuelta—dice el bestiaro,

Y como el toro obedece, la gente ríe.

Risas, voces, gritos.

—Machetéalo por la cara —le avisan.

Se tira, y... como lo hace muy mal, le silban estrepitosamente y la gente se va.

Nuevos pases. Y mientras la gente se marcha, otra nueva estocada mala que es silbada.

—Este da el mitin—dicen.

En el ambiente gris de la tarde suenan de pronto enormes silbidos. Es que ha intentado otra estocada y no ha logrado nada.

—¡Y luego dicen que el público de los toros es malo!—grita uno.

Nueva estocada mala. La gente continúa marchándose. Silbidos. Descabello. Voces destempladas, música y nada.

Peor que la capea, nos indigna.

Una corrida sucia, gris, cenizosa como la tarde, como la afición, como los destinos de España, la pobre.

**Al margen de las revistas.
Nuestra escasez de hom-
bres de genio. Un llama-
miento al pueblo.**

El que esto suscribe leyó, no hace aún el año, un artículo escrito por un buen literato, en el que, a propósito de las faenas del bestiario conocido Gallito, sostenía que ningún joven de su tiempo era capaz de ofrecer a España una obra equivalente en valor, emoción y arte. La cosa pareció de perlas; los mismos artistas confesaron que era verdad; yo nada dije, según mi campaña, y me reí de la hipérbole del literato, bien seguro entonces, y hoy más que nunca, de que cualquiera de mis treinta y tantos libros, cualquiera de mis millares de artículos, valen más que la labor entera del bestiario famoso.

Pero aquel artículo y el silencio de aquellos jóvenes dejó en mí honda huella. Hoy que este bestiario torea, quiero insistir ante el pueblo y ante los intelectuales, ante éstos sobre todo. Porque no es posible tolerar, no ya sólo el espantable incremento de la afición taurina y su inmediata secuela el flamenquismo, sino que esa afición pretenda engendrar el tipo ibérico por excelencia. Veamos.

En primer lugar los mismos intelectuales

tienen la culpa de ese bárbaro endiosamiento increíble.

a) Dedicados a *Belmonte* y a *Joselito*, los llamados *fenómenos* aparecieron centenares de libros y artículos, trabajos literarios que no sólo no desdeñaron firmar nuestras autoridades en letras, sino que, lejos de avergonzarles su contenido, se sintieron orgullosos de él.

b) El contenido de esas obras es una de nuestras más hondas vergüenzas nacionales. En unos acusa un desconocimiento absoluto del espíritu de nuestro tiempo; en otros revela una inconciencia horrenda, en todos, una profunda abyección. Porque, AUNQUE CIERTAMENTE ESOS FENÓMENOS HUBIERAN CONSTITUIDO UN LEGÍTIMO ASOMBRO LA APARICIÓN DE DOS HOMBRES DE GENIO. Los hombres de letras estaban en el DEBER PATRIÓTICO de quitar mérito y autoridad a esos dos hombres explotadores de su vida propia y de la emoción popular.

c) En nuestra intelectualidad respecto a estas fiestas de toros, hay dos tendencias: la de los incondicionales de esos *fenómenos* y la de los que creen que no tienen importancia social los juegos circenses. Aquellos con su fanatismo disfrazado de literario, y éstos, con su ambición, relegando al capítulo de las cosas pintorescas tales escenas sangrientas, han contribuido a la enormidad alcanzada por el mal. Es decir, que cuando se le ha dado importan-

cia, ha sido para alabar esas fiestas de crueldad y degeneración, no sospechando o no *queriendo* sospechar que esas fiestas fueran efecto de hondas degeneraciones históricas, y causa a su vez del mayor de los histerismos, de la más amplia y complicada de las pandemias sociales.

d) Parece mentira que en nuestro tiempo, en el que alcanzaron desarrollo tan grande los estudios de los factores derivados que determinan el crecimiento mental de la sociedad humana, ningún intelectual español haya querido juzgar la afición taurina desde su verdadero punto de vista, desde el campo de la psiquis colectiva. Antes al contrario, irrita observar cómo por un lado se asustan del incremento e intensidad de la afición y sus consecuencias, y cómo por otro lado no sienten la más insignificante comezón por averiguar las proyecciones de esos hechos en nuestra vida espiritual.

e) Y lo que irrita más, es ver cómo airadamente rechazan que eso de las fiestas de toros y sus derivados tengan influencia en el desenvolvimiento del alma española y hasta en las leyes de anormalidad y criminalidad del flamenquismo.

Y como los intelectuales, en los que cuento hasta los malísimos historiadores de estos últimos tiempos, han asegurado al pueblo que en las fiestas de los toros no hay aspecto crimino-

so colectivo ni siquiera fenómenos de psicología de muchedumbre dignos de tenerse en cuenta, el pueblo ha seguido su trayectoria, completamente satisfecho y despreocupado. ¿En qué manifestación colectiva echa de menos ese pueblo su falta de hombres de genio? ¿En qué se preocupa ese pueblo con mayor intensidad que de sus cuestiones e ídolos taurinos? Es necio creer que la fama casi inverosímil por la inmensa de los bestiarios célebres, no perjudica en nada la intelectualidad honrada de callada y profunda labor. No hay sino observar los obstáculos que esta encuentra cuando quiere *realizar* en la colectividad las cosas pensadas en la soledad de los laboratorios.

Entonces es cuando el estudioso se da cuenta de que le han *robado* la popularidad y la autoridad necesaria. Y en vano es buscar las en otras patologías de la muchedumbre; el mal está en que *toda* la emoción se ha ido por el cauce de esas fiestas y en honor de esos bestiarios. Un niño sabe quien es y conoce físicamente a *Gallito*. ¿Sabéis de muchos niños y de *muchos no niños* que conozcan a nuestros sabios jóvenes, a nuestros artistas? Probadlo, hácese a compañar de Ortega Gasset, de Julio Antonio, de Oscar Esplá, de Marañón, de Rey Pastor, de Olascoaga, de Lecha Marzo, de Lafora, de Américo Castro, de Ríos Urruti, de Cabrera de Viquetra, de Olariaga, de Luzuriaga o Pa-

blo Azcárate... y veréis si se detienen y os demuestran que conocen a esos excelentes artistas y pensadores.

El genio abunda poco en España; más si ignoramos los trabajadores de la inteligencia que poseemos, si ellos no cuentan con el pueblo, estad seguros de que la labor será infructuosa. No otro será el daño fundamental de alma española; su divorcio de las inteligencias. Es verdad, y verdad profunda, esto que yo sostengo. Es un crimen de lesa Patria hacer cada vez más interesantes al pueblo los bestiarios que le emocionan, que mantienen vivo en él sentimientos horrendos de esencia criminosa todos ellos. Es un crimen, en un país donde el genio se produce poco, arrebatar la popularidad que necesitan a los pensadores solitarios y laboriosos que fatalmente desdeñan esa popularidad, sin la cual luego no hay laboratorios, ni universidades, ni vida espiritual.

Y lo trágico es que estos hombres silenciosos, preocupados con su trabajo, no quieren darse cuenta del mal.

Sin embargo, laboraré yo por ellos.

Y algún día...

Hoy torea el "amo,,

Hoy torea el *amo*. A este bestiario, intelectuales y cronistas taurinos, le han aplicado cuantos adjetivos landatorios tiene el idioma.

No creo haya existido en la antigüedad, cuando los degenerados romanos testimoniaban en los circos su ferocidad y barbarie, no creo haya tenido nunca algún beluario fama y popularidad tan enormes como la que España ha otorgado a este *fenómeno*. En uno de los muchos libros que he dedicado al flamenquismo he estudiado la génesis y desenvolvimiento de estos *fenómenos*, cómo la afición necesita de vez en cuando un bestiario que mantenga el fuego sagrado del embrutecimiento y cómo es la ley que aparezcan, en vez de un *fenómeno*, dos. Sin las competencias, sin oponer a determinado chulo, torero o bestiario, otro de la misma ralea, no hay afición posible, los ánimos no se excitan. Para un pensador ya es motivo de alarma el que en la afición taurina aparezcan los bestiarios célebres emparejados siempre. Los aficionados y los flamencos—de la afición pura a la flamenquería hay un solo paso—ven con desagrado que no toreen siempre juntos los dos *fenómenos* de tanda.

Saben muy bien que, toreando juntos, *vivalizarán en barbarie heroica y trascendental*. Toda la maldita historia del toreo no es otra cosa que una vil historia de competencia creadas por la gente de los tendidos y mantenida a alta presión por los revisteros de todos los tiempos. El por qué esos hombres—muchos de ellos literatos y hasta amantes de las bellas

artes—sostuvieron las legendarias rivalidades, no es difícil estudiarlo. Se necesita expresar el ingenio hasta el absurdo para que los que ven la lidia de un toro vean cosa distinta en la lidia de otro toro. Y, claro está, esos hombres dedicados a tan ímproba tarea, tan ímproba, que necesitaron aplicar a sus revistas nada menos que la política y todos los modismos del humorismo español, hubieron de inventar que en otro tiempo se hacían de esta o de la otra manera las suertes de lidia, que este o el otro diestro hacía esto o aquello. El resultado fué espléndido. El pueblo a quien estas memeces distraían de fines más altos, se embrutecía de firme y comentó en el lenguaje de los revisteros las cosas que veía y las... *que no veía* que eran las más. Y comentándolas sigue ese pobre pueblo con estos dos *fenómenos*, *Gallito* y *Belmonte*, cada uno de los cuales, por un prodigioso esfuerzo popular tiene definido su clase de valor y sus méritos cornamentales. Me decían:—¡Si usted los viera torear juntos!... El uno es la emoción pura encarnada en un cuerpo ruín; el otro es el arte creado por una inteligencia clara y servida por un cuerpo esbelto, elegantísimo...

Al pueblo le conmueve violentamente que el *fenómeno* llamado Belmonte se *transfigure* cuando torea, y *desaparezca* por un esfuerzo de la voluntad, la mala facha de ese cuerpo.

Ni desaparece esa mala facha ni Dios que lo valga, sino que, al revés, el fenómeno así se revela tal como es, como uno de esos fenómenos enteramente nuestros que crea nuestro ambiente el primer fenómeno de todos. Pero se *transfigure* o no el niño, nos importa poco. Lo que nos interesa es que desaparezca del pueblo ese deseo de ver *transfigurarse* a un niño. Con lo que querremos decir que nuestro plan es desviar a la Raza de toda esa clase de actos que se verifican en las Plazas, destrezas que le roban el poco dinero y seso que tiene. Hablando con nuestros músicos, Bretón me decía que es muy cierto que las corridas de toros acaparan toda la cantidad de emoción de que es capaz nuestro pueblo. No sólo acaparán la emoción, sino todos esos imponderables que le son propios, y así se puede sostener que no hay como las corridas de toros para estudiar todo eso que estudian hoy los laboratorios de Psicología experimental. Todos, absolutamente todos los rasgos y detalles de una corrida son del dominio de los laboratorios europeos. Si entre nosotros se diera esta clase de estudiosos, ¡oh que bellísimos y fundamentales análisis nos ofrecerían!

Y ese es el punto vulnerable de la fiesta nacional. Nadie la ha examinado nunca a otra luz que la admiración más incondicional. Cuando algún espíritu intentó denigrarla lo hizo sólo

en su aspecto cruel. Pero la fiesta tiene, algo más que crueldad, la fiesta nacional es nada menos que el espejo de nuestra Raza. Ese *amo* que hoy torea, ese hombre a quien se han llamado todos los adjetivos laudatorios, por quien se han herido hombres que hoy están en el cementerio o en el presidio, ese *Papa* del toreo, ese joven es un hombre representativo, es más; el hombre representativo por excelencia de la España actual. ¿Qué artista o sabio español de nuestro tiempo tiene los millones que él? ¿Quién ha ganado a su edad—ese bestiarío es muy joven—las enormes cantidades que él ha ganado? La Raza, la Nación que no evita esa posibilidad de ganar el dinero como ese bestiarío lo gana, aunque lo gane como sea, esa Raza, esa Nación. no puede en otro cualquiera género de cosas pedir hombres de genio que la procuren soluciones sociales, políticas y artísticas.

La República y las corridas de toros.

Sí, lo sostengo. Los que me escriben constantemente acerca de ese tema deben saber que sostengo la siguiente proposición: La República y las corridas de toros son dos cosas que rabian de verse juntas; mientras el pueblo español tenga por fiesta nacional las corridas de toros, la República será imposible. Y será imposible, porque si decir República es afirmar el

gobierno del pueblo por el pueblo mismo, o sea, el mantener en todo su esplendor las virtudes cívicas, como las corridas de toros son un espectáculo revelador de la más intensa miseria mental, ¿cómo se han de conciliar ese espectáculo de muerte y ese divino sistema de gobierno? República es economía, instrucción, virtud, sobriedad; corridas de toros son libertinaje, malas palabras, vicio, explotación de la vida, de una vida sobre la que el Estado debe velar y de la que sólo el Estado puede disponer, y eso con restricciones.

Y los que creen que una vez instaurada la República podría quitar estas fiestas, están en un error muy grande. Y la razón es que de ningún modo la República *podrá* advenir sin que *antes*, y no *después*, se quite DEL ALMA DEL PUEBLO su afición y cariño por estas fiestas. Yo soy un joven que ha luchado por la democracia y que hoy mismo es *verdaderamente* republicano. Pues bien, yo no quiero acometer labor revolucionaria, porque sé que es inútil mientras el pueblo cree sus hombres representativos en sus bestiarios y gaste sus economías en las corridas y no sepa más que de toros y de lidias, y *crea que el valor por excelencia es el gesto de los toreros*. Porque sé que es inútil mientras el pueblo aplique a su vida espiritual y cívica todos los gestos modales, palabras, idearios y consecuencias de las corridas. No

hay otra solución. O el pueblo abandona su pasión por estas fiestas, o la República será imposible.

Es una niñería creer que estas fiestas no causan males grandes, calamidades tan grandes como esas. Las corridas de toros, *aunque no fueran otra cosa que las trasmisoras del flamenquismo, aunque no fueran otra cosa que el batallón de España en el extranjero*, ya eran bastante para que nosotros los juráramos odio a muerte. Son incompatibles, profundamente antagónicos la cultura y las corridas de toros, la vida mundial y la vida española. Creer que estas fiestas no hacen daño *porque gustan a la mayoría de los españoles*, es condenar a España a regímenes que nunca la salvarán.

No son los partidos políticos los que salvan a los países, son las virtudes cívicas, las orientaciones francamente espirituales, la economía nacional, lo que saca de su marasmo a los países perezosos y pobres. Son, sobre todo, los intelectuales quienes salvan a los pueblos. Pero esos intelectuales han de acercarse al pueblo y *a pesar del pueblo*, CONTRA SU MISMA VOLUNTAD, salvarle Y casi siempre su salvación está en las cosas que menos se figuraba le hacían daño. Es así siempre el pueblo. Hay que salvarle *contra su voluntad*, quitarle, como a los niños, de la boca lo que por

ser dulce aman, pero que puede matarle. Y si ese pueblo protesta, aunque su ira haga daño al corazón no hay otro remedio, por salvar su vida, que quitarle lo que tanto ama.

Lo que se traen los «niños»

Resulta que los dos bestiarios que han de *doctorarse* esta tarde son dos ídolos futuros. La afición va ya necesitando otros *dos fenómenos* que la den nuevas emociones, y decir nuevas es decir más fuertes, más trágicas. Siempre las competencias; sin ellas, ¿qué sería de estas fiestas? Recordamos haber visto fotografías de uno de estos fenómenos en un periódico ilustrado, muy popular. Sabemos cómo estos y otros fenómenos de menor cuantía compran periódicos, periodistas y fotografías. Tenemos informes concretos sobre el asunto. ¡Ah, si el pueblo supiera que los toreros subvencionan periódicos y periodistas y compran las fotografías que aciertan a recoger en instantáneas sensacionales sus posturas, posturas casi siempre, por no decir siempre, ajenas a su voluntad y a su arte!...

Pero esta tarde resulta que tenemos dos *niños* que vienen *descabezando*. Se espera mucho de ellos—son *hígado* y *carne* de Belmonte, vienen *bañando ansiosos*, la Plaza se ha llenado de bote en bote para verlos y eso que las loca-

lidades cuestan un sentido —, la mía vale 15 pesetas 15 céntimos—. Me dicen, además, que esos *niños* tienen hoy que *echarlo* *tó* fuera, porque después del día en que los bautizaron hoy es el día en que pueden *aluspiar* en lontananza las siete mil pesetas o más que gana *Gallito*—claro está que salvando la cifra exacta que ponen toreros y empresarios en sus respectivos recelos para no pagar el impuesto de utilidades.

Parece ser, según dicen, que han sustituido dos toros de Contreras por otros. En esto de los toros para fenómenos hay una cuestión trascendental. Los *fenómenos* consagrados eligen los toros, por los que pueden hacer *más cosas*... Veremos, y veremos impacablemente, revisteros, somos algo más, somos de nuestra época, que vemos las cosas... para siglos posteriores, para hombres desapasionados, que harán justicia a nuestra sed verdadera de arte real, de vida, de espíritu sin mancha...

La Plaza está llena; se han pagado cantidades atroces por las localidades. El sol, cómplice de estas fiestas, luce hoy en todo su esplendor.

A la salida de las cuadrillas hay aplausos... tibios. Titicos, porque los bolsillos se resienten...

Primera víctima

Un diestro bebe agua. Le aplauden.

En el tendido dicen, ¿por qué le aplauden, porque bebe agua?

Es graciosa la pregunta.

Sale el toro, un sustituto según creo, pequeño, de cabeza muy bonita. Carreras, recortes, saltos de barrera, los consabidos lances fáciles a punta de capote.

En un tendido una voz conocida grita:

—¡Buena novillada, buena!

Lances del bestiario para fijar al marrajo. Aplausos y suerte de varas, un ¡estáte quieto, muchachos! del bestiario de tanda y más... caballos,

Al quite, un mono. Los demás se reservan. Sale el otro bestiario y no quiere que toree de rodillas. Aquí las rodilladas, dicen.

Los primeros lances de Gallito son una sublevación, parado, quieto, como quien sabe que no hay cuidado.

—Ha visto que no hay toro—dicen.

—Andan locos todos, y el toro está parao—añaden.

—Y eso que ya te lo enseñaron hacer—le dicen.

El toro, realmente, no mete miedo a nadie.

Tocan a banderillas; yo miró al público que está dispuesto a aplaudir todo lo que ven hacer a su Gallito.

Pasan los rehileteros sin pena ni gloria.

—Si todos los toros fueran como ese, yo me haría torero—dicen detrás de mí.

En unas banderillas se cae el chulo y el toro.

—Ventajas, no—dicen.

Gallito y el otro bestiario se dan la mano y sale al toro ya doctorado. Vuelve.

Un vasito de agua. Esto del agua es una taumaturgia.

Se queda solo, y le dicen:

—Pero si ese toro es incapaz de hacer mal a nadie.

En el primer pase sale apurado y un chulo le salva de la cogida.

Más pases en redondo. Nuevos avisos de la gente.

Ahora ya no está solo. Hay chulos cerca.

—Cuidado, que el toro es bueno.

—Quietos—dice el bestiario—, quietos. Y sin embargo, nadie hay cerca de él.

Faena mala, movida, todo se le vuelve decir: ¡fuera, fuera!... Y total, nada. Está el bestiario azarao. Cita aprovechando y la gente le dice que no, quiere lucha, faena, pero el bestiario quiere acabar pronto. Por segunda vez se tira al toro y ésta le sale atravesada, contraria.

—Asesino—le dicen.

Otros aplauden.

Nada ha valido nada en este toro. Acabar, acabar pronto y nada más. No estará muy con

tento de su doctorado. Menos mal que lo mismo hubiera dado que hubiera hecho otra cosa.

Nuevo vasito de agua... del célebre botijo.
Y a cobrar... unos miles de pesetas.

Segundo mártir

Sale un bicho. Lances. El bestiario de turno sale y el toro huye. Nuevos tanteos, lances y demás.

—Le vais a estropear—dicen.

Silban al bestiario y luego le aplauden. Pero sus lances son tan verdes como... el traje que lleva.

Detrás de mí hablan de telegramas y de que vienen buenos.

No lo vemos. El toro corre y detrás de él, cerca de las tablas, los chulos y demás. Se le cita a varas; no quiere. Voces de impaciencia. Parece que no quiere nada con los de caballería. Por fin se lanza y no hay quite.

—¡Fuego, fuego, fuego!—gritan.

Nuevas carreras de los piqueros. Nuevos recortes.

Nuevos puyazos... y quite frustrado.

Aplauden a Gallito unos lances que no tienen importancia.

—Les atonta, les atonta—dicen embobados.

Atonta ese hombre, no solo a los toros... a la gente de los tendidos.

Gallito tiene un interés enorme. Es un hombre que además de torear toros *especiales*, torea al público. Sabe lo que se hace este muchacho. Torea como si no le diera importancia, como si eso de los toros fuera un puro juego. Además, cuenta... con todos. Todos se le rinden de antemano. Todos esperan *tanto* de él que..., antes de hacer algo le aplauden.

Banderillas de fuego. Buen doctorado. ¡Qué mal va en estas corridas de toros y fenómenos esas banderillas de fuego, que hablan de la cobardía y mala sangre de los bichos!

Suena en el ámbito de la Plaza el humo de los rehiletes. Espera en el estribo el otro bestiario—¡cómo no!—bebiendo agua. Y banderillas y más banderillas, fuego y más fuego, pólvora, mucha pólvora.

—Pero, ¿qué vas a hacer con ese animal?—le preguntan al segundo doctor *in portibus*.

Le colocan el último par... en los riñones.
Y otra ceremonia de doctorar.

—Debéis ensayarlo: lo haceis muy mal—dicen.

Aplausos a no sé qué. Y brindis al... propio Gallito. Con lo que estos toreros quiere el dinero y... brindis al canto. ¡Cuanto lo sentirá!

Pases de olé, es decir, pases belmontinos, de esos que, se den como se den, se aplauden siempre.

De pronto uno que provoca la irritación del público.

—Lo has estropeao.

Este torero, Dominguito, tiene su público que lo ampara y aplaude a cada paso. Pero... Estocada... frustrada. Nueva estocada. Aplausos. Cuando se tira el bestiario la gente gruñe un juh! formidable, como si la metieran el estoque a ella.

Siete toreros, Joselito preside el funeral. Van detrás del toro que no quiere morir. Le recortan como en las novilladas. Protestas, gritos, voces. Nueva faena.

—¿Pero no hay una botella por ahí para tirársela al tío?—dicen.

Los siete toreros, cerca de los toriles, pretenden aconsejar al toro se muera cuanto antes, para que el doctorado salga bien. Nada de eso. Descabello, es decir, intentos. ¿Dónde están las faenas emocionantes, el valor y demás?

Nuevos recortes. El sol hace brillar los trajes de los siete toreros cerca del toril.

Y de pronto, estocada, mala, muy mala. Gritos como en las novilladas. Otra estocada. Gritos. Suena una bocina largamente. Nuevos recortes. Protestas serias. Silbidos. El puntillero remata esta horrible farsa.

Buen doctorado. Joselito puede estar satisfecho de estos niños.

Como él no haga algo...

Tercer mártir

Este pertenece al *amo*. Afilamos el lápiz; ¡oh, no sabéis, lectores queridos, lo que es escribir con lápiz una corrida de éstas, en la que todo va a escape.

Sale el toro, pequeño, corriendo como siempre, sin poder y sin nada. A nadie entusiasma. Los picadores corren, corren los toreros, y Joselito empieza su faena, quieta, parada, sin importancia, pero que aplauden, por el contraste de las otras tan malas.

Un quite aplaudido formidablemente. Todo el mundo se vuelve loco con ese hombre, que hace las mismas suertes que los demás, pero sabiendo que... no hay peligro.

Pican los varilargueros, uno de ellos, es decir, un caballo con la asadura fuera.

Antes de banderillas, Joselito capea a la *navarra* y la gente se cansa de aplaudirle. Con este toro se puede hacer todo lo que se quiera. Pero es que, además, la gente quiere aplaudirle y animarle.

Banderilleros. Un intento y por fin... banderillas; pero sin que se vea nada de extraordinario.

Otro par. Corre delante del toro. La gente aplaude el que el toro y torero corran a la par sin que se vea obligado el diestro a saltar la barrera. Lo confieso que no veo sino serenidad

y conocimiento de que el toro no ha de hacerle nada. Cita a otro par desde la barrera.

—¿Qué va a hacer ese hombre—dicen.

Y luego pone el par. Y los aplausos atruenan. Pero, oídló bien: con ese toro se puede hacer todo. Y lo que ha hecho no tiene mérito extraordinario alguno.

—¡Que ponga cuarenta pares—le dicen.

Le preparan el toro. Y dice varias veces con voz chillona.

—Vámonos. Vámonos.

Silencio enorme.

—El toro está magnífico.

—Tiene mucho de teatral los de este tipo—dicen.

Es cierto, hace lo que todos, pero da un valor a lo que hace. En un pase, el toro le achucha y no corre. Sabe que, no corriendo, el toro no hará por él.

Se le aplaude injustamente. No se hace más que aplaudirle. Una estocada muy mala. Como unos chulos le llaman la atención al toro, dice que lo deje.

Luego dialoga con el toro, y otra estocada, tan mala como la de antes. La gente aplaude, sin embargo.

Sin faena da una tercera estocada. Mal, muy mal. Y aunque el toro cae, muy mal.

Yo no he visto nada que merezca el dinero y la gloria que dáis a este hombre.

Le aplaudís porque es él.

El puntillero hace su oficio.

Yo os digo que este hombre no es más que un hombre que ha *diquelado* más al público que a los toros. Un hombre de talento, que sin estudiar ha instuído que se puede torear al público y de ese ruedo salvar otras cosas.

En este toro, Joselito es lo mismo que los otros.

Lo mismo, salvo su fama, su dinero, salvo la simpatía que a todos inspira.

Cuarto mártir

Un toro igual que el anterior. Los picadores corren en torno a la barrera. Los chulos le recortan. Uno de ellos le deja en la testuz el capote.

— Déjale—grita Gallito.

Y da unas verónicas sacudiendo el trapo, en medio de un silencio enorme, solo, enteramente solo.

Picadores. Un quite. Aplausos. ¿Pero dónde está el misterio de este hombre? ¿Dónde la emoción y el arte? Tranquilidad, serenidad, lo menos que se puede pedir a un hombre que gana tanto.

Los picadores que llevan castigan de veras al toro. Eso es otra *pupila* de este hombre singular. Aplauden. Quieren que banderillee tam-

bién a este toro, pero se niega. Antes el banderillear le cansó. No insiste la gente. Le banderillean otros. El se reserva. Cambian los bestiarios saludos.

—Ensayaros en la fonda—le dicen.

—Bríndaselo a Noel—le dicen al Gallito.

Faena *gallística*. Salen los chulos y le ayudan.

—Noel, ¿te diviertes?— me gritan.

Y sólo muletea, sin que yo vea nada extraordinario. Le silban.

Dice la gente que a callarse. Se quiere tirar al toro, se tira y... silbidos enormes, voces, bocina, etc...

—¡Que vuelva el de antes!—le gritan.

Salen los chulos. Parece que se ha descompuesto el *amo*.

—Es el aire, dicen.

Nueva faena.

—Arregla al toro, le dicen.

Yo no sé cómo no le dicen que arregle el aire.

—¡Bien, Blanquet!— gritan—. La mitad de las faenas las haces tú.

Nueva estocada. Silbidos, gritos, bocinas.

Seis hombres en torno de este toro tan manso, tan noble.

Nuevos pases.

—Otra vez será—le dicen con mimo.

—Ya te desquitarás.

Aplausos y silbidos, por mitad.

Yo no he visto nada nuevo, nada en valor, nada en arte. Este hombre es un *chasco* más. No tiene fuerza al matar, parece como que se debilita al llegar la suerte suprema.

¡Y antes de la suerte, oh, antes qué conocimiento tan enorme del público!

Quinta víctima

Sale el toro, otro como los anteriores.

Ya empieza el aburrimento, dicen.

Pero no es verdad, porque el aburrimento había empezado antes.

Recortes. Saltos a la barrera.

El toro huye cuando el bestiario le cita para lucirse con las tonterías de costumbre.

—Como ya se marchó el amo, hacéis lo que queréis—les gritan.

Yo, en verdad, no echo de menos al amo. Echo de menos el que esta gente, que *pagó* por ver al *amo*, en cuanto éste se ha marchado ya no espera nada extraordinario. En todo es lo mismo. El conocimiento del público; he aquí la cuestión.

—¿Por qué no suspenden a esta gente, dice un señor, cuando quedan mal el día de la alter-nativa?...

Tiene razón este aficionado.

— ¡Pero si el toro no tiene picardía!... gritan a un piquero cobarde.

— Este no tiene de Belmonte, dicen señalando al bestiaro, sino lo feo del cuerpo.

Pasan los varilargueros hablando, gritando ayes estúpidos, como si hubieran hecho o fueran a hacer algo enorme.

Pero hacen lo que los otros, lo que siempre, lo que estos banderilleros, lo que los matadores de antes, incluyendo a Gallito.

Preparan el toro a los rehileteros. Yo miro esta Plaza llena, rebosante, silenciosa, donde nada ha sucedido hoy, como ayer, como siempre. Se viene creyendo que va a pasar algo, luego no pasa nada.

— Bueno, hombre, a mí, grita el bestiaro. Y sale y le dice que está muy lejos. Y se acerca, y al segundo pase, en poco le coge. Más pases, uno de ellos rebolera o farol, le sale muy mal; vienen en su ayuda y dice que se estén quietos, aunque nadie le estorbaba.

Un pinchazo en hueso, que le aplauden. Y nueva faena.

Se quiere arrodillar y se lo impiden. Y sin más ni menos, estocada.

Aplausos enormes.

— Ni Joselito ni San José han entrado nunca así, dicen.

— Lo que es que la cogida de Sevilla lo ha

dejado mal; pero antes toreaba de buten—afirman.

El toro no quiere morir. Se sostiene en sus patas, rebelándose a morir.

Cuando cae, aplauden.

Yo aplaudiría al toro. El, sólo el toro, me da un ejemplo de fiereza y varonilidad. Lo demás es mentira. Una mentira absurda, una diversión fuera de toda ley y toda verdad.

Ultimo mártir

Todo va a escape. Le es imposible a la mano seguir este cinematógrafo absurdo de hechos.

Aplauden al bestiario y le hacen salir a los medios.

—¡Así se mata, Noell—me gritan.

Y sale el último, una vaquilla cárdena, con cuernos largos, corretona.

Recortes, capotazos, y los imprescindibles saltos a la barrera. En un recorte del bestiario el toro humilla. Claro, estos toros son novillos, estos toros no imponen. No se necesitaba ser un gran conocedor para ver que estos toros valen poco...

Golpetazo monstruo y un quite adornado en el que los aficionados ven a Belmonte.

—Entre toro y torero ha pasado Belmonte, dice uno. Más puyas. Voces en los tendidos del

sol, voces como en las capeas, como en las novilladas.

Carreras de picadores, montados y desmontados. Aplausos irónicos.

—¡Qué pocas ganas de ir al toro tienes!

Un picador llama tres veces al toro, y cuando éste arremete, sale el caballo disparado y le estrella contra la barrera. Grita un piquero.

—No me estorbes, no me estorbes.

—¿Quién estorba a quién—le dicen.

Y el toro sale de estampía al tocar a banderillas y salen detrás de él los demás y le ponen las banderillas cada cual como puede.

El Gallito sale a veces del estribo y ayuda. Yo le miro. Ese *amo*, ese Papa, es uno de tantos, ni más ni menos que esos a quienes ha dado el *doctorado*. Sólo que *sabe* más que ellos, *sabe* cómo se maneja a este pobre público que paga tanto por el gusto de emocionarse..., con lo que ya se ha emocionado cien millones de veces.

Siete toreros durante unos minutos preparan el toro a un rehiletero.

Todo va muy de prisa, muy de prisa.

—Le ha desnudado—gritan—porque el toro le ha desgarrado el traje.

Sale el último bestiario. Gritan que se quede solo, pero al bestiario no le parece así y empieza su faena entre gritos, queriéndose arrojar, muleteando malamente entre gritos y sonidos de bocinas.

—¡Un toro tan noblote!—dicen.

—¡Paciencia!—gritan.

Pero él quiere matar. Sabe que los hechos consumados son en tauromaquia tan absolutos como en otra cosa.

Cinco enterradores le ayudan, no porque él no grite fuera con *el labio de abajo*.

Estocada... *a ojo*, o como salga.

El público comienza a salir y a tirar almodillas al ruedo.

Entre las protestas del público se tira al toro y le larga una estocada pescuecera.

—¿Y te has *alternativado*?—le gritan.

El toro sale buscando la querencia. Hay siete chulos y bestiario cerca de él. En los toriles, y a una distancia de leguas, se lanza sobre el toro y da una estocada tan mala como... la del otro *doctor*, como las de Joselito.

El morrillo del pobre animal está empapado en sangre.

—Estar quietos, grita a sus chulos el bestiario.

—¡A Tetván!—le gritan.

Le da dos o tres estocadas en el pescuezo, martirizándole de un modo horrible.

Luego, desde una distancia *ignominiosa* se tira al pescuezo del toro y le abrasa una vez más.

Corren toro y chulos. Silba y protesta la gente

Una novillada, una capea esta corrida bufa.
¿Joselito, *el amo*?

Si; *el amo*, *el amo*. En un tiempo que los doctores hacen eso, él puede hacer lo otro. Y lo que hace, es lo que he visto cien veces. Y si hace algo *más* es que el *público lo pone por él*.

Yo no he visto jamás *partidismo* semejante y un *mico* tan grande también.

En resumen, que *Gallito* igual que todos.
Que todos; conste.

El «ano de Europa»

La frase «ano de Europa» es dura, pero es cierta. Si París era o es el cerebro, nosotros poseemos la extremidad del intestino, por donde recibimos lo que ya no aprovecha al mundo. Repito que esto es duro y repito que lo merecemos. En los campos de batalla se están creando idearios formidables; la Sociedad de las Naciones, un nuevo y divino concepto del valor, es derecho de las naciones—por pequeñas que sean, y precisamente porque son pequeñas—, a vivir según sus leyes y genio propio, el desarme general, el triunfo de la cultura, las bases de una diplomacia novísima sin secretos ni actuaciones en la sombra. Y mientras Europa y Norte América hacen eso, nosotros... lo vemos hacer, recibiremos lo que nos quieran dar, no contribuiremos a la suprema labor siquiera con estadistas geniales, siquiera

con el sacrificio de toda nuestra atención, puesta en la labor más bella que después de los Evangelios ha soñado el hombre. ¿El sacrificio de nuestra atención? Ahí tenéis el pueblo; pero, ¿es que a nuestro pueblo le interesa verdaderamente algo? Si le interesara, ¿sería posible que en estos momentos tan graves pensara en otra cosa que en los acontecimientos cada vez más rápidos y llenos de problemas?

El pueblo ríe en sus teatros, sólo quiere risa, risa y risa. La otra noche en Apolo, al terminar el segundo acto de *Las golondrinas*, un espectador del patio de butacas exclamó en alta voz —*¡Pues no me he reído nada!*... Ese hombre y los otros hombres de la Plaza de Toros son los seres representativos nuestros, no lo dudéis. Siempre ha sido así ese pobre pueblo. Recordad que en medio de nuestras desdichas las más crueles, aquellas del 98, ese pueblo recibía en las Plazas de Toros la noticia de sus fracasos, de su catástrofe. Y si entonces era ya así, ¿por qué hoy no ha de continuar siéndolo? ¿Qué alma de genio le ha hablado con franqueza ruda, pero sincera, que ese pueblo necesitaba? No son las corridas de toros, una excepción, no son una válvula, no son un espectáculo conveniente para sostener la moralidad de los ciudadanos en días de grave disgusto; las corridas de toros son creadoras de flamenquismo,

de inhibición, de orgullo, de individualismo y de embrutecimiento.

Desde que empezó la guerra han debido ser suspendidas a rajatabla. Si nosotros poseyéramos uno, *uno solo*, un gobernante de genio, ese hombre, estad seguros, habría suspendido los juegos brutales de los circos. No por sentimentalismos monjiles, sino precisamente por que no es posible caer en un ridículo mayor, porque esos espectáculos son todo lo contrario de la verdadera virilidad, porque mañana los extranjeros dirán que mientras el mundo litigaba sus destinos España acudía a sus Plazas de Toros a ver hecatombes de reses bravas y caballos viejos. Y así es. Las corridas se celebran por centenares, las capeas por millares, la afición es insaciable. En estos días tan graves hemos visto en las paredes cartelones inmensos en los que se invitaba al pueblo, no a reunirse en comicios donde pensar acerca de lo que sucede en el Mundo, sino a asistir a una de las cinco Plazas de Toros que tiene Madrid, donde un maestro de escuela —así rezaban los carteles— dejaba esa profesión *por su valor y arrojo*. Es decir, que dejaba esa profesión, la más admirable de las profesiones humanas, a los incapaces *de valor y arrojo*.

Podéis afirmar que ese cartel es otra excepción, que nada tiene que ver con las grandes líneas de la vida actual española. Mas ese car-

tel no miente como los políticos y los pensadores de nuestro tiempo, y es un hecho consumado. El país que en plena guerra mundial produce ese hecho, aunque la Historia no cuente con él, ese país está aniquilado. No es prurito de sectario, no; es que un suceso como ese tiene que detener la mirada del patriota y hacerle pensar entre lágrimas. No es un algo aislado lamentable, es consecuencia horrenda de un repugnante estado de cosas. Si *del cerebro* se pueden esperar discursos como los de Wilson, actos como ese de nuestro *maestro de escuela* sólo pueden esperar del... *ano*. Sí, estamos condenados a porquería. La Plaza de Toros de Madrid—la capital de España no es ella misma una inmensa Plaza de Toros—es un boquete hediondo, por donde se esparcen las más sucias descomposiciones, la idea de valor podrida, la idea de humanidad podrida, la idea de responsabilidad podrida.

Se afirma siempre que las corridas de toros no tienen otra trascendencia que la de ser una simple diversión, diversión como otra cualquiera, y en paz. No, no; las corridas de toros mantienen sangriento en el espíritu español todo lo malo de su pasado, precisamente lo que los modernos idearios brotados de los campos de batalla quieren borrar para siempre; las corridas de toros educan miserablemente, con un método horrible de falsedades, simulaciones, indivi

dualismos e idolatrías absurdas. Letrinas enormes esos inmensos focos de infección moral, ¿quién puede sostener hoy que no hagan daño? Oídlo bien, que no se olvide jamás: esa Plaza de Toros es el ano de Europa. En los tiempos de Wilson no podemos tolerar que el pueblo se enlode y embrutezca en esos focos de inmundicia. Y precisamente porque la mayoría no ve, nosotros, unos cuantos, yo solo, necesitamos decirlo, y decirlo con razones, con ideas, con bellas palabras, y si todo esto no basta, con palabras de esas que no se olvidan, que quedan como un estigma, como un baldón. ¿Será posible que en la capital de España nadie vea el sarcasmo que significa el que mientras Europa sufre tanto y busca y aprovecha sus hombres de genio, nosotros leamos en otro cartelón hace unos días que determinado bestiarío es la esperanza de los madrileños, que los madrileños tienen puesto en él su deseo de ver actos valerosos? ¿Y no es horrendo tener que oír que todo eso es pintoresco, que todo eso no es más que enfermedades de la piel, que nada significa fuera de un acto más o menos bufo de distrito o barrio?

**Las corridas de toros gustan
a los hombres inteligentes.**

Determinado señor me escribe que las corridas de toros gustan a hombres que están ca-

lificados de excelentes como ciudadanos y como hombres de ciencia o de letras. Y deduce el dicho señor que se puede ser aficionado a tales espectáculos y no estar enfermo de la voluntad o de cualquier otra potencia del alma.

El argumento es muy manido. Anotados tengo los pensamientos que ha inspirado nuestra fiesta nacional a propios y extraños, y confieso, con la imparcialidad que debe ser guía de todo hombre, que almas iberas y de otros países, almas muy inteligentes, muchas de ellas geniales, han gustado de esas fiestas, y no sólo gustado, sino que las dedicaron páginas de efusión, palabras de realce y alabanza. Más aclaremos sus conceptos, su gusto y la trascendencia de su admiración:

a) No hay páginas de toros escritas por un hombre reconocido como inteligente que no haga grandes salvedades. Es decir, que de millares de almas geniales o talentadas la mayoría, al tratar o escribir acerca de la fiesta nacional, lo hace con reservas.

b) Estas reservas, en unos, son los martirios a que se somete el pobre caballo; en otros, son los horrores que se hacen con los toros; en algunos, son las inclemencias y bestialidades del público; en otros, son las probabilidades, llenas de responsabilidad cívica o moral, de que muera un bestiario.

c) De modo que tenemos una minoría de

hombres inteligentes a quien complace por entero la fiesta española, y una mayoría a quien le satisface, pero con restricciones. Ahora bien, de esa mayoría y minoría hemos de descartar una gran cantidad de hombres que son inteligentes sólo en determinadas profesiones, es decir, que pueden muy bien labrar una estatua, hacer un edificio o concebir esta o la otra teoría, y, al mismo tiempo tener en las demás cosas de la vida una reducida mentalidad, un criterio insignificante. Se puede ser sabio o artista en especialidades determinadas, e ignorante en las demás cosas. Luego es posible que mucha parte de esas almas de genio o de talento, aunque alaben la fiesta, no sepan lo que se dicen.

d) Mas supongamos que los inteligentes alaban la fiesta. Entonces cabe preguntarles: ¿Por qué no la aceptan sin restricciones? ¿Qué es eso de alabar en la fiesta los lances de capa, por ejemplo y horrorizarse con el martirio canalla de los caballos viejos? O se acepta la fiesta en toda su integridad y con todas las responsabilidades de esa aceptación, o se rechaza por completo. No caben términos medios. Y no caben términos medios, por dos razones. Primera razón, porque un alma de veras inteligente sabe ver las consecuencias y causas de los actos que observa, y no puede aceptar a capricho, o con los llamados juicios de gusto, parte de esas causas o consecuencias y rechazar la otra par-

te. Y segunda razón, porque la inteligencia sana no puede mentirse a sí misma determinada realidad, sino que ha de verla concreta, sintéticamente.

c) Las inteligencias que admiten íntegra la fiesta y, en consecuencia, la juzgan digna de un país a la altura de las conclusiones morales de los códigos y filosofías, admiten entre otros absurdos que purguen con las leyes de la inteligencia normal o sana y con las leyes de las causas, las atrocidades siguientes:

1.º Que una fiesta en la que *puede* morir un hombre es moral.

2.º Que pagar dinero por ver *cómo* un hombre burla esa *muerte* es digno del hombre.

3.º Que la experiencia demuestra que a pesar de las garantías de destreza que se *suponen* en los bestiarios (decimos que se *suponen* porque el Estado no las garantiza), las muertes de estos hombres ocurren con mucha frecuencia, o las cogidas, lo que para el caso es criminal.

4.º Que los espectadores de estas fiestas acuden a ellas y salen de ellas sin que influencia alguna anormal hiera su alma, lo que no hay un cerebro bien conformado que pueda sostener, dado que la afición a los toros es una pasión, produce escándalos enormes, espectáculos indignos, idolatrías vergonzosas, y dado también que se verifican con tanta frecuencia,

que suman ya siglos de existencia y el número anual de éstas es aterrador, costándole al pueblo su vicio unos trescientos millones de pesetas.

5.º Que la Raza se beneficia de estas fiestas, cuando la experiencia demuestra que de las corridas de toros no ha salido jamás un ideario de vigorización ni de regeneración, sino todo lo contrario.

f) Puede objetarse que quien presencia esas fiestas, no las juzga ni se entretiene en sacar filosofías, sino que pura y simplemente las *ve*, y en paz. Y puede contestarse a ello que las almas de verdad inteligentes *ven* las cosas con la inteligencia, es decir, que como sus sentidos son perfectos, la visión perfecta de las cosas produce inmediatamente un juicio sano, más que inmediatamente, automáticamente.

g) Y así es. Hasta los mismos que aprecian estas fiestas sin escrúpulos, hacen constar que las gustan en tierra extranjera o como cosa pintoresca, siempre acusando algún desequilibrio mental o moral o diferencias raciales. Ya cuidan ellos mismos de hacerlo notar.

h) Un hombre de entendimiento sano no puede aceptar como buena una fiesta cuya esencia es la burla, el engaño y la inferioridad física.

i) Y no se puede separar en la dichosa

fiesta el aspecto de belleza externa de las bajas y amoralidades internas, porque en ese festejo canalla y cruel todo está amalgamado y es causa lo uno de lo otro, hasta el punto de que nada, por insignificante parte de la fiesta que sea, puede desaparecer sin llevarse consigo todas las emociones que la fiesta provoca. Un hombre inteligente podrá gustar de esto y de aquello no; más, ¿es garantía una inteligencia que no ve, que lo que agrada es producido por los valores indignos que desdeña?

j) Se comprende perfectamente que un hombre de talento se inhiba, no intente siquiera hablar o escribir en contra de estas fiestas. No se comprende, en cambio, que una inteligencia sana guste de espectáculos, cada una de cuyas escenas son de una crueldad infinita, y cuya belleza, cuando se produce, es efecto de anormalidades, todas ellas estudiadas en la ciencia moderna. Y aun esa belleza es tan discutible por si misma, está tan impregnada de horrores, que, el gustarla, solo acusa que la inteligencia debe ponerse en cura. Si el hombre absolutamente normal no existe, como ha demostrado Venturi, existe el hombre cuyo entendimiento sabe aproximarse a las leyes eternas de salud, armonía y moralidad. Y ese hombre desdeña, y no quiere para los demás, lo que para crear determinados fulgores consume enormes cantidades de energía.

Y eso, aparte de otros millones de cosas son las corridas; actos en los que un pobre pueblo caído de muy alto, para proporcionarse un estremecimiento de la médula consume cantidades increíbles de energía, dinero y tiempo. Y realmente no vale la pena gastar tanto para darse un tan relativo placer.

Y es en esa desproporción, donde está la degeneración, donde veo, y aunque no viera más ya era bastante, que no vale la pena tanto despliegue de fuerzas brutas, de fuerzas vivas para lo que con ello se consigue.

Después del «amo», las «crías»

Tiene gracia; después del *amo* veremos hoy torear tres *crías*, tres de esos jovenzuelos víctimas de los billetes de Banco, y decimos esto porque si la cuestión de los toros no fuera un puro negocio nadie sería torero. Cuando más se ahonda en los *abismos* repugnantes de esta fiesta ancestral, más ganas de reír produce. Si la risa no envolviera la tragedia más grande que hoy gravita sobre el espíritu español, y decir tragedia es decir fatalidad, y sería cosa de gastar toneladas de humorismo. El otro día, en una de la Plazas de Toros de la coronada villa, toreó un muchacho que dió, para que le dejarán torear, unos miles de pesetas, es decir, no las dió él, sino sus parientes, y donosamente

me decía un bestiarero que, si alguno de ellos pidiera unas pesetas para comer, no se las darían, pero que siempre hay gente dispuesta a pagar enormes cantidades porque salga una cría de éstas y salga bajo sus auspicios.

Las entrañas del negocio de los toros son una de las cosas más asombrosas que ha producido España, y es como una síntesis de todo lo malo, desde la manera fea e inhumana de hacer el negocio hasta la ocultación inevitable de riqueza, con objeto de no pagar las contribuciones. Cierta *héroe de la puya* me decía que, aunque el dinero que los *maestros* les dan es poco, ellos se saben bandear bien, y me contaba esto a propósito de un incidente entre el ganadero, que les daba dinero para que dejaran matar cuatro caballos, y el contratista de los pobres caballos, que deseaba economizar pencos. Luego, es curioso oír hablar de afición. Lo que hay que hacer es hablar claro y decir que es un negocio ese de los toros en el que todos comercian con la bobaliconería del pueblo pagano, al que, como Horacio a los romanos de los circos, habríase de calificar de *utpote parvus*, por no llamarle otra cosa menos pueril.

Bien informado estoy, y ello por los mismos toreros, de esos periódicos taurinos que aún se publican, a pesar de la carestía del papel, que no han dejado de publicarse, mientras otros

que hablaban al pueblo de cosas positivas dejaron de existir. Y no han dejado de publicarse, porque los mismos toreros se *ven obligados* a sostenerlos en su miedo a la Prensa, esa Prensa que los INVENTA, los CREA, los EMPUJA y... los EXPLOTA.

Ya diré algún día todo eso, que es un poema inmenso de picarescos, abarcando hasta los corresponsales de ciertos sitios, que van a visitar a los *diestros* los días de *heroísmo* y los amenazan con *siniestros* si no les dan cantidades. Se dirá que esto es muy humano y que en todas las profesiones se podrían hallar cosas de éstas. Pero lo asqueroso es hallarlas en la cuestión de los toros, en una cuestión *tan nacional*, en la que se han volcado todos los reóforos del heroísmo, la hidalguía, la generosidad y demás mentiras convencionales españolas. Mentira y tan mentira. ¿Acaso no he visto yo con mis propios ojos cómo los toreros entregaban dinero para que se escribiesen libros, libros enteros, no ya artículos solamente; que hablaran de ellos? ¿No he tenido yo cartas en las manos, cartas en que se proponía a los toreros escribirles esos libros?

Pero, en fin, dejemos esas cosas. Veamos cómo vienen hoy las *crías*. Pobrecillas *crías*; ¿qué tendrán que inventar hoy para quedar bien después de la corrida de la otra tarde, en que ofició el *Pontífice*? Sin duda que hoy no debió

darse corrida alguna. Primero, porque estos muchachos no podrán superar al *amo*, y segundo, porque si pretenden hacer las barbaridades *sabias* que él se exponen a fenecer.

Pero es lo que dicen en estos momentos a mi lado:

—A mí me gustan más las corridas de novillos que las de toros; cuesta menos y hay más *hule*.

Más *hule*, más *hule*; cierto. Si no fuera porque hay hombres que exponen su vida, que juegan con ella, ¿qué importarían las lidias? Además, que hoy vuelve a torear un bestiaro que es tuerto. Ya le he visto torear otra vez, ya protesté a su debido tiempo. Entonces preguntaba, y hoy lo repito: ¿Qué clase de fiesta canalla es ésta que permite se juegue la vida un hombre en lucha con una bestia, un hombre que está en manifiesta señal de inferioridad? Cada vez que el toro se *colaba* por el lado del ojo vacío—el bestiaro lleva un ojo de cristal—, el pobre inconsciente o necesitado llevaba un achuchón morrocotudo. Para alivio, este sujeto ha visto morir a dos hermanos suyos en las Plazas de Toros de España. Esto en nuestro tiempo es hediondo, bufo, indescriptible. Se necesita haber caído muy bajo para tolerar todo ello.

Caballeros en Plaza

¡Las lágrimas de las cosas!... Hoy aparece-

rá en el ruedo un fantasma de los tiempos pasados, de aquellos siglos en los que, perdido todo menos el honor, nos dedicamos, es decir, se dedicaron nuestros antepasados al delicioso pasatiempo de hacer creer al Mundo que, ya que no sabíamos conservarle después de haberle conquistado, por lo menos no había en ese Universo quien nos sobrepusiera en brutalidades pintorescas. Son centenares los libros que he leído de este *arte de torear a la jineta*, millares las láminas que he visto. Cuánta prosa gastada en esas lidias de nobles, de señores de corte, vagos bien cebados que, impotentes para hacer un bien fundamental a su país, se entretenían en sobrepusarse unos a otros en burradas heroicas, bien por una dama o por un DAMO, que todo había en la viña del Señor, por los divinos tiempos en que los primeros ministros eran favoritos.

Pero al fin y al cabo, en aquellos tiempos los caballeros en Plaza eran Nobles, y si un toro les despanzurraba bien poco se perdía, porque si el cuerno destrozaba la materia *vil*—este adjetivo ha ido en nuestra Patria unido a la materia siempre—el cuerno no hacía sino añadir al blasón un cuartel más. Mas hoy, oh lágrimas de las cosas, nuestro caballero en Plaza es—asombráos—el *Monosabio mayor del Reino*, y ojo, *Doña Anastasia*, que no me refiero al que por derecho propio es mayor del Reino en to-

das las cosas, sino al que es el más distinguido de los monosabios de nuestra Plaza de Toros o *Ano de Europa*, o *Cloaca máxima del embrutecimiento nacional*.

Un monosabio convertido en Caballero en Plaza, he ahí lo que veremos. ¡Oh, Foch, oh generalísimo Foch, en tu tiempo suceden cosas admirables que ignoraréis siempre, mientras allá pasan las estupendas maravillas que ideáis; aquí, en el *ano de Europa*, sucede que... un monosabio, Caballero en Plaza, va a recordarnos los siglos de la leyenda, los legendarios siglos en que los nobles se enamoraban de las reinas y se lo demostraban al rey en las propias narices y hasta se la disputaban en los palenques...

¡Oh, simbólico monosabio!... ¿qué haces tú, querido Samblancat, qué haces que no lo tomas por tu cuenta?

Lágrimas, lágrimas de las cosas...

Pero historiemos, seamos... cronistas taurinos.

Primer mártir

La Plaza está llena; ni una localidad vacía.

Pasa por el callejón un funcionario, llevando un haz de puyas.

En la meseta del toril los dos colores de la bandera española faltan; esa percalina sólo la ponen los días de toros. Hoy, como las barba

ridades son *novilleriles*, no colocan el trapo. Y a propósito de esta bandera, ¿es verdad que un día, porque el presidente hizo o no hizo la voluntad del pueblo, arrancaron este trapo y le convirtieron en harapos que llamaron la atención de dicho presidente?

Los abanicos abiertos en el tendido del sol son la única nota de color.

—Salen las máscaras—dicen al ver aparecer la cuadrilla.

—Hay mojiganga completa, alguaciles y Barajas vestido de *Caballero*—añaden.

Al son del pasodoble del *Gallo* calvo sale la cuadrilla. Entre los alguaciles va el monosabio vestido de *Caballero* de la época de Luis veinticuatro mil. Tiene gracia el vestido de este hombre. ¿A qué época pertenecería?

El caballo que monta tiene gualdrapas, y en la cola *la mar* de cintas de colores, como una *moña de lujo* del tiempo de las corridas *patrióticas*.

A la Federica, es a la Federica como va vestido ese monosabio, hoy Caballero en Plaza.

Suena el clarín, el caballero se pone delante del toril con el rejón en la mano.

Corretea el caballo del *caballero*.

El novillo, bien armado, es un *buey indecente*.

Cita el caballero, acude el toro, pone un rejón, y el torillo, dolido, salta y brinca.

Salen tres chulos, toread, y el monosabio caballero, gritando. zululando, llama al toro, corre y le dá un rejonazo tendido que aplauden a rabiar.

Otro rejonazo a paso de carga. Viene por otro, chilla de nuevo, corre y nada. Otro más. Con ese toro... bien puede hacer este hombre lo que hace.

—A ver si le matas, Barajas—le dicen.

La farsa no me gusta ni pizca.

Chabacano, vulgar, gritando como un mal picador, cita otra vez. Esta vez la jaca está herida en los ijares. El rojo de la noble sangre de la jaca fulgura al lado de la púrpura desvaída de los arreos.

—Preguntaremos cómo se llama—dicen a un torero que sale a matar este novillo.

—Se llama *Cerecito*—responden.

Galopa el Caballero. La jaca que monta defeca al correr; la sangre resbala por los brazos del noble animal.

—Lástima de caballo—dice una mujer al ver al bicho herido.

El novillero *ignoto*, algo viejo, torea con un miedo *bárbaro*. Le imponen los cuernos de este torillo insignificante. No sabe una palabra. Entra tres veces a matar y los chulos le ayudan a ver si el toro da la vuelta al lado contrario, entre silbidos y protestas.

Esto es una farsa pueblerina, indigna. Deci

mos indigna, pero es bien digna de lo que pasó antes.

El toro está muerto; pero al pobre novillero le parece vivo y entra a matar una vez más, *echándose fuera* de un modo que la gente le abuchea rabiosa.

Tres chulos lancean al bicho, entablerado, que al fin cae.

Lamentable, chusco, feo. El traje de oro de ese miedoso parece la caricatura de la fiesta nacional.

¡Oh, el Caballero, monosabio insigne, no te olvidaré jamás, gritando y galopando como un chalán de dehesa, sin saber salvar tu jaca si quiera!

Segunda víctima

Un toro negro, zaino, chico, corretón y feísimo.

Al acometer a un caballo, el *caballero* le pica en el maslo de la cola.

Luego se ve aquí un picador, otro allá, monosabios y chulos en anarquía graciosa.

Quieren lancear y no es posible. Un caballo enloquecido corre a través de la Plaza, seguido de los monosabios.

—Es un arpa—dicen a un picador que monta una sombra de caballo.

En este momento hay ocho toreros en la Plaza.

Preparación para rehiletos. Un chulo que chilla mucho y habla con el toro, pone... al segundo intento las banderillas. El toro muge.

Silencio en la Plaza, llena. Aburrimiento. Suenan, los martillazos queda un carpintero en la barrera.

—Si apretaras—dicen a un banderillero.

—Vuelves la fisonomía—añaden, dirigiéndose a él.

Y sin más incidentes, el bestiario sale, le capotean el bicho media hora y da pases de marca, movidos, sufriendo coladas.

—No le abaniques—le dicen.

—Que está levantado, borrico—le dicen, cuando quiere tirarse a matar.

El bestiario queda entablerado y pálido al verse en peligro.

Pinchazo al toro, salta el estoque.

—Pero si es infeliz, si no cornea siquiera—le avisan.

Tres chulos y otro bestiario, más la Providencia detrás de él, cuidan de que no mate el toro al torero.

—Se ha empeñado en tirarse de adentro afuera.

—A éste le coje—dice una señora que no hace más que hablar.

Otra vez se arroja al toro, y poco está que el toro le mate a él, porque la espada salta, escupida por encima.

El toro se le cuela una vez más.

—Has estado a la puerta de la enfermería.

Echándose fuera de una manera *escandalosa* le larga una atravesada.

—Vaquerito, vete a guardar vacas—le execran.

—Cuando lo tiene bien lo descompone—dice esta mujer tan guapa y tan charlatana.

El toro se está muriendo. Sin embargo... nueva estocada, silbidos, gritos, un aviso y nueva estocada.

Unos flamencos me insultan detrás de mí guardándose, como ellos acostumbran en su cobardía, y dicen que debo pelarme.

Otra estocada incalificable.

—Está muy tendida—dice esta mujer.

—Está mechao.

—Se ha muerto porque lo estaba ya, no porque lo haya matado—dicen.

El puntillero da cuatro, cinco, seis veces la puntilla.

¡Qué cosa más horrenda!

El torero, humillado, se sienta en el estribo.

Toroer mártir

Cinco monosabios detrás de un picador; es gracioso.

La salida de este toro hace prorrumpir a la

gente en exclamaciones de asombro. Realmente tiene cuernos enormes.

Corre y pincha a los piqueros.

—Tuerto con tuerto—dicen al bestiarío, cuando lancea.

—Están dormidos—exclaman al ver que los héroes de la puya nada hacen.

El lío es enorme, un *herradero*. Los toreros corren por el centro, los picadores por las tablas y unos monosabios llevan a la cuadra un caballo inservible, pero que ellos arreglarán, no cabe duda.

Suerte de pica y suerte... de que el toro es manso, pues la gente que hay cerca del toro le invita a una catástrofe.

—De manso que es no salta—dicen.

—Le váis a dar la razón a este señor—grita uno detrás de mí en el tendido, refiriéndose a mí sin duda.

Banderillas... al capricho.

El toro anda queriendo saltar la barrera.

Un torero muy largo intenta poner banderillas y la gente le increpa que sea largo.

Sigue el toro queriendo saltar la barrera.

—Largo, largo, maldito lo que valgo—le gritan.

Luego le execran porque las pone mal.

El toro intenta saltar la barrera una vez más.

Seis toreros cerca del bestiaro al salir éste para la muerte suprema.

El toro corre al hilo de las tablas hasta el sol y vuelve buscando un sitio para saltar la barrera.

Carreras del toro y de los toreros. Nadie se fija y nadie sabe fijarse.

Pases atropellados. Tiene mucho miedo el pobre diestro tuerto. Otras carreritas. Pases con pérdida de la muleta. Sin embargo, aplauden. El toro escapa a saltar la barrera y le dejan escapar. Cuando intenta saltar al callejón, la gente misma le disuade.

En un achuchón, el pobre bestiaro está a punto de ser cogido.

—Dale un golletazo—le aconsejan.

Pinchazo al canto. El toro muge. Luego corre. Y luego, estocada con riesgo de ir a la enfermería. Nada más antiartístico, feo e inhumano. Inhumano, porque este *buey* y ese tuerto forman una pareja trágica.

Indescriptible es esta faena imbécil. Nuevo pinchazo y el toro escupe la espada. No obstante, aplausos.

En un arco que forman los chulos entra a matar el bestiaro y da un nuevo pinchazo.

Corre detrás del torero con un manojo de estoques, y el pobre lidiador escoge uno.

—El toro ese se ha vuelto alemán, no hace más que huir—dicen.

Seis toreros corren detrás del toro. La gente ni se incomoda siquiera.

De vez en cuando sale un vozarrón.

— ¡Quédate solo!

— ¡Pero si acompañao no se acercal

Una nueva estocada muy mala.

— Pero si el toro te vé venir y se reserva, hombre, ¿no ves que se arma?

Nuevas carreritas. Otra estocada; el toro escupe la espada, que en poco cae en el callejón.

El toro, cansado, se echa. Y aun echado anda el diestro con precauciones.

Silbidos, protestas, aplausos y música.

Aunque parezca mentira, aplausos.

Es así este público.

Histeria, histeria pura todo esto.

Cuarto mártir

Silbidos al toro que arrastran. Le silban porque fué manso.

Sale el nuevo toro, que tiene una herida en el ojo.

Cuando el bestiario sale a dar las verónicas de costumbre, nota el público que tiene muy gordas las pantorrillas, y se lo dice.

Un quite soso. Compadecen la cabeza de un picador, pero hay quien dice que con aguardiente se quita otro.

Va de cabezas duras. En otra puya un héroe

rompe con la cabeza la barrera. ¡Con la cabeza, señores!...

No se creará; pero testimonio por mi honor que así es.

El toro es duro. Piquero que se le pone por delante va al callejón.

El monosabio de antes, Caballero en Plaza, pasea con su flamante uniforme por el callejón. Melancólicamente contemplo esta caricatura de las viejas estampas.

Sale un banderillero dando saliva a la punta de los rejones.

—Lo que hace falta es que aprietes.

Un banderillero cita en falso y lo abuchean con chillidos de mujer.

—A ver tu, Purísima—dicen a un rehiletero que tiene el terno azul.

Carreritas. Capotazos. Las banderillas, sin poner. Pero todo llega, las ponen, el toro ruge, yo pienso qué cosa es ésta, cómo se llama todo lo que sucede y qué clase de valor es éste.

Bestiario tenemos. Un pase con olés. Capotazos. El lidiador, de rojo y grana, quiere recordar lo que hace Belmonte.

—Derecha, que son los difíciles—le avisan, En una colada en poco le pasa algo malo.

—Qué cerquita has tenido el hospital.

—Y se pone en jarras—notan.

Cierto, este torero se pone en jarras para pasar.

— Ahí—le dicen.

Y el torero se arroja a matar y el toro muere
Aplauden. Sin duda es verdadera la colaboración del público y los diestros

El toro, que parecía haber muerto, vive aún.
Capotazos, telonazos, el toro no quiere morir.

Intentos de descabello con mucho miedo y eso que el toro está muerto.

Mientras cae o no hablan detrás de mí y dicen que ahora Belmonte se dedica a hacer novelas.

¡Qué trágico es ese toro no queriendo morir en medio de tanto chulo!

Se arrodilla el toro y muere. Aplausos.

Debáis aplaudir al toro.

El sólo él, el héroe, como siempre.

Los demás: público y bestiarios, nada valen.

Los aplausos atruenan. Quieren que recorra la Plaza cosechando aplausos.

¡Qué memos!

Quinto mártir

Más aplausos. Esto es incomprendible.

Hay tendidos donde esta necesidad de aplausos es mayor que en otros.

¿Habrà una psicología de *tendidos*? Tendría gracia.

Sale el toro a escape, deslumbrado. Saltos de carrera, carreras, recortes.

El toro es muy bonito, un torazo.

Le aconsejan que salte por mi sitio y me coja. No es un mal deseo.

El toro tiene una bellísima cabeza, y el bestiaro sabe lo que se hace, porque *no pierde* la suya y se deja de hacer monerías.

Puya primera, un trompazo maestro. Puya segunda, una caída horrible, cae el picador bajo el caballo, y éste bajo el toro. El piquero se levanta tan tranquilo. Pero estos hombres ¿de qué son?

—Es mucho toro—le dicen al bestiaro, para que se consuele.

Silban a un torero porque, estando en *suer*te, lo quita.

Los monosabios pretenden levantar a un caballo que está muerto. Son capaces de ello. La gente abuchea a un piquero, el que rompió la valla con la cabeza, porque, montado en un caballo que echa la sangre a chorros, quiere picar. Y pica. Con esa cabeza... se hace siempre lo que *uno* quiere.

El toro se acerca a mi barrera, es preciso y le han picado en todos los lugares de su cuerpo, menos donde mandan los cánones.

Tres monosabios se salvan de una acometida... porque... se salvan.

A un rehiletero que dice ¡ah! millares de veces le abuchean miles de voces repitiendo ese ¡ah!

Al poner las banderillas los rehileteros ha-

blan con el toro; es un modo de ahuyentar el miedo.

—Pásale por bajo—aconsejan al bestiaro.

Protestas contra los chulos que preparan al bicho y faena *ful*.

Al lado del enorme toro el pobre diestro parece un muñeco visible.

—Tienes que ponerte más cerca—le gritan.

Y como se pone sufre un achuchón peligroso.

Desde muy lejos, sin más ni más, se tira a matar.

—Está bien señalada—dicen.

—¡Le puso la muleta en los ojos!—dice esta mujer, una mujer, aunque no lo parece. ¿En qué país habrá una mujer capaz de hablar así?

—Que está muy abierto—le gruñen porque intenta acabar.

Muy delantera y caída la nueva estocada, a la izquierda.

Ayuda de chulos y protestas.

Muerte del toro.

El sol es ya un segmento enfrente de mi localidad.

Yo, muy lejos de aquí, pienso en mi España, en la mía, en una España incapaz de estas tan bufas, tan infinitamente imbéciles cosas...

Víctima sexta

Los cuernos de este toro producen una exclamación de asombro.

La puya primera es excelente; el picador va al callejón, y como el caballo se escapa, el toro le coge en el aire y le destroza. Horrible, horrible...

La faena de siempre.

—Eso no es nada, tuerto—le dicen.

—¡Qué cara de rifeño tienes!— le dicen a un picador al pasar.

Y él ríe.

Ríe como su Patria cuando la dicen la verdad.

Banderillas en las orejas. Aplauden irónicamente.

—Ahora tú, al rabo—dicen al otro compañero.

Y como no ha querido ser menos las pone ahí.

—¡Le estáis poniendo buena la cabeza!—gritan.

—Noel, ¿te diviertes?—me gritan desde un tendido.

—¡Que te ve!—le dicen a un rehiletero.

—¡Sinvergüenza!—gritan a ese mismo hombre que pone sus palos en el rabo.

—¡Que no tienes salida!— dicen a otro chulo.

Y como a pesar de no tener salida intenta ponerlas; la Plaza entera ruje de befa e ira.

El toro corre detrás de un chulo, y la gente le grita al toro que le coja, porque lo merece.

—Pero, ¿qué coméis?—pregunta uno a los toreros.

El bestiario hace su faena en medio de un silencio grande que sólo rompe:

—No le dejes tomar la muleta—le dicen.

Y el toro entonces le coge la muleta como si le oyera y el torero va por otra.

Los tendidos se soliviantan. Voces, aplausos, chillidos y olés irónicos. Carreras, pérdidas de capote, aplausos y a compás, impaciencia y rotura de otra muleta.

En la arena queda de ella un pedazo rojo.

Los chulos intervienen. El toro, sin duda, causa miedo al diestro. Para quitárselo el público le abuchea con palmas a compás.

¡Estas faenas malas, en medio de tan inmenso gentío, cuántas cosas revelan al alma!

Desde muy lejos se tira a matar y... nada. Otra vez un intento, y luego, otro.

—Desde más lejos—le dicen por escarnio.

Y en el ámbito resuenan las chungas, las palmadas, las coces furiosas.

El presidente se las gana. De todos los tendidos reclaman un *aviso* puestos en pié.

Suenan las chirimías, eso es sin duda la señal del *aviso* primero.

De la masa imponente salen enormes voces. La tarde cae. Los silbidos ensordecen.

Nuevo intento de estocada.

Al otro intento, el toro recibe medio estoque, y él cae rodando.

Como el bicho no hace por él se libra de una cogida o de la muerte.

Silbidos estrepitosos.

Desde muy lejos descabella.

Ese hombre tuerto ha podido morir cien veces.

Ha podido morir.

Pero eso se llama previsión, prudencia.

Y esas cosas hace tiempo que no están en el espíritu ibero.

Ultima victima

Muere la tarde...

Suenan las chirimías y sale un toro con unos cuernos abracadabrantés.

Como un ciclón se arroja de lado sobre un picador. Un tren a toda marcha no hubiera chocado tanto contra un obstáculo; pero, ¡oh prodigio!, ni el caballo ni el picador sufren gran cosa.

Nuevas caídas atroces. Rompe el toro la barrera. Y de pronto un griterío absurdo. Un picador sale despacio; el caballo no puede con su alma y la gente le reclama.

—Ahora verás la que te ganas—le dicen.

Y como mano de santo, el piquero cae por el lomo del toro.

Griterío bárbaro. Un peón retira al toro, y

como la gente pide piqueros, protesta furiosamente.

El toro echa abajo a otro piquero contra el estribo. El ruido del golpe es brutal. Sin embargo, no hay cuidado alguno. El piquero se levanta como si tal cosa.

Una vez que corre el toro de prisa detrás de un chulo, la gente en masa grita femeninamente.

Mal se compagina esto con sus alardes de heroísmo.

El bravo toro muge al sentirse herido de los arpones.

—¡Ese fué!—grita uno del tendido al toro, que persigue a un banderillero.

No está mal el aviso.

La gente imita los gritos de un rehiletero que aprovechando a media vuelta, mete los palos.

—Haberlo disimulado—le dicen.

Y sin más, a matar.

Otra vez el bestiario de las pantorrillas. Mal lleva su pesado traje de grana y oro. Se ve en su marcha que siente la necesidad de acabar presto, que no siente otra cosa.

En el ambiente ocre de la tarde expirante, su faena, como la tarde expira, es gris, de color ceniza.

Y desde lejos, aprovechando, mata a su toro.

La gente se va; este gentío enorme, impo-

nente, que no rehuiría ninguna desgracia nacional, que no escucharía a ningún hombre de buena voluntad que quisiera hacerle un bien.

Publicaciones Monclús

DE ALVARO CALZADO

El Colectivismo, por Alvaro Calzado, volumen n.º 10 de *Biblioteca Avante*. Precio, 0'50 ptas.

Los presupuestos del Estado, idem. Estudio profundo sobre los presupuestos del Estado. Precio, 25 céntimos.

La miseria en España, de idem. Precio, 25 céntimos.

Últimas publicaciones de la casa:

La mujer antes, en la guerra y después, por María Luisa Castellanos. Portada de Bustos. Precio, 0'50 ptas.

Mitras y Bonetes, por Tito, con portada del mismo autor. Precio, 2'50 ptas.

La roca de Sísifo, por Augusto Vivero; portada de Hajar. Precio, 0'25 ptas.

Prosa de combate, de Higinio Noja. Precio, 0'25 ptas.

Estas obras se hallan a la venta en todas las librerías, biblioteca de las estaciones, en casa nuestros corresponsales y en la Editorial Monclús, Tortosa.

Casa Editorial Monclús. - Tortosa

Publicaciones MONCLUS

“TEMAS”

— y —

EN ESTA HORA ÚNICA

POR

Marcelino Domingo

Volumen, 3'50

El peregrino curioso, (*Vida política española*) 3'50

La guerra desde Londres, por Salvador Madariaga 3'50

Mitras y bonetes, por *Tito* 2'50

Instituciones económicas para los obreros, por Joaquín Costa 2'00

Los judíos españoles por Rafael Cansinos Assens 3'50

Casa Editorial Monclús Tortosa

Publicaciones ANONIMAS

"TEMAS"

EN ESTA HORA ÚNICA

POE

Marciano Domingo

Voluntad 174

El progreso científico 175

El libro 176

La guerra de los Indios 177

El libro de María Puga 178

Misra y botella, por Tito 179

Instrucciones a los alumnos para

los exámenes 180

Carta 181

Los libros de los niños por Rafael

de la Cruz 182

El libro de los niños 183

Casa Editorial "Temas" Tortosa

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105441647



09988508980